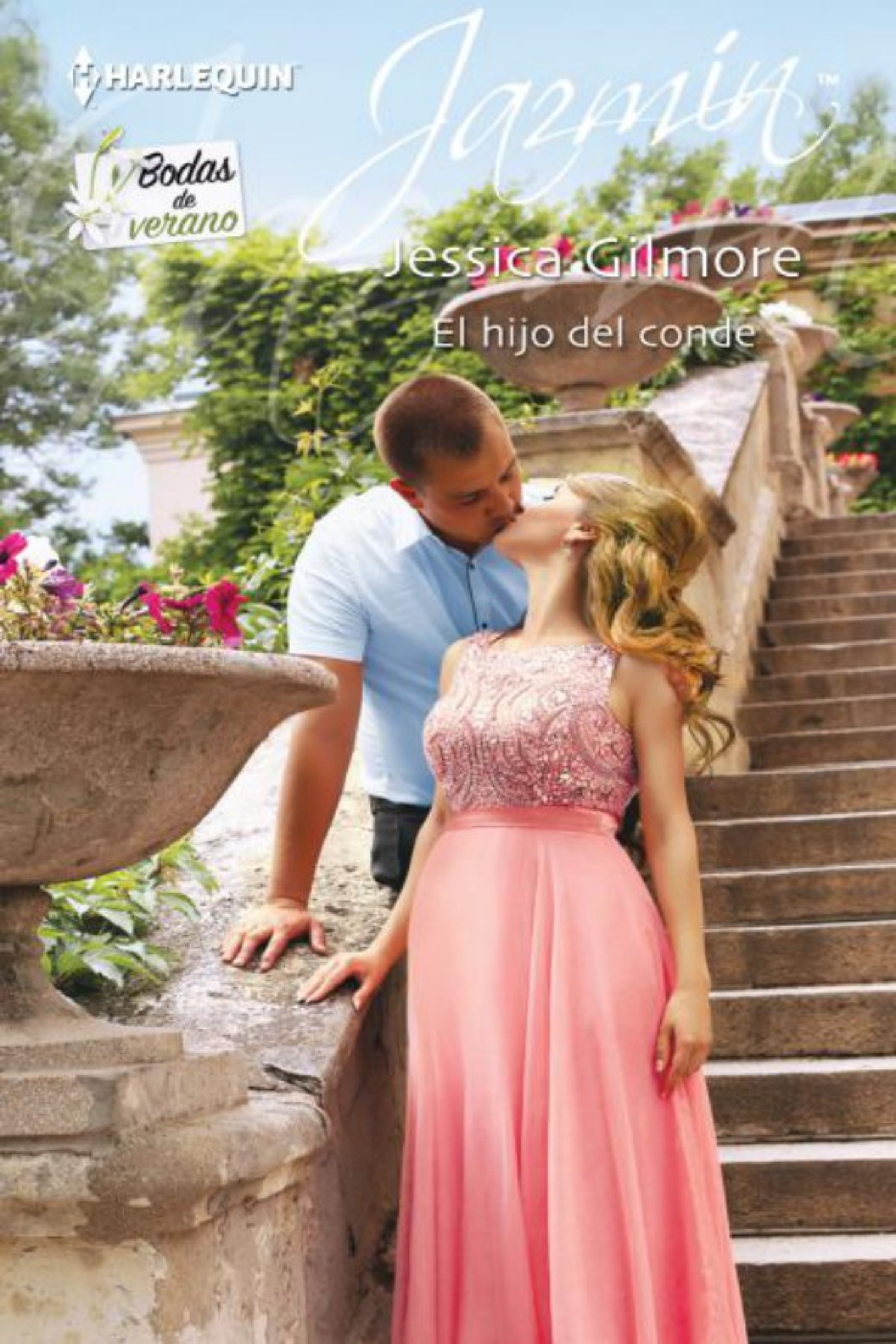

HARLEQUIN
Jazmín™
Bodas de verano
Jessica Gilmore
El hijo del conde



Jessica Gilmore

El hijo del conde



Indice

Argumento

Estaba dispuesto a reclamar a su heredero

Había sido la noche más increíble de su vida, aunque Daisy Huntingdon-Cross no imaginaba volver a ver a su amante del día de San Valentín. Pero seis semanas después, su mundo dio un brusco giro. ¡Estaba embarazada! Tenía que contárselo al padre.

Claro que el hombre al que había conocido como Seb también tenía sus secretos. Era Sebastian Beresford, conde de Holgate, y no un empleado más del castillo en el que se habían encontrado. ¡Era el dueño! Y al enterarse de la noticia, Seb estaba decidido a reconocer a su heredero… empezando por una boda.

Prólogo

–¡Oh, no!

Daisy Huntingdon-Cross resbaló en el hielo y miró su coche consternada.

No, consternación se sentía cuando se manchaba de café o vino una camiseta blanca. Su corazón se aceleró mientras el pánico aumentaba. Aquello, pensó Daisy observando la nieve que se acumulaba sobre su coche, era una catástrofe.

Llevaba toda la tarde y la noche nevando. Habría sido un bonito fondo para las fotos de boda que había estado haciendo durante las últimas doce horas, pero la nieve había empezado a cuajar y se amontonaba cubriendo las ruedas. Su pequeño y desvencijado coche, perfecto para moverse por Londres, no era fiable en nevadas y heladas, tal y como estaba comprobando.

Daisy se cambió de hombro la pesada bolsa y miró a su alrededor. Era el único coche en el aparcamiento.

De hecho, ella era la única persona en el aparcamiento, por no decir en todo el castillo. Un escalofrío le recorrió la espalda, y no solo por el frío o la nieve que sentía con aquel calzado tan inapropiado. El castillo Hawksley era un lugar maravilloso y romántico, y más aún cuando estaba iluminado por la noche. Pero bajo los parapetos, con la silueta del prominente y sombrío torreón acechando en lo alto y con la tenue luz de la farola como única iluminación, no resultaba tan romántico. Más bien, parecía el escenario de una película de terror.

–No salga corriendo hacia el bosque.

Miró asustada hacia atrás. La situación ya era bastante terrorífica sin necesidad de presencias paranormales. Además, era el Día de San Valentín. Los únicos fantasmas merodeando debían de ser los de los amantes del pasado.

Daisy volvió a estremecerse cuando sus pies pasaron de estar fríos y mojados a congelados.

¿Por qué se había quedado a fotografiar a los últimos invitados? Ya habrían llegado todos al pueblo en los minibuses que los habían recogido a las puertas del castillo y estarían tomando ponche caliente ante una chimenea. Podía haberse marchado hacía tres horas, después del primer baile, antes de que los suaves copos de nieve pasaran a ser una densa cortina blanca.

Pero no, ella siempre había tenido que ir un paso más allá, ofrecer ese poco más que sus competidores, incluyendo un blog de fotos que prometía tener listo antes de medianoche.

Poco quedaba para la medianoche.

–A ver. Tengo varias posibilidades. La primera es ir andando al pueblo. Está a unos tres kilómetros y así entraré en calor –dijo en voz alta para intentar calmarse–. La segunda: puedo intentar quitar la nieve –añadió, y miró con escepticismo a su alrededor–. Tres…

Se había quedado sin opciones. Las únicas que tenía eran caminar o retirar la nieve con una pala.

–Tercera: le puedo conseguir unas cadenas.

Daisy apenas pudo contener el sobresalto que aquella profunda voz masculina le produjo al interrumpir su soliloquio. Se volvió, a punto de perder el equilibrio, y se encontró a la altura de un pecho cubierto por un forro polar. Era fuerte y ancho.

–¿De dónde ha salido? Me ha dado un susto de muerte.

Daisy dio un paso atrás y se quedó mirando a su salvador. Al menos, esperaba que fuera eso, su salvador.

–Estaba cerrando. Pensé que ya se habían ido todos los invitados de la boda –contestó, y la miró de arriba abajo–. No parece llevar una ropa muy adecuada para este tiempo.

–Vengo de la boda –replicó ella estirándose el vestido de seda–. Pero no soy una invitada, soy la fotógrafa.

–Claro –dijo el hombre, esbozando una media sonrisa.

Aquel gesto aportó una expresión más cálida a la seriedad de su rostro, dándole un aire mucho más atractivo. Era alto, algo más que Daisy que con su metro ochenta superaba a la mayoría de los hombres que conocía, y el pelo oscuro y desaliñado le caía sobre la

cara.

–Fotógrafa o invitada, seguramente no querrá pasar la noche aquí, así que será mejor que le consiga unas cadenas para que pueda salir con esa tartana a la carretera. Debería poner unos neumáticos de invierno.

–No es una tartana y, en Londres, no son necesarios los neumáticos de invierno.

–No está en Londres.

Daisy se mordió el labio inferior. Aquel hombre tenía razón y no estaba en posición de discutir.

–Gracias.

–No se preocupe, no quisiera que muriera congelada en este recinto. Imagínese todo el papeleo. Por cierto, está temblando. Venga dentro para entrar en calor. Puedo dejarle unos calcetines y un abrigo. No puede conducir así de vuelta.

Daisy abrió la boca para negarse, pero volvió a cerrarla. No parecía un asesino en serie y sentía más frío por momentos. Si tenía que elegir entre morir de frío o arriesgarse y entrar dentro, se decantaba por lo último. Además…

–¿Qué hora es?

–Alrededor de las once, ¿por qué?

Nunca llegaría a tiempo a casa para publicar las fotos en el blog.

–¿Me dejaría usar su wifi antes? –preguntó esbozando una sonrisa–. Hay algo que tengo que hacer.

–¿A esta hora de la noche?

–Es parte de mi trabajo. No me llevará mucho.

Daisy levantó la vista. Sus miradas se encontraron y la respiración se le detuvo en la garganta.

–Supongo que puede usarlo mientras entra en calor.

La sonrisa del hombre permaneció unos instantes en sus labios y Daisy sintió que comenzaba a hervirle la sangre al ver la expresión de sus ojos. Si curvaba un poco más la boca, no iba a necesitar abrigo ni calcetines para descongelarse.

–Llámame Seb. Me encargo de cuidar de este sitio –dijo ofreciéndole la mano.

Daisy se la estrechó y sintió que le daba un vuelco el corazón cuando sus dedos se rozaron.

–Soy Daisy, encantada de conocerte, Seb.

Él no dijo nada más. Alargó el brazo, tomó su bolsa y se la colgó del hombro antes de volverse y comenzar a avanzar por la nieve.

Daisy aprovechó sus huellas y fue saltando de una a otra.

Alto, moreno, guapo… y había acudido a su rescate el Día de San Valentín. Aquello era demasiado bonito para ser cierto.

Capítulo 1

Seis semanas más tarde

Daisy tuvo la sensación de un déjà vu al rodear el camino. Todo le resultaba muy familiar, a la vez que distinto.

La última vez que había estado en el castillo Hawksley y alrededores, todo había estado cubierto de nieve, una estampa invernal que parecía sacada de una película de época. En esa ocasión, el césped estaba verde y empezaban a asomar flores bajo el cálido sol de la primavera. El viejo torreón normando asomaba majestuoso a su izquierda. Los gruesos muros de piedra gris seguían conservando el mismo aspecto que debían de haber tenido mil años atrás, lo que resultaba un austero contraste con el edificio de estilo Tudor de tres plantas a ellos adosado.

Y justo enfrente de ella, la casa georgiana.

Daisy tragó saliva. Su intuición le decía que se diera media vuelta y saliera corriendo. Podía esperar unas semanas y volver a intentarlo entonces, quizá por carta.

Después de todo, era muy pronto todavía…

Pero no. Se cuadró de hombros. Eso sería lo que haría una persona cobarde y a ella no la habían educado así. Tenía que hacer frente a los problemas, como siempre le había dicho su padre. Además, necesitaba hablar con alguien. No quería hacerlo con su familia, al menos no de momento, y ninguno de sus amigos lo entendería. Él era la única persona a quien aquello le afectaba tanto como a ella.

O tal vez no, pero tenía que correr el riesgo.

Decidida y con una sonrisa en los labios, estaba lista. Solo le

quedaba dar con él.

El castillo tenía aspecto de estar cerrado. El pequeño despacho donde se vendían las entradas estaba cerrado y un cartel avisaba de que las instalaciones no abrirían hasta finales de mayo. Daisy dio una vuelta en busca de alguna señal de vida.

No vio a nadie.

Había una pequeña puerta gris al fondo del ala georgiana, que recordaba de su anterior visita. Era un buen lugar para empezar.

Daisy se acercó, tomándose su tiempo para disfrutar del ambiente fresco de la primavera. El cálido sol que sentía en la espalda le dio el coraje necesario para empujar la puerta. Estaba cerrada y no había timbre.

–Estupendo. Es como si no quisieran recibir visitas – murmuró.

Llamó dando unos golpes en la puerta y luego se quedó a la espera. Una sensación de anticipación le provocó un nudo en el estómago.

La puerta se abrió lentamente. Daisy tomó aire y contuvo la respiración. ¿Se acordaría de ella? ¿La creería?

Una silueta apareció en la puerta. Exhaló, sintiendo una mezcla de desilusión y alivio. A menos que Seb hubiera envejecido veinticinco años, hubiera perdido centímetros de altura y hubiera cambiado de sexo, no era él.

Daisy se echó un poco más hacia atrás el sombrero de fieltro y sonrió a la mujer de expresión severa que vigilaba la puerta con el rótulo de Privado.

–Disculpe, ¿puede decirme dónde puedo encontrar a Seb?

Su pregunta fue recibida con un cruce de brazos y la expresión de una arpía.

–¿Seb?

Había una nota de incredulidad en su voz. El mensaje era alto y claro: no iba a conseguir nada con una sonrisa. Pero tampoco parecía estar todo perdido.

–Sí.

Daisy se mordió el labio inferior, asustada. Esperaba no haberse equivocado de nombre. No recordaba aquella noche con claridad.

–El encargado de mantenimiento –añadió.

Eso sí lo recordaba.

–Tenemos un equipo que se ocupa del mantenimiento de la propiedad, pero no hay nadie que se llame Seb. Quizá se haya equivocado de sitio.

El modo en que miró a Daisy de arriba abajo era la confirmación de que se había equivocado de sitio.

¿Sería el color del pintalabios? Aquel rojo intenso no era un color que le gustase a todo el mundo. Era un tono demasiado vivo que hacía que Daisy se sintiese capaz de cualquier cosa. Incluso ese día.

Era como estar de vuelta en el colegio ante la mirada de desaprobación de la directora. Daisy se contuvo para no estirarse hasta las rodillas los pantalones cortos que llevaba ni abotonarse el chaleco que se había puesto sobre una camiseta blanca.

Dio un paso atrás y enderezó los hombros, preparada para la batalla. Había reproducido aquella mañana una y otra vez en su cabeza. En ningún momento había considerado la posibilidad de no encontrar a Seb o de descubrir que no existía.

¿Y si después de todo era un fantasma?

Seguramente no. Daisy no sabía bien qué era exactamente un ectoplasma, pero estaba convencida de que tenía que ser algo frío y pegajoso. Los fantasmas no tenían músculos cálidos y fuertes.

Apartó rápidamente aquel pensamiento y puso voz de colegiala disciplinada.

–Este es el castillo Hawksley, ¿verdad?

Por supuesto que lo era. En ningún otro lugar existía aquella peculiar combinación de estilo normando, mansión Tudor y casa de campo georgiana que hacían que el Hawksley se mantuviera entre las propiedades señoriales más importantes del país, según la revista Debutante.

Pero Daisy no estaba interesada en el significado histórico de edificios tan bien conservados. Lo único que quería era acceder al último tercio del castillo, al ala georgiana que constituía la parte privada.

–Sí, este es el castillo Hawksley y no abrimos hasta finales de mayo. Así que le sugiero, señorita, que vuelva para entonces y compre una entrada.

–Mire –dijo Daisy, cansada de mostrarse agradable–. No he venido de turismo. Estuve aquí hace seis semanas para la boda de los Porter-Halstead y me cayó una nevada. Seb me ayudó y necesito verlo para darle las gracias.

De ninguna manera iba a contarle a aquella mujer cuál era el verdadero motivo de su visita. Se quedaría de piedra.

–¿Seis semanas más tarde? –preguntó la mujer arqueando una ceja.

–No he venido aquí para recibir una lección de modales –dijo Daisy, y se arrepintió en cuanto aquel comentario salió de sus labios–. He estado ocupada. Pero mejor tarde que nunca. Pensé que era el encargado de mantenimiento. Parecía conocer muy bien este sitio. Estoy convencida de que trabaja aquí. Tiene un despacho. Es alto y con el pelo oscuro.

Además de tener unos impactantes ojos verdes, unos pómulos marcados y una boca firme que sabía usar muy bien.

Daisy apartó aquellos pensamientos y volvió a la realidad.

–Tenía una pala y cadenas para la nieve. Por eso pensé que sería el encargado de mantenimiento, pero quizá sea el administrador de la finca.

A menos que hubiera sido un invitado a la boda haciéndose pasar por quien no era. ¿Habría cometido una terrible equivocación? No, no iba vestido para una boda y había sabido muy bien cómo moverse en aquel laberinto del ala georgiana.

Iba a tener que ponerse dura.

–Escuche –comenzó a decir, pero se detuvo al sentir algo húmedo y frío olisqueándole la mano.

Al bajar la vista, se encontró con un par de tristes ojos marrones mirándola.

–¡Monty!

Se agachó para acariciar las orejas caídas del springer spaniel. Esa era la prueba de que no se había vuelto loca y de que Seb existía.

–¿Cómo estás, perro bonito? Me alegro de verte de nuevo. Sería estupendo que me ayudaras a convencer a esta señora de que necesito volver a ver a tu amo.

No pudo evitar lanzar una mirada triunfante a su adversaria.

–¡Monty! Ven aquí, Monty.

Aquellas voces provenían del otro lado del patio. El corazón de Daisy comenzó a latir acelerado. Lentamente se levantó, dejando una mano en la cabeza del perro para buscar apoyo y fuerza, y se giró con una sonrisa en los labios.

–Hola, Seb.

Había sido una larga mañana. Aunque Seb se sentía agradecido de su selecta educación, de sus títulos universitarios y de sus varios doctorados, había ocasiones en las que no podía dejar de preguntarse qué utilidad tenía recitar versos en latín y discutir sobre el uso de la caballería en la batalla de las Termópilas.

Le habría resultado más útil estudiar Ciencias Empresariales y tener conocimientos básicos de contabilidad. Necesitaba un plan de negocios. Con lo que le quedaba de capital, no tendría para mucho. De alguna manera, tenía que conseguir que el castillo generara ganancias y tenía que hacerlo pronto.

Encima, su perro estaba en aquel momento siendo desobediente, poniéndole caras a una mujer rubia vestida inapropiadamente con unos pantalones cortos, un sombrero de fieltro y un llamativo chaleco. ¡Pantalones cortos en marzo! Por otro lado, a la vista de aquellas largas y finas piernas, tenía que reconocer que su perro tenía buen gusto. –¡Monty! Te he dicho que vengas aquí. Siento…

Se le quebró la voz al ver a la mujer girándose mientras se levantaba. Seb sintió que se quedaba sin respiración al reconocer la larga melena rubia, los ojos azules, la nariz respingona y la boca que lo habían tenido hechizado durante las últimas seis semanas.

–¿Daisy?

–Hola, Seb. Ni me llamaste ni me escribiste.

Había una nota divertida en su voz y tuvo que contenerse para no responder con una sonrisa. ¿Qué demonios había llevado a la fotógrafa de vuelta hasta su puerta? Durante los días siguientes a conocerla, no había dejado de preguntarse si volvería a verla y qué le diría en caso de hacerlo.

–Tú tampoco.

–No.

Bajó la mirada. Se la veía vulnerable a pesar del ridículo sombrero ladeado y del brillante color del carmín de sus labios.

–Seb, ¿podemos hablar?

Parecía seria y Seb se puso nervioso, cerrando las manos en puños.

–Por supuesto, pasa –dijo haciéndole un gesto para que lo precediera en la puerta–. Gracias, señora Suffolk, ya me ocupo yo.

Sonrió a la más leal de las voluntarias y la mujer se hizo a un lado con un gesto de desaprobación.

–Creo que no le caigo bien –murmuró Daisy.

–No le cae bien nadie, especialmente si es mujer y tiene menos de treinta años.

Seb le mostró el camino por el estrecho pasillo con Monty pegado a sus talones. La entrada del patio daba directamente a lo que una vez habían sido los dormitorios del servicio, un laberinto de pasajes, pequeñas habitaciones y escaleras diseñadas para que las doncellas y los lacayos del pasado pudieran hacer sus tareas sin ser advertidos por la familia a la que servían.

En la actualidad eran las oficinas y los despachos desde los que se llevaba aquella vasta propiedad. Los pocos empleados que vivían en ella tenían casas fuera de las murallas mientras que Seb dormía solo en un castillo que había dado alojamiento a docenas de personas.

No era ninguna tontería destinar toda una planta de habitaciones a ofrecer alojamiento para aquellas bodas que se celebraban en el pabellón Tudor en vez de obligar a que se hospedaran en los hoteles y posadas cercanos. Pero no eran solo los costes lo que lo desalentaba. Había un motivo en particular que lo frenaba para tener turistas deambulando por aquella mansión majestuosa, a la vez que polvorienta, fría y poco práctica: el ala georgiana era su hogar. Grande, anticuado, lleno de antigüedades, fantasmas y rincones polvorientos, pero su hogar.

Y caminando a su lado tenía a la última persona que había estado allí con él.

–Bienvenida de nuevo. Bonito sombrero.

Seb se percató de que no hacía más que frotarse las manos con nerviosismo, a pesar de su aire de indiferencia.

–Gracias –dijo ella levantando la mano distraídamente para tocárselo–. Todo atuendo necesita un sombrero.

–No recuerdo que llevaras uno la última vez.

–Entonces iba vestida para trabajar.

Aquellas palabras lo hicieron viajar al pasado, al momento en que le había bajado la cremallera y el vestido de seda había caído al suelo. En aquella ocasión, no llevaba sombrero en la cabeza, aunque sí unas horquillas en el pelo. Era una lástima. Le habría gustado verla con él en el sofá, bajo la luz de las velas, con los ojos encendidos por el champán y la excitación. Con el sombrero y nada

más.

Respiró hondo en un intento de ignorar los latidos de su corazón y el deseo visceral que aquel recuerdo le provocaba.

Seb se detuvo y reconsideró sus pasos. El despacho de la vieja mansión era una incongruente mezcla de muebles antiguos con modernos armarios metálicos y estanterías repletas de cosas que nadie había querido tirar.

Con la vuelta de Daisy, era una habitación con sus propios fantasmas, fantasmas de piel sedosa, suaves gemidos y jadeos apremiantes. Llevarla allí sería un error.

En vez de eso, abrió las discretas puertas que daban al frente de la casa.

–Vayamos a la biblioteca.

No había sido cobardía lo que le había hecho cambiar de opinión, sino el sentido común. Las comisuras de sus labios se arquearon.

–Como ya te habrás dado cuenta, la casa no se ha enterado de que estamos viviendo la primavera más calurosa de los últimos diez años. Son necesarios varios meses para que la temperatura se caldee. La biblioteca es la habitación más cálida, probablemente porque es la única que no se ha reformado. Aunque las cortinas de terciopelo estén llenas de polvo y resulten oscuras, resguardan del frío.

Daisy volvió a ajustarse el sombrero. Seguía moviendo las manos con nerviosismo.

–Bien.

Abrió la pesada puerta de madera y se hizo a un lado para dejarla pasar primero.

–Tu visita es toda una sorpresa.

–Espero que sea agradable –respondió sonrojándose, pero evitó mirarlo a los ojos.

Él se quedó inmóvil, observándola. Algo estaba pasando.

Daisy entró en la estancia y miró a su alrededor. Las paredes estaban forradas con paneles de madera. Seb se apoyó contra la puerta un momento y analizó la habitación a través de los ojos de ella. ¿La encontraría estrafalaria, intimidante? Era una mezcla de ambas. Las estanterías, rebosantes de libros, cubrían del suelo al techo dos de las paredes. De los paneles de roble colgaban retratos familiares y escenas de caza. Incluso la chimenea era lo suficientemente grande como para asar un buey. Lo único que

faltaba en la biblioteca era un viejo irascible ocupando uno de aquellos sillones y un pequeño lord correteando por allí.

Ella se acercó hasta una de las estanterías, sacó un libro y una nube de polvo quedó suspendida en el aire.

–Me alegro de comprobar que el dueño es un apasionado lector.

–La mayoría de los libros los he leído. Ese es en latín.

Ella ladeó la barbilla.

–Aun así, necesita que le limpien el polvo.

–Pediré a los sirvientes que se pongan inmediatamente a ello. Siéntate –dijo señalando un sillón–. ¿Quieres beber algo?

–¿Lo traerá un criado?

–No –contestó él sonriendo–. Hay un hervidor en ese rincón. Hay un buen trecho de aquí a la cocina.

–Muy práctico. Un té, por favor.

–¿Con leche o con limón?

Daisy se sentó en uno de los sillones de terciopelo sin dejar de sostener el libro entre las manos y arqueó una ceja.

–¿Limón? ¡Qué elegante! ¿Podría tomar agua templada con limón?

–Por supuesto.

Solo hizo falta un minuto para preparar las bebidas, pero agradeció mucho aquel tiempo. Le resultaba incómodo tenerla allí, en su zona privada, con su suave perfume de flores, sus largas piernas y su carmín rojo atrayendo su atención hacia aquellos labios carnosos.

–Un plato y una taza muy adecuados –dijo ella, observando la delicada porcelana al dársela él.

Seb se sentó frente a ella, como si fuera a entrevistarla, y se esforzó en mostrarse relajado, como si su inesperada visita no le hubiera afectado lo más mínimo.

–¿Qué tal van tus ridículos sueños y tus exageradas fantasías?

Daisy dio un sorbo a su bebida, haciendo una mueca al sentir el calor.

–El negocio va bien, gracias. Tengo la agenda llena.

–No me sorprende. Fotos del compromiso, jornadas de quince horas, blogs. Si calculas las horas que le dedicas, no ganas ni el salario mínimo.

–Es lo que esperan –dijo ella, poniéndose a la defensiva–. Hoy en día, todo el mundo puede pedirle a un amigo que le haga fotos. Pero los fotógrafos de bodas tenemos que ofrecer más, tenemos que

reflejar el alma de las parejas y dejar constancia de cada segundo de su día especial.

Seb sacudió la cabeza.

–¡Bodas! ¿Qué ha pasado con las ceremonias sencillas y emotivas? No es que me esté quejando. Tenemos reservas para los próximos dos años. Es una locura gastar tanto dinero en un solo día.

–Pero es el día más feliz de sus vidas.

–Espero que no. Es solo el primer día –la corrigió–. Las fantasías románticas son lo más dañino para un matrimonio. La gente pone mucho dinero y energía en solo un día, deberían pensar en que van a pasar toda una vida juntos.

–Haces que parezca una relación contractual.

–Es una relación contractual. El matrimonio es como todo. Solo sale bien si las partes comparten objetivos, si tienen claro lo que están firmando. Recuerda lo que te digo: cuando una pareja se casa en una ceremonia íntima y tiene claro su plan de vida, dura más que los tontos que se endeudan por tirar la casa por la ventana para ese día.

–No, te equivocas –replicó Daisy, inclinándose hacia delante con la mirada encendida–. ¿Qué puede haber más romántico que dos personas que se prometen amor eterno ante familiares y amigos?.

Se quebró la voz y un brillo nostálgico asomó en sus ojos azules. Seb trató de contener una sonrisa.

–¿Prometerse amor eterno, es eso lo que escribes en los blogs?

–Las parejas dicen que mis blogs son una de las partes más románticas de su gran día –repuso Daisy, sonrojándose–. Por eso hago un reportaje del momento del compromiso, para conocer bien a cada pareja –añadió, y se quedó mirándolo–. Incluyendo los extras, gano mucho más que el salario mínimo y nadie protesta. De hecho, una pareja me ha pedido que haga un reportaje sobre su embarazo y que tome las primeras fotografías del bebé cuando nazca.

–Por supuesto –dijo él con una nota de ironía en la voz–, lo único con lo que se gasta más dinero que con una boda, es con un bebé.

La piel de ella palideció y sus labios se tornaron azules.

–Entonces, no querrás oír que vas a ser padre. Estoy embarazada, Seb. Era lo que venía a decirte.

Nada más pronunciar aquellas palabras, se arrepintió.

No era así como había planeado decírselo. Se había dejado llevar

por el momento y se había olvidado del anuncio que tan bien se había preparado. Al menos lo había sacado de su autocomplacencia. Le había hecho revolverse en su asiento, le había clavado sus ojos verdes y se había puesto muy serio.

–¿Estás segura?

Claro que estaba segura. Se había hecho dos pruebas cada día durante la última semana.

–Tengo una prueba de embarazo en el bolso. Puedo sacarla y hacérmela ahora mismo si quieres.

–No, no es necesario –dijo él pasándose la mano por el pelo–. Pero usamos protección.

Era curioso que aquel hombre y ella hubieran compartido una noche de pasión. Lo había explorado, saboreado y acariciado, y todo eso, sin conocerse. Resultaba gracioso que no se atreviera a usar la palabra «preservativo» delante de ella.

–Cierto.

Daisy mantuvo la compostura y lo miró con toda la frialdad que pudo, tratando de controlar su pulso acelerado y el temblor de sus manos.

–Al menos lo hicimos la primera y la segunda vez. Después no sé si pudimos pensar con claridad.

Tampoco habían pensado con claridad en ningún momento. Resultaba más sencillo culpar a la tormenta de nieve, al hecho de estar a solas en un paisaje de ensueño, al champán, a que hubiera acudido en su ayuda. Pero, aun así, todo aquello no eran más que excusas. Había sido una noche increíble, intensa y totalmente atípica en la vida de Daisy.

–¿Cómo sabes que es mío?

Se había preparado para aquella pregunta. Era lógico que se lo preguntara, pero, aun así, no pudo evitar sentir una punzada de desilusión.

–Tiene que ser tuyo –afirmó levantando la barbilla y mirándolo desafiante–. No hay nadie más, no ha habido nadie más desde hace mucho tiempo. Solo he tenido relaciones estables y con mi último novio rompí hace nueve meses. Aquella noche no fue normal. No suelo comportarme así.

–Claro.

–Puedes comprobarlo, hacerte la prueba de paternidad.

Pero tendrás que esperar a que nazca.

–¿Estás pensando en tenerlo? –preguntó sin apartar los ojos de ella.

–Escucha, Seb, no tienes que tomar una decisión ahora mismo. No he venido aquí en busca de respuestas ni con pretensiones. Solo pensé que debías saberlo, pero…

–Espera –dijo él poniéndose de pie y levantó la mano para hacerla callar–. Necesito pensar. No te vayas, ¿me lo prometes? No tardaré mucho. Es solo que necesito un poco de aire. Ven, Monty.

–¡Espera!

Pero ya era demasiado tarde. Había salido por la puerta con el spaniel pegado a los talones. Daisy volvió a dejarse caer en el sillón tras oír el portazo.

–Ha ido mejor de lo que esperaba –murmuró.

Aunque no se había puesto de rodillas para prometerle que amaría a aquel bebé de por vida, tampoco la había puesto de patitas en la calle.

Su reacción había sido la de esperar, de incredulidad. También debería haber sido la suya. Daisy se acarició el vientre, tan liso que no daba ninguna pista de que algo hubiera cambiado. Aun así, no se había sorprendido, ni enfadado, ni siquiera considerado por un momento que no tendría a aquel niño.

Su concepción podía ser considerada un accidente a los ojos de la mayoría de las personas, pero no de Daisy. Para ella, había sido un milagro.

Una hora más tarde, después de más infusión y de tres páginas de una vieja edición de Orgullo y prejuicio, Daisy se dio por vencida. Le había pedido que esperara, pero no le había dicho durante cuánto tiempo. No le había prometido nada. De hecho, se había ido sin darle oportunidad de replicar.

Pero no podía marcharse sin tener una manera de ponerse en contacto con él. La otra vez no se le había ocurrido darle una tarjeta. ¿Sería porque esperaba que diera con ella como forma de ganarse su amor? La romántica empedernida que había en ella así lo había esperado, porque nunca aprendía.

Aquello no era un desafío, era mucho más importante que eso. Hurgó en su bolso y sacó una de sus tarjetas de visita. En ella se leía: Fotos Daisy. Bodas, retratos, eventos. Debajo, su número de teléfono y su página web. Se quedó inmóvil un segundo y luego dejó la tarjeta en la bandeja. A partir de ese momento, todo dependía de él.

Cerró los ojos y trató de relajar la tensión de sus hombros. Se había preparado para soportar su ira y su rechazo. En el fondo, había confiado en que se sintiera un poco emocionado. Pero no había contado con que se marchara.

Su coche seguía donde lo había dejado, aparcado al otro lado del imponente portón. Si se hubiera tragado su orgullo y hubiera aceptado el todoterreno que su padre le había ofrecido, no se hubiera quedado atrapada en aquella nevada de hacía unas semanas.

Daisy sacudió la cabeza en un intento por impedir que unas lágrimas escaparan de sus ojos. Todo había resultado perfecto, como si fuera una escena de alguna de sus comedias románticas favoritas. Una vez había asumido que se había quedado allí atrapada, Seb había reunido las sobras del bufé de la boda, y le había ofrecido una variedad de canapés y champán. Mientras charlaban y bebían, se había ido acomodando en el desgastado sofá de su despacho y había acabado contándole confidencias antes de besarlo.

Se llevó las manos a los labios, recordando la suavidad de sus besos. Al menos, al principio…

Quedarse allí reviviendo besos no iba a cambiar nada. Abrió la puerta del coche y echó un último vistazo al viejo castillo, iluminado por la luz ámbar del sol de primavera.

–¡Daisy!

Se detuvo un momento y respiró hondo antes de volverse. Trató de mostrarse despreocupada y se apoyó en el coche.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

Aquel hombre no era su tipo. Le gustaban los hombres bien afeitados y que no tuvieran aquella mirada irónica. Su hombre ideal no llevaba el pelo desaliñado ni iba por ahí con unos vaqueros viejos manchados de barro, aunque tenía que admitir que le quedaban muy bien. Daisy Huntingdon-Cross en la vida se había tomado un café con alguien que llevara un forro polar.

Así que ¿por qué se habían acelerado sus latidos? Daisy se recostó en el coche.

–Vuelve dentro, no hemos acabado de hablar.

No era una petición.

–Ni siquiera hemos empezado a hablar –dijo indignada, y se

cruzó de brazos–. Llevo esperándote una hora.

–Lo sé. Me gusta pensar al aire libre.

–¿Y?

Daisy deseó no haber dicho nada. Era como si estuviera a la espera de que le desvelara su destino. Aquella idea la hizo estremecerse.

Él se pasó una mano por el pelo.

–Preferiría que volviéramos dentro.

Ella arqueó las cejas.

–Se te da mejor pensar fuera.

Él sonrió y su expresión se suavizó.

–Sí, ¿y a ti?

–¿A mí?

–Tengo que hacerte una proposición y quiero que pienses con claridad. ¿Estás preparada?

No, no lo estaba. Daisy no estaba segura de haber podido pensar con claridad desde que había aceptado aquella primera copa de champán. Había defendido acaloradamente su medio de vida mientras su salvador había estado mofándose de ella hasta hacerla reír. Su seriedad había dado paso a algo completamente diferente. Pero no iba a admitirlo y mucho menos ante él.

–Sí, lo estoy.

Él la miró escéptico, pero asintió.

–Entonces, Daisy, quiero que te cases conmigo.

Capítulo 2

Seb no esperaba que Daisy se arrojase a sus pies agradecida. Se hubiera sentido incómodo si lo hubiera hecho. Pero esperaba que se mostrara sorprendida por su proposición o, al menos, agradecida.

La carcajada que escapó de sus labios le hirió en su ego.

–¿Estamos en una novela de época? Seb, no has mancillado mi honor. No tienes por qué hacerlo.

El énfasis en aquella última frase resultó mordaz y fuera de lugar.

–Entonces, ¿a qué has venido? Pensé que querías que te ayudara. ¿O vas tras mi dinero, es eso?

Tal vez, toda aquella situación no era más que una trampa. Apretó los puños y respiró hondo, tratando de que su rostro no reflejara la ira que sentía.

–Claro que no. Pensé que debías ser el primero en saberlo. No he venido aquí por dinero ni para casarme.

La indignación de Daisy resultaba convincente y Seb empezó a calmarse.

–Entiendo, quieres hacer esto sola. ¿Y qué quieres de mí? ¿Que recoja al niño los domingos y lo lleve al parque? ¿Que me lo lleve a mi casa una vez al mes?

Seb advirtió un mordaz desprecio en cada una de sus palabras y Daisy palideció, dando un paso atrás y buscando con su mano temblorosa la manilla de la puerta.

–Todavía no sé qué pasará.

Seb respiró hondo de nuevo y quiso mostrarse razonable.

–¿Cuánto trabajas? ¿Quince horas al día los fines de semana? Y no solo los fines de semana. Hoy en día, la gente se casa en cualquier día. ¿Quién cuidará del pequeño?

–Ya se me ocurrirá algo.

Su respuesta fue desafiante, pero su mirada era de preocupación mientras se aferraba a la manilla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–No tienes por qué. Cásate conmigo.

Daisy abrió los ojos como platos.

–¿Por qué? ¿Por qué iba a casarme con alguien a quien apenas conozco? ¿Por qué hacer semejante locura?

Seb hizo un gesto con el brazo, abarcando el lago, el bosque y el castillo que destacaba en aquel paisaje.

–Porque el bebé es mi heredero.

Daisy se quedó mirándolo fijamente.

–¿Cómo?

–El bebé es mi heredero –repitió él–. Nuestro bebé es el heredero de Hawksley.

–No seas ridículo. ¿Qué tiene que ver el castillo con nuestro hijo?

–No solo del castillo, también de estas tierras, del título, de todo.

–Pero… –dijo Daisy, y empezó a sacudir la cabeza–. Eres el encargado del mantenimiento, ¿no es así? Tenías una pala y un forro polar y esa oficina…

Entendía su punto de vista. Si sus colegas pudieran verlo en aquel momento… Muchas cosas habían cambiado desde que ocupara aquel tranquilo despacho en una facultad de Oxford.

–¿El encargado de mantenimiento? Supongo que de alguna maneralo soy. Dueño, encargado del mantenimiento, director, organizador de eventos...

–¿Qué se supone que eres, un caballero?

–Un conde. El conde de Holgate.

–¿Un conde? –se rio nerviosa–. ¿Es alguna clase de broma? ¿Hay una cámara grabando? –preguntó mirando a su alrededor.

–Mis padres murieron hace seis meses y heredé el castillo.

El castillo y una enorme deuda, pero no tenía por qué decirlo. Bastante impresionada estaba ya.

–¿Hablas en serio? –dijo ella sacudiendo la cabeza–. Los títulos ya no significan nada.

–Para mí sí y socialmente también. Daisy, viniste aquí porque

pensabas que era lo que debías hacer. Bien, casarte conmigo es lo que tienes que hacer. Ese bebé puede ser el próximo conde de Holgate. ¿Quieres negarle ese derecho? Los hijos ilegítimos no pueden heredar.

–Tal vez sea una niña.

–Eso no importa. Teniendo en cuenta que la línea de sucesión al trono ya no da prioridad al primogénito varón, el resto de la aristocracia tiene que seguir el ejemplo. Daisy, volvamos dentro y hablemos de esto civilizadamente.

Daisy tardó en contestar y se percató de que estaba temblando. Él no se movió, limitándose a esperar con la mano extendida.

–Está bien –dijo ella después de respirar hondo–, para hablar del bebé. Pero no voy a casarme contigo. Me da igual que seas un conde o el encargado del mantenimiento, no te conozco.

Seb respiró hondo y sintió alivio. Lo único que necesitaba era tiempo para que lo escuchara y tener así la oportunidad de convencerla.

–Entonces, vamos.

Daisy se apartó del coche y se dio la vuelta. Seb no pudo evitar fijarse en su trasero al inclinarse ligeramente para cerrar con llave la puerta. Los pantalones cortos se ajustaban a la perfección, revelando sus curvas. Rápidamente desvió la mirada, mientras se giraba hacia él.

–Un conde –repitió–. Con razón esa arpía se negaba a dejarme pasar.

–¿Arpía? –dijo Seb, sabiendo a lo que se refería–. No creo que se haya comido a nadie, al menos hasta ahora. La familia de la señora Suffolk lleva trabajando aquí generaciones. Es demasiado protectora.

Llegaron al patio y Daisy enfiló hacia la puerta trasera en donde la señora Suffolk permanecía en guardia, protegiendo el castillo de curiosos y otros invasores. Seb tomó del brazo a Daisy, conduciéndola por un lateral de la casa que tenía vistas al valle.

–Esta es la puerta principal. Empecemos de cero. Hola, soy Sebastian Beresford, conde de Holgate.

–¿Sebastian Beresford? –repitió ella entrecerrando los ojos–. Me suena ese nombre. No eres un conde, eres un historiador.

–Soy ambas cosas. Hoy en día, incluso los condes tenemos profesiones.

Aunque compaginar sus responsabilidades académicas con la

gestión del castillo era una cuestión que aún tenía que resolver.

–Bienvenida a mi casa –dijo tendiéndole la mano.

Daisy se quedó mirándola un momento antes de estrechársela.

–Daisy Huntingdon-Cross, es un placer conocerte.

–¿Huntingdon-Cross? ¿La hija de Rick Cross y Sherry Huntingdon?

Con razón le resultaba familiar. Su padre era una estrella del rock y su madre, una atractiva aristócrata. Las hermanas Huntingdon-Cross eran conocidas tanto por ser unas bellezas rubias de piernas largas como por sus estilos de vida. Todas ellas habían ocupado páginas en la prensa por distintos motivos y sus padres eran unas leyendas: famosos, ricos, con talento y enamorados.

El corazón de Seb empezó a latir con fuerza. Esa no era su idea de una boda íntima y privada.

Aquello no pintaba bien. Si se casaba con aquella mujer, los tabloides se regodearían. Todo el esfuerzo que había puesto en mantener alejada a la prensa, habría sido en vano.

Pero, si no se casaba con ella, el bebé sería desheredado. No tenía otra opción.

Seb se quedó de piedra al tomarla de la mano.

–Huntingdon-Cross –repitió.

Daisy dejó caer su mano al reconocer una nota de desagrado en su voz. Por un momento consideró fingir que no era una de esas Huntingdon-Cross, sino una prima lejana.

Pero ¿para qué? Pronto descubriría la verdad. Además, por muchos títulos y antepasados ilustres que tuviera, no tenía derecho a burlarse de su familia.

Daisy imitó el tono frío de su madre y alzó la barbilla.

–Sí, soy la más pequeña. Creo que la prensa se refiere a mí como la hija descarriada, si eso te ayuda.

Al oír aquello, la expresión de los ojos verdes de Seb se dulcificó y las comisuras de sus labios se curvaron. Daisy sintió calor en el vientre. Aquella sonrisa lo hacía más humano, más guapo, más deseable.

–¿A la que expulsaron del colegio?

Tenía que mencionar aquello. Daisy sintió que le ardía la cara. El rubor se extendió desde las mejillas hasta el cuello. Era un profesor de Oxford y probablemente nunca había conocido a nadie

que hubiera sido expulsado.

–No fui expulsada exactamente. Me invitaron a marcharme.

–Eso me suena a expulsión –murmuró él.

–Era un colegio muy estricto. Era casi imposible no ser expulsada. A menos que fueras lista y aplicada como mis hermanas.

Habían pasado ocho años de aquello y a Daisy todavía le afectaba.

–La madre superiora siempre estaba buscando la manera de deshacerse de las lerdas como yo. Así no bajábamos la media.

Se quedó mirándolo, deseando que dijera algo.

Probablemente le gustaría que la madre de sus hijos tuviera un puñado de títulos para estar en consonancia con él.

–¿Te expulsaron por malas notas?

–Bueno, no exactamente. Me expulsaron por escaparme e irme de copas a Londres. No creo que hubiera pasado de una regañina, pero publicaron fotos en la portada de The Planet y creo que algunos padres se preocuparon un poco.

–¿Un poco?

Sus labios se curvaron aún más y el brillo se intensificó en sus ojos.

–Tenía dieciséis años. La mayoría de las chicas de dieciséis años no están encerradas en internados en los que tienen prohibido mirar a los chicos o llevar otra cosa que no sea el uniforme. No es natural. Los periodistas me persiguieron durante una temporada hasta que se dieron cuenta de lo aburrida que soy. Estoy convencida de que aunque muera a los cien años y pase mi vida cosiendo ropa para huérfanos, en mi epitafio se leerá: «Daisy, la chica descarriada a la que expulsaron de un exclusivo colegio privado».

–Seguramente. Vamos, entremos. Empieza a refrescar y uno de nosotros lleva las piernas demasiado desnudas para esta época del año.

El sol estaba poniéndose y se había levantado una brisa fresca. Daisy sintió frío en las piernas y se estremeció, aunque el temblor no se debía solo a la temperatura. Dentro del castillo, todo cambiaría.

Aun así, todo estaba cambiando. ¿Sería más fácil si no tenía que pasar por aquello sola? No era la proposición ni la boda de sus sueños, pero quizá había llegado el momento de madurar, de aceptar que los cuentos eran para niños y que las princesas venían

en muchas formas y tamaños, al igual que los condes.

Lo miró de reojo, recorriendo sus piernas con la mirada. Los vaqueros desgastados marcaban sus fuertes muslos y sus estrechas caderas, y siguió subiendo por su torso musculoso, oculto bajo la camisa y el forro polar.

No, la forma física de Seb no era ningún problema.

Pero se había esforzado mucho por ser independiente, por no necesitar del dinero ni de la fama de sus padres. ¿Buscar apoyo emocional a través de una boda sería diferente a aceptarlo de su familia?

Al menos, sabía que ellos la querían. No podía considerar un matrimonio sin amor. Tenía que dejarlo claro antes de decidir lo que era mejor para el bebé.

–¿Dónde está el cocinero, los leales sirvientes, las afables doncellas?

Daisy pensaba que volverían a la biblioteca, pero, en vez de eso, Seb la había llevado a través de una serie de puertas y pasillos hasta la cocina.

Toda la casa necesitaba una reforma y la cocina no era una excepción, aunque a Daisy le gustaron los viejos armarios de madera y los antiguos fogones. No hacía falta mucha imaginación para ver los fantasmas de las doncellas afanándose por allí y a una rolliza cocinera amasando pasteles sobre las encimeras de mármol. Mentalmente encuadró la escena, eligió el filtro adecuado y enfocó el disparo.

Cualquiera de las amigas de Daisy quitaría los armarios, instalaría islas, barras de desayuno y puertas abatibles hacia el patio, con un resultado espectacular. Pero la cocina perdería su espíritu.

Seb le señaló una mecedora que había cerca de los fogones.

–¿Quieres sentarte ahí? Es el sitio más cálido de la habitación. No, no hay nadie más aquí, solo yo. ¿Te apetece tomar algo?

Seb había abierto una puerta que daba a una despensa más amplia que la cocina de Daisy.

Parecía nervioso y, Daisy al percatarse, se sonrojó como él. Iba a ser muy incómodo si ninguno de los dos podía mencionar el

embarazo sin avergonzarse.

–¡Oh! ¿Te refieres a si tengo antojos? No, al menos de momento. Pero, si me da hambre de remolacha o de risotto, serás el primero en saberlo.

–De acuerdo.

Daisy no quería admitirlo, pero estaba cansada. Había sido una larga semana en la que la sorpresa se había mezclado con la preocupación, y le había resultado difícil dormir. Estaba cómoda sentada en aquella mecedora, sintiendo el calor de los fogones envolviéndola. Monty apoyó la cabeza en sus pies y ella se quedó observando cómo Seb cortaba cebolla y freía unos filetes.

–Son de la granja de la finca –dijo mientras se calentaba el aceite–. Somos autosuficientes, bueno, gracias a los aparceros lo somos.

Ninguno de los dos mencionó el tema tabú, pero la palabra «matrimonio» no dejaba de dar vueltas en la cabeza de Daisy.

¿Sería su vida así a partir de ese momento? ¿Pasaría las tardes en la cocina, sentada en una mecedora, mientras Seb preparaba la cena? Quizá debería aprender a hacer punto.

–¿Hablabas en serio en la biblioteca, cuando dijiste que el matrimonio era una relación contractual?

Seb no se dio la vuelta, pero notó que se le tensaban los hombros mientras seguía salteando la verdura.

–Por supuesto. Es la única manera de que funcione.

–¿Por qué?

Seb se quedó quieto y la miró de soslayo.

–¿Qué quieres decir?

Daisy estaba cómodamente sentada en la mecedora, con los ojos entornados, y la recorrió con la mirada. El chaleco, el sombrero y el color del pintalabios contrastaban con su tez blanca. Estaba pálida y tenía unas ojeras pronunciadas. Parecía agotada. Un sentimiento de protección despertó en él. No era lo que quería, ni el camino que había elegido, pero aquello era su responsabilidad. Ella era su responsabilidad.

Probablemente, se merecía algo mejor de lo que él le podía ofrecer. Pero era todo lo que tenía.

–¿Por qué piensas eso?

Seb se tomó unos segundos antes de contestar.

Rápidamente sirvió los filetes y la verdura salteada en dos platos

y los llevó a la mesa. Luego llevó una barra de pan y los cuchillos y tenedores.

–Ven a sentarte a la mesa. Ya hablaremos después.

Parecía una primera cita. O peor aún, una primera cita a ciegas en la que se habían quedado sin tema para hablar. ¿Era ese el futuro que le esperaba, sentarse a una mesa con aquella mujer, tratando desesperadamente de encontrar algo que decir?

–Mis abuelos hacían todas las comidas en el comedor, aunque estuvieran ellos dos solos –dijo él después de un largo silencio–. Mi abuelo a la cabecera de la mesa y mi abuela en el otro extremo. Es una mesa en la que pueden llegar a sentarse treinta personas.

–¿Podían escucharse? –preguntó ella, mirándolo fijamente.

–Los dos tenían unas voces muy penetrantes, no sé si de nacimiento o después de haber pasado cincuenta años gritándose el uno al otro desde cada extremo de la mesa.

Seb sonrió al recordar la determinación de sus abuelos de mantener aquel ritual tan formal desde su juventud, a pesar de que el mundo alrededor de ellos hubiese cambiado.

–¿Y qué me dices de tus padres?

–Ah, mis padres. Llevaron una vida a lo grande. Si no consigo que el castillo sea rentable en los próximos cinco años…

Se le quebró la voz. Le costaba decir en voz alta que perdería el castillo Hawksley.

–Por eso creí que eras el encargado de mantenimiento.

–Así es. También es el motivo por el que he pedido una excedencia en la universidad y esté alquilando el pabellón para la celebración de bodas. Es una pequeña gota en un vaso, pero es un comienzo.

–Necesitas a mis hermanas. Rose vive en Nueva York, pero es un as de las relaciones públicas y Violet es la mejor gestora que he conocido nunca. Estoy segura de que entre las dos se les ocurriría un plan para salvar el castillo.

Necesitaba más que un plan, necesitaba un milagro.

–Mis abuelos siguieron las tradiciones toda su vida. Cuidaron de las propiedades y de la gente que vivía en ellas. Cumplieron con sus responsabilidades. Mis padres hicieron todo lo contrario. No pasaban mucho tiempo aquí, a menos que dieran una fiesta. Preferían Londres o el Caribe. Para ellos, Hawksley era un gran banco, no una responsabilidad.

–¿Qué pasó?

–Seguramente habrás leído algo sobre ellos –dijo Seb apartando el plato–. Si tus padres son conocidos por su matrimonio estable, mis padres lo fueron por sus locuras: drogas, aventuras, vacaciones exóticas… Siempre estaban en portada. Se divorciaron dos veces y se casaron otras dos, a cada cual más extravagante. En la primera me vistieron de paje. A la segunda me negué a ir.

Bebió agua. Se le había quedado la boca seca. Sentía una mezcla de resentimiento y dolor. ¿Cuándo dejaría de afectarle tanto?

–Sí, ahora me acuerdo. Lo siento mucho. Murieron en un accidente de avión, ¿verdad?

–Les avisaron de que no era seguro, pero a ellos no les importaban las reglas.

Daisy echó hacia atrás su silla y se levantó.

–Tú has cocinado, yo recogeré los platos.

Seb se quedó sentado un momento y la vio apilar los platos y las cacerolas a un lado del fregadero. Tenía que dejarle claro lo que le estaba ofreciendo.

–El matrimonio es como una empresa.

Daisy siguió fregando los platos.

–Antes, quizá…

–Tengo que casarme y tener hijos. Si no tengo herederos, el título corre el riesgo de desaparecer. Pero no quiero… – dijo, y cerró los ojos, intentando que se le tranquilizase el pulso–. No quiero toda esa locura emocional que conlleva el romanticismo.

Daisy dejó el estropajo y se volvió, apoyándose en el fregadero para mirarlo.

–Seb, tus padres no eran normales, te das cuenta, ¿no?

–Desde luego que les gustaban los extremos. Pero tampoco eran tan raros. La única diferencia es que no les gustaba fingir como hace la mayoría de la gente. Suelo fijarme en mis amigos y en sus padres. Al principio, todo son palabras cariñosas, pero ya he perdido la cuenta de cuántas relaciones, cuántos matrimonios se llenan de resentimiento, traiciones e ira. No, quizá mis antepasados consideraban lo que estaban haciendo desde una perspectiva empresarial: compatibilidad, normas, paz.

–Mis padres se quieren más que cuando se casaron –dijo sonriendo Daisy–. A veces, cuando se miran, es como si no hubiera nadie más en la habitación.

–¿Y cómo te sientes en esos momentos?

–Un poco sola, pero… –contestó bajando la mirada.

Animado por su respuesta, Seb continuó en tono persuasivo.
–Escucha, Daisy. No tiene sentido que te prometa una relación amorosa porque no creo en eso. Puedo prometerte respeto y afecto. Puedo prometértelo si decidimos convertirnos en padres. Querré a ese bebé y me esforzaré en ser un buen padre.
–Eso espero. Pero no tenemos que casarnos para ser padres.
–No.
–Me he esforzado mucho en ser una persona independiente, en tener mi propio negocio –dijo Daisy, y sus ojos azules se endurecieron–. No dependo de nadie.
–Pero vas a dejar de estar sola.
–Me las arreglaré, estoy segura. No querer casarme contigo no implica que no quiera que formes parte de la vida del bebé. Aquí estoy, ¿no?
Seb se sentó, algo perplejo. Su título y su castillo habían despertado siempre el interés de cierta clase de mujeres. Con sus títulos académicos y sus exitosos libros de historia, estaba empezando a ser conocido. Lo cierto era que nunca se había imaginado teniendo que convencer a alguien para que se casara con él. A pesar de que pudiera parecer arrogante, tenía que admitir que pensaba que una vez eligiera pareja, se haría lo que él quisiera.
Al parecer, Daisy no pensaba así.
Tampoco había una razón para que lo hiciera. Nunca se había imaginado viviendo en un castillo y tampoco era una académica buscando formar una poderosa pareja universitaria.
–Si no te casas conmigo, el bebé será ilegítimo –dijo, y alzó la mano en un gesto para impedir que lo interrumpiera–. Sé que eso ya no importa tanto en la actualidad. Pero para mí es algo serio. Necesito un heredero y, si el bebé no es legítimo, no podrá heredar. ¿Cómo se sentirá si me caso con otra persona y ve a un hermano menor heredar?
Ella palideció.
–¿Harías eso?
–Si tuviera un hermano menor, no. Pero soy el último de mi familia. No tengo otra opción.
–¿Y si no puedo hacerlo? –preguntó Daisy retorciéndose las manos–. ¿Y si no es suficiente para mí?
Volvió a darse la vuelta y tomó el estropajo. Tenía la espalda algo encorvada, como si tratara de contener sus sentimientos.
–Es mucho lo que nos estaríamos perdiendo, Seb. Siempre he

querido lo que mis padres tenían, conocer a alguien que me completara y a quien yo completara. Sé que suena muy sentimental, pero cuando creces viendo… –Intentémoslo.

Seb estaba sorprendido de lo mucho que deseaba que dijera que sí y no solo por el hijo que esperaba ni porque resolvería el asunto del heredero y le daría la estabilidad que necesitaba para asegurar el destino del castillo. Eran razones de peso y Seb apartó los recuerdos de aquella noche, el deseo de alargar la mano y acariciarla, de recorrer con sus dedos aquellas largas y sedosas piernas.

–Si no funciona o no eres feliz, no impediré que te vayas.

–¿Nos divorciaríamos?

Su voz se entrecortó.

–Deja eso –dijo él poniéndose de pie, y se acercó a ella, le quitó el estropajo de la mano y la obligó a mirarlo antes de continuar–. Si quieres, sí, un divorcio pacífico. Pero tienes que intentarlo de verdad. Dame al menos cinco años.

Era una cantidad de tiempo prudencial.

–No sé. Casarse dejando una vía de escape no me parece bien.

Se apartó de él y dejó caer su mano, sintiendo el roce de la punta de sus dedos.

–Todos los matrimonios tienen una vía de escape. Escucha: no es por nosotros, sino por nuestro hijo, por su futuro. Tenemos que ser responsables, hacer lo correcto por ese bebé.

Seb apretó los puños. En cierto sentido estaba impresionado. Pensaba que el título y el castillo sería suficiente para la mayoría de las mujeres. Había llegado el momento de sacar la artillería pesada.

Daisy se sentía confusa. Estaba cansada, le pesaban las piernas y sentía los hombros cargados por la decisión que tenía que tomar.

Se iba a convertir en madre. ¿Qué pensaba que significaba? No se había parado a pensar más allá del nacimiento, en los largos días trabajando y en las noches en vela. Estaría bien tener cerca a alguien que se implicara.

Si no se casaba con ella, se casaría con otra. A pesar de que eso haría más fácil rechazar su oferta, era una demostración de lo dispuesto que estaba a comprometerse.

¿Qué le diría a la gente? ¿Que había vuelto a meter la pata? Se había esforzado mucho por superar su pasado. La idea de confesar a su familia la verdad, le provocaba un nudo en el estómago. ¿Cómo iba a contarles a sus padres y hermanas que se había quedado

embarazada después de una aventura de una noche y que iba a casarse?

No era la boda relámpago lo que más impresionaría a sus padres. Después de todo, se habían casado a las cuarenta y ocho horas de conocerse en una capilla de Las Vegas. Lo que no les agradaría sería que el matrimonio fuera un acuerdo contractual.

Pero quizá no hiciera falta que se enteraran.

–¿Cómo funcionaría?

–Primero la familia, luego Hawksley. Y siempre mucha discreción. Tengo una vida privada, nada de prensa en nuestra casa ni de titulares escandalosos.

Tenía sentido. A su familia le gustaba darse publicidad. Estaría bien apartarse de todo eso.

Pero su principal pregunta, seguía sin ser contestada.

–¿Qué pasaría con la intimidad?

Seb se quedó de piedra y su mirada se oscureció. Daisy dio otro paso atrás y buscó apoyo en una silla.

–¿La intimidad? Eso como tú quieras, Daisy. Nos entendimos bien. Creo que estaría bien disfrutar del matrimonio de una forma completa, pero es decisión tuya.

¿Solo bien? Había sido espectacular. ¿De veras podía hacerlo? ¿Podía casarse con alguien que sustituía el amor por normas, el afecto por la discreción y que pensaba que la cima del éxito era el respeto? Claro que en las circunstancias en las que estaba, ¿cómo no hacerlo? No tenía ninguna otra alternativa.

Daisy tragó saliva. Aquello era muy diferente a sus sueños.

–Pongo una condición –dijo sorprendiéndose ante la seguridad de su voz.

–¿De qué se trata?

–No contaremos a nadie por qué nos casamos.

Fingiremos que estamos locamente enamorados. Si puedes hacerlo, entonces acepto. Trato hecho.

Capítulo 3

–Hola.

¿Cómo se saludaba a un prometido cuando era un matrimonio de conveniencia y tenían que fingir que estaban enamorados?

Debía de ser con un beso en la mejilla. Daisy saludaba a todos con un beso en la mejilla, desde su madre a sus clientes, pero se le encogía el estómago ante la idea de acercar los labios a aquel mentón con barba incipiente y percibir en su piel el olor a jabón.

En vez de eso, se quedó a un lado, sujetando la puerta entreabierta, con los nudillos blancos de tanto apretar el pomo.

–Pasa, estoy casi lista.

Seb pasó a su lado y de pronto se quedó inmóvil al ver lo que le rodeaba.

Era un loft arreglado, con paredes de ladrillo y vigas vistas de acero. En una de las paredes dominaban grandes ventanales por los que entraba el sol de mediodía. Al fondo había una cocina abierta, estanterías abarrotadas de libros y trastos en un lateral y el resto del espacio estaba despejado a excepción de un viejo sofá azul de terciopelo, una mesa de comedor pequeña con sillas y unas cuantas lámparas. Su zona privada estaba en la entreplanta, que hacía las veces de dormitorio y cuarto de estar.

Daisy adoraba su amplio estudio luminoso. En comparación con la casa de Seb, repleta de historia y de antigüedades, su piso resultaba austero y moderno.

–Me gusta este sitio.

Seb parecía sentirse a gusto. Se había quitado el forro polar y se

había quedado con una camiseta de manga larga gris y unos vaqueros. Se había puesto a examinar tranquilamente las fotos que colgaban de las paredes. Luego se volvió, reparando en cada detalle con su mirada escrutadora.

–Los reportajes de boda deben de pagarse mejor de lo que pensaba –añadió.

–Ya me gustaría que fuera mío el loft. Es de un amigo pintor al que se lo he alquilado –dijo ella señalando un gran lienzo que colgaba de la pared más lejana–. Solía compartir la planta de arriba con cuatro estudiantes, pero era una locura. ¡Tanto temperamento artístico en un solo espacio! Fue un alivio que John decidiera mudarse a Cornwall y me ofreciera alquilarle su estudio.

–¿A precio de amigo?

–No exactamente.

A sus padres les habría gustado ayudarla a establecerse en un sitio con estilo, pero había decidido arreglárselas sola, por difícil que resultara encontrar un estudio acogedor, además de asequible. El ofrecimiento de John había sido la solución perfecta.

–Pago una renta –continuó–, pero John es un poco desastre y también me ocupo de sus asuntos en Londres. Es un buen acuerdo para los dos.

–Muy conveniente para ambos. ¿Vas a dejar todo eso? –preguntó él, señalando unos focos.

–Seguiré usándolo como zona de trabajo.

Daisy podía haber accedido a mudarse con Seb de inmediato, pero no estaba preparada para romper los lazos de su vida anterior, al menos hasta que se asegurara de que todo iba bien.

–Estamos a tan solo una hora en coche. Ya he recogido todas mis cosas. Están aquí.

No era mucho, bastante menos de lo que su madre se llevaría para una escapada de fin de semana: su cámara preferida con los objetivos, un ordenador portátil y un par de bolsas con ropa y cosméticos. Si todo iba bien, ya llevaría el resto de sus cosas más adelante: los libros, los estampados, sus vasijas favoritas, su colección de sombreros… No podía imaginarse cómo quedarían en aquel museo que era el castillo Hawksley.

Seb miró el pequeño montón de cosas.

–¿Estás segura de que eso es todo lo que quieres llevarte? Quiero que te sientas como en casa. Puedes hacer cualquier cambio que quieras, incluso cambiar la decoración.

–¿Incluso la biblioteca?
–Siempre y cuando siga siendo cálida.
–Por supuesto.
Daisy se acercó al perchero de sombreros que había al pie de la escalera que llevaba a la entreplanta y, después de unos instantes de duda, tomó un sobrero rosa de campana, a juego con un broche. Era uno de sus sombreros favoritos que se había comprado en un mercadillo. Se lo puso en la cabeza y se lo ajustó, antes de mirarse en el espejo y pintarse los labios de rojo.
Estaba lista.
–La primera parada en las oficinas del registro.
Seb había recogido las dos bolsas de ropa y Daisy se colgó el estuche de la cámara al hombro, antes de tomar el maletín del ordenador. Sintió que se le encogía el pecho.
Se giró y se quedó mirando el espacio diáfano. Al salir por la puerta, sintió que estaba dando un gran paso hacia lo desconocido.
«Respira hondo, no llores y cierra con llave la puerta», se dijo.
El estómago le dio un vuelco, como si hubiera bajado sesenta pisos a la velocidad de la luz, pero se las arregló para controlar el temblor de sus manos y cerró la puerta.
¿Tendría Seb dudas similares? Si así era, las disimulaba muy bien. Parecía la personificación de la tranquilidad mientras salían del edificio en dirección al coche. Había ido a buscarla en un todoterreno dispuesto a llenarlo con todas sus cosas.
–Una vez que presentemos los papeles tendremos que esperar dieciséis días. Al menos no tendremos que preocuparnos de buscar sitio para la ceremonia. El pabellón Tudor cuenta con permisos y no admito celebraciones de boda en días laborables, así que podemos casarnos… –dijo sacando el teléfono– el viernes dentro de dos semanas. ¿Quieres invitar a alguien?
Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo, abrió la puerta del coche y metió las bolsas en el maletero.
Daisy se quedó de piedra. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Estaban hablando de su boda, de compromisos, promesas y de compartir una vida. Sí, eran prácticamente unos desconocidos, pero, aun así, tenía un significado especial.
–¿Podría ser en tres semanas? Solo para estar segura. Además, quiero que mis padres y mis hermanas estén allí y tengo que avisar a Rose con tiempo suficiente para que venga desde Nueva York.
–¿Quieres que venga toda tu familia? –preguntó él, sorprendido,

sujetándole la puerta.

Daisy puso un pie en el escalón y se quedó pensativa, antes de volverse hacia él.

–Me prometiste que fingiríamos que era un matrimonio de verdad. Por supuesto que mi familia tiene que estar allí.

–Muy bien.

Daisy abrió la boca para decir algo más, pero se quedó sin palabras, casi decepcionada por su conformidad. Parecía estar muy tranquilo. ¿Qué estaría pasando bajo aquella máscara? Quizá nunca lo descubriera. Permaneció inmóvil un segundo y luego cerró la boca y se subió al coche. Seb cerró la puerta y un momento después se sentó en el asiento del conductor y encendió el motor.

Daisy bajó un poco su ventanilla y se acomodó contra el reposacabezas observando a Seb conducir por las estrechas carreteras, alejándose cada vez más de su casa. Estaría casada en poco más de tres semanas. Un romance relámpago, eso era lo que pensaría la gente y lo que les diría.

–Vaya suspiro.

–Lo siento, es solo que…

Se quedó pensativa y bajó el parasol para comprobar que se hubiera puesto bien el sombrero. No quería contarle algo demasiado personal.

–Siempre supe cómo quería que fuera mi boda. Sé que es una tontería, que son solo fantasías.

Con todos los cambios que se estaban produciendo, lamentarse por no celebrar su boda ideal le parecía demasiado egocéntrico.

–¿En la playa durante la puesta de sol? ¿En el hotel de moda? ¿En la abadía de Westminster con el príncipe Harry vestido de uniforme?

Lo miró de reojo. Tenía los ojos puestos en la carretera. La falta de contacto visual hacía que le resultara más fácil contarle todos los planes que había hecho.

–Mis padres viven al lado de la iglesia del pueblo. Siempre pensé que me casaría allí, que iría andando a mi boda rodeada de mi familia y que luego volvería caminando de la mano de mi marido y lo celebraríamos con una fiesta en el jardín. No sería demasiado formal y, por supuesto, el grupo de mi padre tocaría.

–Por supuesto –dijo él sonriendo.

Daisy se mordió el labio inferior, mientras repasaba mentalmente el resto de su fantasía. Había soñado con un sencillo

vestido de encaje y la luz dorada del sol envolviéndolo todo.

Desde el día anterior tenía una extraña sensación dolorosa en el pecho, como si se hubiera dado un golpe. Al apartar aquella fantasía de su cabeza, el dolor se intensificó. Estaba haciendo lo correcto, ¿no?

«No solo tengo que pensar en mí», se dijo.

Le habría gustado haber podido comentar las opciones que tenía con alguien, pero ¿con quién? ¿Con sus hermanas? Enseguida intentarían hacerse cargo de la situación, tratándola como si fuera una niña. ¿Con sus padres? No, aún le quedaba orgullo. Daisy tragó saliva, haciendo una mueca al sentir un nudo en la garganta. Se había esforzado mucho por superar sus errores del pasado, por ser independiente de su familia y demostrarles que era tan capaz como ellos. ¿Cómo contarles que se había quedado embarazada de un hombre al que apenas conocía?

Sus padres harían todo lo posible por ahorrarle sufrimiento. Querrían que volviera junto a ellos y le comprarían una nueva casa. Le ofrecerían dinero como si eso fuera a arreglar las cosas.

Daisy se retorció en su asiento. No podía contárselo y no lo haría, aunque todo lo que deseaba era oír las palabras reconfortantes de su padre y dejarse abrazar por su madre. No solía permitirse esos lujos con frecuencia.

–De hecho, ¿por qué no vamos mañana al registro? No me parece bien empezar el papeleo sin antes habérselo contado a mis padres. ¿Te importa si vamos a verlos primero?

Daisy se quedó expectante, con las manos sudorosas por la tensión. Hacía mucho tiempo que no había necesitado consensuar sus actos con alguien.

–Por supuesto.

Seb apartó un instante la mirada de la carretera y la posó en las manos de Daisy, que se las retorcía en el regazo.

–Pero, si vamos a decirles a tus padres que nos hemos comprometido, deberíamos parar en una joyería de camino. Necesitas un anillo.

–Daisy, cariño, ¡qué sorpresa tan agradable!

Resultaba extraño estar frente a frente con alguien tan familiar y

famosa como Sherry Huntingdon: modelo, musa y actriz ocasional. Su esbelta figura seguía siendo tan alta y delgada con cincuenta años como lo había sido con veinte. La melena rubia caía por su espalda tan natural como la de su hija.

–¿Quién es tu amigo? –dijo dirigiendo sus famosos ojos azules a Seb.

–Sebastian Beresford –contestó él, extendiendo su mano hacia la madre de Daisy.

–¡Qué alegría! Daisy no suele traer jóvenes a casa. Pasad. Violet está por alguna parte y Rick está en su estudio. Queda poco para el concierto benéfico. Daisy, cariño, vendrás a hacer fotos, ¿verdad?

–No me lo perderé.

Daisy tomó del brazo a su madre mientras avanzaban por la senda que rodeaba la casa desde el camino de acceso. Era una preciosa casa cubierta de hiedra, con dos alas simétricas flanqueando el edificio principal. A diferencia del castillo Hawksley, había sido reformada y, al doblar la esquina, Seb vio a lo lejos una cancha de tenis y otras construcciones que habían sido restauradas y que estaban en uso.

Ante aquella imagen, sintió nostalgia. El castillo debería estar tan bien cuidado, pero al parecer a su abuelo le producía una extraña satisfacción el estado ruinoso de la edificación y su padre… Apartó aquel pensamiento y apretó los puños al sentir la ira que lo invadía cada vez que pensaba en la despreocupación de su padre.

Sherry se detuvo al llegar a una gran terraza pavimentada, de la que partían escalones que subían a las puertas dobles de la trasera de la casa. Había sillones de madera con cómodos cojines dispuestos para disfrutar de las espléndidas vistas.

–Creo que podemos sentarnos fuera –dijo Sherry sonriendo a su hija–. Iré a buscar a Rick. Se pondrá muy contento de verte, Daisy. El otro día estaba diciendo que a Rose la vemos más a pesar de que viva en Nueva York. Poneos cómodos. Luego tomaremos algo. Daisy, cariño, avisa a Vi de que estás aquí, ¿de acuerdo?

–Le mandaré un mensaje.

Daisy se sentó en un banco y sacó su teléfono. Tras dudar unos segundos, Seb se sentó a su lado. Claro que debían sentarse juntos. De hecho, deberían entrelazar las manos. Se quedó mirando sus largos y finos dedos moviéndose sobre el teclado deseando hacerlo.

Un solo roce le haría sentirse más comprometido que el anillo que le había comprado y que los votos que iba a hacer.

–Ese es el estudio de mi padre –dijo Daisy guardándose el teléfono en el bolsillo del vestido y señalando una de las construcciones anexas–. Lo primero que hizo fue convertirlo en un estudio insonorizado de última generación. Nunca nos dejaban entrar solas, aunque eso no nos impedía intentar grabar nuestros propios discos. Aunque para disgusto de mi padre, a ninguna se nos daba bien la música. La habitación contigua solía ser la zona de ensayo y el invernadero se convirtió en una piscina y un gimnasio. El resto de la casa se dejó como estaba. Apenas ha cambiado desde que se construyó.

Pero sí se habían hecho cambios. La pintura y el papel de las paredes eran recientes, y el mobiliario había sido elegido con gusto. Se había invertido en un viejo edificio. Eso era lo que le hubiera ido bien al castillo Hawksley, si su tatarabuelo se hubiera casado con una rica heredera estadounidense.

–¿Hace mucho que vivís aquí?

–Mi madre se crio aquí. Su tío es un barón y descendemos de Guillermo IV, aunque no por la línea legítima. Así que ya ves, no vas a casarte con alguien inferior.

–No había pensado en eso.

Seb sabía que su sangre era tan roja como la de todo el mundo. No eran los antepasados de Daisy lo que le preocupaba, sino su educación. Si se había criado en un lugar tan lujoso como Huntingdon Hall, ¿soportaría las incomodidades de su enorme y antigua mansión?

–¡Daisy! Estás viva. Rose intentaba convencerme de que entrara en tu apartamento y recuperara tu cadáver. Llevábamos una semana entera sin saber nada de ti.

–¡Vi! –exclamó Daisy poniéndose de pie, y abrazó a su interlocutora–. ¿A qué te refieres? Os he estado mandando mensajes a las dos todos los días.

–Cualquiera puede enviar un mensaje, pero… –dijo Violet, y vio a Seb detrás–. Ya veo que has estado muy ocupada.

Seb se levantó y extendió la mano.

–Tú debes de ser Violet. Daisy me ha hablado mucho de ti.

Se acercó y rodeó a Daisy con su brazo, ignorando la electricidad que sintió al poner la mano en su cintura. Daisy se sobresaltó ligeramente antes de respirar hondo y apoyarse contra él, moldeando su cuerpo al suyo.

–¿De veras? A mí no me ha hablado de ti –replicó Violet

estrechando su mano–. Suele contármelo todo.

Lo miró entornando los ojos como si estuviera evaluándolo. Resultaba desconcertante ser observado por aquella mirada azul.

El parecido era asombroso. Violet era un poco más alta y tenía más curvas que su hermana pequeña. Su rostro en forma de corazón era inescrutable a diferencia de los rasgos reveladores de su hermana, pero tenían la misma piel, los pómulos altos y la melena dorada.

Ahí acababa todo parecido. Daisy llevaba un vestido de estampado monocromático, con el cuerpo entallado y la falda suelta hasta las rodillas, una rebeca rosa oscuro sobre los hombros y el sombrero que añadía una nota de color al atuendo. Violet, por el contrario, llevaba unos vaqueros y una camisa blanca, el pelo apartado de la cara en una coleta y un discreto maquillaje.

–Todo no –intervino Daisy, sonrojándose–. Tengo veinticuatro años y guardo algunos secretos.

–Daisy, en tu vida has sabido guardar un secreto –dijo

Violet sonriendo a su hermana, antes de girarse hacia Seb–. ¿Y cómo te ganas la vida?

Por un momento, Seb deseó emular a su abuelo y contestarle que era el conde de Holgate.

–Administro una gran finca. Es ahí donde nos conocimos. Daisy estuvo trabajando allí.

–Acudió en mi ayuda. Cayó una nevada y él me ayudó. Fue muy romántico, Vi.

–A ningún padre le gusta escuchar esas palabras.

–¡Papá!

Daisy se soltó de Seb y corrió escalones abajo para abrazarse al hombre que estaba en la terraza.

–Te he echado de menos, mi pequeña Daisy. ¿Cómo está tu cámara?

–Ocupada. Ya le he prometido a mamá que me ocuparé del concierto benéfico, pero, si necesitas algunas fotos para la promoción, dímelo. Formales, informales, lo que quieras.

–Le preguntaré a Rose. Es ella la que toma esas decisiones. ¿Quién es este caballero que has traído a casa?

Rick Cross se volvió hacia Seb con mirada de satisfacción.

Por tercera vez en cinco minutos, Seb permaneció inmóvil mientras era examinado. Daisy era muy afortunada al tener aquella

familia tan cariñosa y protectora. No le hacía falta casarse con él. Cerrarían filas en torno a ella y la cuidarían. Si quería criar a su heredero, lo mejor sería que cumpliera su parte de aquel extraño trato.

–Sebastian Beresford. Es un honor conocerlo, señor.

Seb se contuvo para no decirle que uno de los primeros CDs que había comprado en su juventud había sido uno suyo. Lo había escuchado muchas veces.

El padre de Daisy le resultaba tan familiar que le era extraño ser un desconocido. El rostro curtido, el pelo revuelto y su delgadez eran atemporales. Rick Cross había saltado a la escena con veinte años y desde entonces nunca lo había dejado. La edad no le afectaba. Seguía haciendo sus giras, publicando álbumes y generando titulares, aunque últimamente filantrópicos.

–¿Beresford? He leído sus libros. Encantado de conocerlo.

Daisy rodeó a Seb con su brazo.

–Tenemos algo que deciros. Mamá, papá, Vi. Seb y yo estamos comprometidos. Vamos a casarnos.

Fingir resultaba agotador. Del brazo de Seb, sonrió y mostró el bonito anillo impersonal que lucía en el dedo, mientras su familia le daba la enhorabuena y brindaban con champán.

Daisy fingió dar un sorbo a su copa. Si sus padres sospechaban la verdadera razón de su matrimonio se disgustarían y no podría soportar volver a fallarles. Sabían cuánto deseaba enamorarse y ser amada.

Vi dio un paso atrás, mirando con recelo a pesar de su sonrisa. Su hermana había sufrido mucho y no confiaba en nada. Después de todo, Daisy estaba mintiendo.

–Llamaré al vicario enseguida. Supongo que querréis que la boda sea en primavera. Daisy, querida, ¿el próximo año o el siguiente? Creo que mejor el año que viene. Un compromiso largo es deprimente.

Su madre se había puesto en acción con demasiada prisa. Daisy miró a Seb en busca de ayuda, pero estaba charlando con su padre sobre guitarras. ¿Sabía Seb de guitarras? No tenía ni idea.

Tampoco sabía cuál era su comida favorita, ni cuáles eran su

grupo, su canción o su libro preferidos. No sabía si tocaba algún instrumento, si le gustaba correr, si veía el fútbol o el rugby…

–Daisy, despierta –le dijo su madre, como tantas otras veces antes había hecho–. ¿El año que viene, cariño?

–Lo siento –respondió ajustándose el sombrero–. No vamos a casarnos aquí.

Toda la familia se quedó en silencio y Daisy sintió tres pares de ojos clavándose en ella.

–¿No vais a casaros aquí?

–Es lo que siempre habías querido.

–No seas tonta, mi pequeña Daisy. ¿Dónde si no vas a casarte?

–Me temo que es culpa mía. Tengo una propiedad en la que se pueden celebrar bodas y pensábamos casarnos allí. Espero que no se disgusten.

–¿Para celebrar bodas? –preguntó Vi con cierta malicia– . ¿Como un pub?

–No, bueno, de hecho sí, hay un pub en el pueblo. Es un pueblo pequeño que teóricamente me pertenece, aunque yo no lo regento.

–Seb es el propietario del castillo Hawksley. Vamos a casarnos allí y no será en primavera.

Había llegado el momento de comportarse como nunca antes lo había hecho. Daisy se acercó más a Seb, lo rodeó con un brazo por el cuello y lo besó suavemente en los labios.

Sintió una oleada de calor y se estremeció. Rápidamente buscó qué decir, confiando en que Seb no se hubiera dado cuenta de la reacción que le había provocado.

–Vamos a casarnos este mismo mes, en poco más de tres semanas.

–¿Por qué tantas prisas?

Los ojos de Vi se clavaron en el vientre de Daisy, que contuvo la respiración.

–¿Por qué no?

Trató de mantener el tono despreocupado y permaneció cerca de Seb, que la rodeaba con su brazo. A pesar de que fuera por mantener las apariencias se sentía agradecida por el apoyo tanto físico como mental.

–Después de todo, mamá y papá, ¿qué es lo que siempre decís? Cuando lo sabes, lo sabes. Al fin y al cabo, vosotros os casasteis después de conoceros un fin de semana.

–Pero, Daisy, cariño, eso era en los setenta y estábamos en Las

Vegas.

–Aunque es cierto, cielo –intervino Rick Cross con el suave tono con el que solía dirigirse a su esposa–. Solo nos hizo falta aquel fin de semana para saber que estábamos hechos el uno para el otro. Quizá Daisy ha sido tan afortunada como nosotros.

–Sí, papá. ¿Te alegras por mí?

–Por supuesto que nos alegramos. Hawksley, ¿eh?

Coincidí con tu padre en una ocasión. ¿Recuerdas, Sherry? En Mustique. ¡Lo que le gustaban las fiestas a ese hombre! Por cierto, acabémonos el champán. Vayamos dentro a tomar más y brindemos como es debido. Quizá tenga fotos de aquel día, Seb.

Sus padres se unieron a Seb al subir los escalones, hablando sin parar. Daisy se quedó un momento contemplándolos. Aquella era la imagen de sus sueños: un hombre guapo, un buen partido, que contaba con la aprobación de sus padres.

Pero era un hombre al que apenas conocía y que no la amaba. A pesar de su cálido abrazo y de unos labios que la hacían derretirse, solo quería un matrimonio formal sin amor.

–No tienes que precipitarte. ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

Vi también se había quedado rezagada. Tenía los brazos cruzados, a la espera de que Daisy respondiera.

–Seis semanas, no me estoy precipitando. Quiero hacerlo, Vi. Alégrate por mí –dijo sonriendo a su hermana.

–Es solo que he oído rumores –replicó Vi mirándola con preocupación–. Daisy, el castillo Hawksley es precioso, pero muy costoso de mantener y sus padres gastaron mucho. ¿Estás segura de que no…?

–¿No qué? –preguntó, aunque sabía a lo que se refería su hermana–. ¿Que no va tras mi fortuna? No tengo fortuna, Vi.

–No, pero papá sí y sabes que le encantaría pagarnos todos los gastos. Haría cualquier cosa por ti, Daisy, incluso mantener una ruina como ese castillo.

Solo había una cosa de la que estaba segura respecto a Seb: no tenía ningún interés en el dinero de su padre. La sorpresa de sus ojos al enterarse de quién era había sido sincera.

–Seb no necesita mi inexistente fortuna ni papá tiene que echarle un cable. Trabaja muchas horas para sacar adelante el castillo y lo conseguirá. No te metas en mis asuntos, Vi. Y tampoco

le vayas con el cuento a Rose. Deja que ella sola se forme una opinión.

¿A qué venía eso?

–De acuerdo, Daisy, tranquilízate, no diré nada. Entremos y conozcamos mejor a Seb. Mi hermana pequeña va a casarse con un conde. Siempre te gustó presumir.

–Cuando lo conocí no sabía que era un conde.

Vi se rio y la rodeó con el brazo mientras subían los escalones hacia la enorme cocina que dominaba toda la parte trasera de la casa.

–Aquí estás, querida. ¡Tres semanas! Es muy poco tiempo para organizar nada. Tenemos que empezar ahora mismo. ¿Cuántos invitados caben? Supongo que habrá habitaciones suficientes en el castillo para la familia. La decoración será en blanco y amarillo. Tenemos que ir de compras enseguida, Daisy. Y elegir los menús, la tarta… ¿Crees que el abuelo podrá venir?

–Mamá, el caso es que no necesito nada de eso. Va a ser una ceremonia muy íntima. Solo nosotros y Rose, si es que puede venir. Será algo sencillo, aunque habrá tarta.

–¡No! –exclamó la madre de Daisy, sobresaltándola–. Esta vez no.

Daisy se quedó mirando a su madre, confusa. «¿Esta vez?».

–Yo…

–Quisiste irte de casa siendo una adolescente. Tu padre y yo lo respetamos. Al fin y al cabo, con dieciocho años los dos estábamos trabajando. No quieres que te ayudemos con el alquiler ni que te compremos un coche ni que te ayudemos de ninguna manera. No me agrada, pero lo acepto. Nos vienes a ver una vez cada mucho tiempo. Al menos nos envías mensajes y puedo seguirte por Twitter.

Daisy sintió que le ardían las mejillas. Nunca se le había ocurrido que su deseo de arreglárselas sola pudiera ser interpretado por sus padres como un rechazo. Alzó una mano, sin saber muy bien si para defenderse o a modo de súplica.

–¿Quieres casarte en menos de un mes? Bien. ¿Quieres casarte lejos de casa? No hay problema. Pero no vas a tener una boda sencilla. Te conozco, has soñado con una gran boda desde pequeña y eso es precisamente lo que vas a tener. Vas a dejar que la pague y nadie, nadie, va a impedir que te la organice.

Capítulo 4

–Lo siento.

Daisy apenas había dicho nada mientras desandaban los cien kilómetros de vuelta al castillo Hawksley, pero se incorporó en cuanto Seb tomó el camino de acceso.

–Debería haber planeado mejor la visita. Tal vez debería haber ido sola. Sé que no quieres todo ese jaleo.

–Podríamos decir que no –replicó Seb, girándose para mirarla.

Sonaba extraño oírle hablar en primera persona del plural.

–Podríamos –dijo Daisy, y suspiró–. Pero entonces sabrían que pasa algo. Habré comentado una o dos veces cómo me gustaría que fuera mi boda.

–Diles que soy alérgico a los grandes eventos. Diles que me dan sudores fríos y temblores. Mejor una ceremonia sencilla a que huyamos para casarnos.

Al ver que no respondía, una idea asaltó su cabeza. Aquel matrimonio tan poco convencional empezaba menospreciando los deseos de su esposa. Vaya comienzo.

–A menos que tú quieras que sea así –añadió Seb.

–Pensé que sí. Pero eso era antes.

Un sentimiento de culpabilidad se apoderó de él. Lo menos que podía hacer era ceder en aquel pequeño detalle, a pesar de que la idea de convertirse en el centro de atención le revolvía el estómago. Se aferró al volante y respiró hondo. Para que aquello funcionara tenía que haber sacrificios por ambas partes.

–Podríamos reconsiderarlo. Celebrarlo en tu casa, en tu iglesia y

con la fiesta en el jardín. Si tanto significa para ti…

–¿De veras?

Su rostro se iluminó un instante, pero enseguida desapareció aquel brillo como si nunca hubiera existido.

–No, pero gracias por la oferta. Te lo agradezco mucho, pero está bien. Esa boda era un sueño. Resultaría más falsa si te obligo a cumplir mis estúpidos sueños. Pero ¿te importaría si dejamos que mi madre participe un poco en la organización? Te prometo que la controlaré.

–Claro. Esta es tu boda y tu casa.

Las palabras brotaron con naturalidad a pesar de que sentía que el corazón se le había encogido. ¿Cómo se las arreglaría aquella mariposa consentida en un sitio tan frío e inhóspito como Hawksley? Pero ¿qué otra opción tenían? ¿Acaso tenían más? Tenían que asumir la responsabilidad de sus actos.

Detuvo el coche en la zona de aparcamiento y se giró para mirarla.

–Escucha, Daisy, estoy convencido de que esto puede funcionar. Solo hace falta que seamos sinceros el uno con el otro, que nos comuniquemos.

–¿No crees que nos estamos precipitando? –preguntó ella mirándose las manos, con la mirada oculta bajo las pestañas.

Seb no pudo evitar sonreír.

–En absoluto. Según tengo entendido, algunos de mis antepasados conocieron a sus esposas el día de la boda. Nosotros vamos a tener dos meses desde que nos conocimos hasta la boda, muchísimo tiempo.

–Aun así, pienso que no pasaría nada por esperar hasta que me haga una ecografía y sepamos más. Es muy pronto todavía. Ni siquiera he ido al médico. Si nos casamos estando embarazada de unas diez semanas, todavía hay posibilidades de que algo no vaya bien. Nos veríamos atrapados en un matrimonio que ninguno de los dos desea sin bebé. ¿Qué haríamos entonces?

Aquello tenía sentido y Seb era consciente de ello. Pero, aun así, algo en él se revolvió.

–No hay nada seguro. Si no sale bien, lo sentiremos, pero lo superaremos. Daisy… –dijo tomándola de la mano–. No puedo adivinar el futuro y sí, en cierto sentido tienes razón. Podemos esperar a la ecografía, podemos esperar hasta que estés de dieciséis semanas o de treinta. O podemos darle un voto de confianza. De eso

se trata el matrimonio.

Daisy lo miró directamente a los ojos.

–Solo estoy dispuesta a casarme tan pronto para que mi familia no descubra que estoy embarazada e intenten convencerme de que no lo haga. Saben lo importante que es para mí el matrimonio, el amor. ¿Qué me dices de ti? ¿Por qué no quieres esperar?

Seb cerró los ojos. Todavía podía oír las discusiones de sus padres y sus reconciliaciones. Si quería que aquello funcionara, tenía que ser sincero. Necesitaba que entendiera lo que le estaba ofreciendo, así como lo que nunca podría darle.

–Mi madre no quería tener hijos. No quería estropear su figura con un embarazo ni dejar de divertirse. Pero quería ser condesa y tener un heredero era parte del trato. Una vez, borracha, me contó lo contenta que se había puesto cuando descubrió que esperaba un niño y que no tendría que volver a pasar por lo mismo. Si hubiera sido por ella, nunca habría tenido hijos.

«Te tuve porque no me quedó más remedio. Fue el peor año de mi vida».

–Por suerte, estaban los abuelos, los colegios, las niñeras… Así no se sentía atada. No quiero que nuestro hijo sienta que es una carga. Quiero recibirle en este mundo con los brazos abiertos y quiero que se sienta deseado. Porque, aunque no lo planeáramos, lo deseo y tú también. Eso es lo que importa, que va a nacer con todos los ridículos privilegios que este título conlleva. Por eso es importante que nos casemos.

Daisy no dijo nada durante unos largos segundos. Luego entrelazó los dedos con los de él.

–De acuerdo –accedió por fin–. Entonces, tres semanas a partir del viernes. Vayamos al registro mañana y hagamos el papeleo. Supongo que también debería ver a un médico.

–Bien –dijo él sintiéndose aliviado–. ¿Estás cansada o quieres que te haga el tour completo de tu nueva casa?

–¿Estás de broma? ¿Un tour guiado y exclusivo? Enséñamelo todo.

–Este es el torreón normando. Según la leyenda familiar, un caballero, sir William Belleforde, llegó durante la invasión de 1066

y le fueron concedidas estas tierras. Con el transcurrir de los siglos, el apellido se transformó en Beresford. Él lo construyó.

Daisy se dio la vuelta y se quedó mirando los muros de piedra gris con sus estrechas ventanas. Al sentir que el viento se levantaba, se encogió en el jersey.

–Había un castillo de madera adosado –continuó–, pero esta era la principal zona de defensa y debió de ser bastante amplia. Había tres pisos. Mira, ahí está la vieja escalera. También había un muro fortificado rodeando el resto del castillo. Cuando vayas al pueblo, ya verás que muchas de las casas más antiguas están construidas con la misma piedra de los muros.

Daisy ladeó la cabeza, tratando de imaginarse mil años atrás.

–Muros, batallas, aspilleras… ¿Se libraron muchas batallas aquí?

Seb sacudió la cabeza.

–Hubo pocas luchas entre la Guerra de las Dos Rosas y la Guerra Civil. Mis antepasados eran demasiado prudentes para involucrarse.

–¿Así que no hay fantasmas de caballeros paseando con sus cabezas debajo del brazo?

Evidentemente era un alivio, pero ¿no se merecía un castillo así unos cuantos fantasmas?

–Ninguno. Cambiamos nuestra religión para adaptarnos a los Tudor y el color de nuestras rosas por la de los Plantagenet. Te alegrarás de saber que un joven impetuoso fue a Francia siguiendo a Carlos II y cuando heredó el título, fue nombrado primer conde de Holgate. Aunque algunos dicen que fue porque su esposa era una de las muchas amantes del rey, con el consentimiento del lord.

–Al menos estaba poniendo su granito de arena por el porvenir de su familia. ¿Sigue siendo un requisito acostarse con el rey para ser condesa? En caso de que así sea, no creo que estuviera dispuesta.

–Me alegro de saberlo –dijo él sonriendo–. Por supuesto que para entonces, el torreón ya no era usado como residencia. Cayó en desuso a finales del siglo XIV, y el gran pabellón fue construido cien años más tarde.

La condujo por la fría edificación de piedra y abrió la enorme puerta de roble que daba a la zona de estilo Tudor del castillo.

Daisy había pasado un día entero en aquella parte del castillo, fotografiando una boda. El aspecto era completamente diferente con largas mesas montadas, el estrado con la mesa principal al fondo y las lámparas de hierro encendidas.

–Ahora entiendo por qué se vinieron a vivir aquí. Aunque sea más grande, resulta más cálido. Tener un techo encima es una ventaja sin ninguna duda. También lo es el suelo.

–Especialmente cuando te olvidas del sitio –convino él–. A las novias no les gustan cosas como los suelos sucios o los agujeros en el tejado.

–Está en muy buen estado.

Había hecho muchas fotos de todos los detalles: los grabados de los paneles, la forma en que las vigas se curvaban…

–Tiene que estarlo. No podríamos celebrar eventos de no ser así. Aunque parezca que está en su estado original desde tiempos inmemoriales, se ha hecho la instalación de electricidad, se han construido aseos y hay una cocina completamente equipada. Lo cierto es que el pabellón tiene más partes nuevas que originales. Siempre se ha usado como salón de celebraciones, lo que hizo que fuera más fácil tomar la decisión de alquilarlo. Mi abuelo pensaba que era nuestro deber compartir el castillo con otras personas, pero no con el fin de obtener beneficios. No sé qué pensaría si viera las bodas. No suponen mucha diferencia con su idea inicial, salvo que cobro una obscena cantidad de dinero. Estoy intentando conseguir que el castillo se mantenga solo y que siga siendo un lugar para vivir. Quiero mantenerlo intacto, pero no es fácil.

–Entonces, ¿piensas quedarte a vivir aquí y no en Oxford?

–¿Ahora que es mío? Sí. Puedo quedarme en la universidad si lo necesito, aunque me resultará extraño estar yendo y viniendo después de tantos años. Tendré que repartirme entre mi carrera y mi casa. Ambas necesitan de todo mi tiempo o, al menos, eso es lo que parece. Ser dueño de un sitio como este es todo un privilegio que hay que cuidar.

Sus ojos brillaron entusiasmados. Su expresión se relajó al referirse a otro interesante dato arquitectónico y relatar otra anécdota familiar que Daisy estaba convencida de que se había inventado en el momento. Era imposible que alguien tuviera un árbol genealógico tan escandaloso, con vividores, bandoleros y esposas fugitivas en todas las generaciones.

–Adoras esto, ¿verdad?

–¿Cómo no hacerlo? He crecido aquí. Era como vivir en una máquina del tiempo. Podía ser cualquier personaje, desde Robin Hood a Dick Turpin.

–¿Siempre forajidos?

–Son los que mejor se lo pasaban. Tenían caballos, eran admirados, se llevaban a todas las chicas de calle… –Todas las cosas importantes de la vida.

–Efectivamente.

Sonrió y su expresión se tornó traviesa. Estaba muy atractivo. Daisy se quedó sin respiración. De repente, sintió que se le secaba la boca.

Sus miradas se encontraron y permanecieron inmóviles durante largos segundos. Los ojos de Seb se volvieron de un verde impenetrable y Daisy sintió un estremecimiento por la espina dorsal. Se echó hacia atrás, apenas unos centímetros, y su espalda chocó con el panel de madera. Se quedó allí apoyada, buscando el soporte que sus piernas no le daban.

Seguía atrapada en su mirada. Una oleada de calor se le extendió desde el vientre a las piernas. La piel se le erizó y el recuerdo de sus caricias la hizo estremecerse. Alterada, se chupó los labios. El calor de su cuerpo se intensificó al ver que Seb detenía los ojos en sus labios, reconociendo en ellos una expresión de ansiedad.

Quería un matrimonio de conveniencia, pero al fin y al cabo un matrimonio. En aquel momento, parecía la única cosa que tenía sentido en todo aquel enredo.

Seb dio un paso hacia delante, y luego otro. Daisy se quedó quieta, casi paralizada por la intención que se adivinaba en su rostro. Se le aceleró el pulso, martilleando al insistente ritmo del deseo.

–¿Seb?

Era casi un ruego por poner fin a aquel ansia que tan repentina e intensamente se había apoderado de ella.

Seb se detuvo con los ojos fijos en Daisy y luego avanzó un último paso. Lo tenía muy cerca, pero estaba quieto, sin rozarla, a pesar de que todo su cuerpo anhelaba su contacto. Se sentía atraída por el magnetismo del deseo. Él se inclinó un poco hacia delante y apoyó una mano a cada lado de ella, arrinconándola contra la pared.

Seguía sin tocarla.

Se quedaron completamente quietos, separados por milímetros, con las miradas fijas uno en el otro y los corazones latiendo cada vez más rápido. Necesitaba que la besara o en su interior se produciría una combustión espontánea. Tenía que unir los labios con los suyos y que sus manos volvieran a recorrerla. Tenía que

llenarla de nuevo.

Daisy se sobresaltó al oír la melodía que procedía de su bolsillo, uno de los grandes éxitos de su padre. Seb dejó caer las manos y se apartó unos pasos mientras ella buscaba el aparato, contrariada a la vez que aliviada. Ni siquiera se había mudado a vivir allí y ¿qué estaba haciendo? ¿Deseando que la besara? Aquello resultaba poco profesional.

Con las manos húmedas, sacó el teléfono y se quedó mirando la pantalla, incapaz de enfocar. Apretó el botón y se lo llevó a la oreja.

–¿Dígame?

–¡Daisy! ¿Estás viva?

–¡Rose!

Daisy esbozó una sonrisa de disculpa y se volvió ligeramente, como si el no verle le diera privacidad. Su corazón seguía latiendo desbocado.

–Vi me ha dicho que te llamara enseguida. ¿Dónde has estado? Te has quedado sin cobertura, hermanita, y eso no está bien.

A pesar de que eran las cuatro, parecía mucho más tarde, como si hubiesen pasado días en vez de horas desde que se había despertado en su apartamento. En Nueva York era por la mañana. Se imaginó a su hermana, con los pies en la mesa y un café en la mano. Su personalidad era una mezcla de eficiencia, impaciencia y despreocupación.

–Han sucedido muchas cosas. Rose, tengo buenas noticias. ¡Estoy comprometida!

Daisy era consciente de que hablaba entrecortadamente. Con un poco de suerte, su hermana pensaría que era de la emoción, y no de la contrariedad y la vergüenza que sentía.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea.

–Pero… si no estabas saliendo con nadie. No es Edwin, ¿verdad? Me dijiste que te parecía un idiota.

–No, claro que no es Edwin. Rompimos hace unos meses

–dijo Daisy sintiendo que le ardían las mejillas–. Se llama Seb, Sebastian Beresford, el autor de ese libro sobre los hijos ilegítimos de Carlos II que tanto te gustó.

–¿El atractivo profesor? ¿El Indiana Jones inglés? ¿Cómo demonios lo has conocido, Daisy? ¿A qué fiestas vas ahora, a conferencias en la universidad? –preguntó Rose riéndose.

Daisy temió que las risas pudieran oírse por el teléfono. Sabía que su hermana se estaría preguntando qué tenía en común con aquel académico tan aplaudido.

–Por el trabajo. Es el propietario del castillo Hawksley.

–¿No acaba de heredar un título? ¿Qué es, barón?

–No, conde.

Sonaba ridículo. Sintió la mirada de Seb y se giró dándole la espalda, deseando haber salido fuera para mantener aquella conversación.

–¿Un conde? –dijo Rose.

Volvió a romper en carcajadas y Daisy se apartó el teléfono de la oreja, a la espera de que su hermana se calmara.

–¿En serio? ¿No estaréis tomándome el pelo Vi y tú?

–Es verdad.

–Bueno, supongo que, si vas a casarte con él, tendré que ir a conocerlo. Iré dentro de cuatro semanas al concierto benéfico. No puedo hacer más desde este lado del Atlántico. Ahora mismo, lo prioritario es la gira y no tengo tiempo para nada.

Rose estaba a cargo de las relaciones públicas de sus padres, así como de la organización del concierto benéfico anual de su padre.

–Lo cierto es que vas a conocerlo antes. Vamos a casarnos dentro de tres semanas y quiero que seas mi dama de honor, Rose. Vendrás, ¿verdad?

–¿Cómo, cuándo? Pero ¿por qué, Daisy? ¿A qué tanta prisa?

–No hay ninguna prisa –replicó–. No queremos esperar, eso es todo.

Odiaba mentir a su familia.

Se oyó un profundo suspiro al otro lado de la línea.

–Daisy, ya sabes cómo eres. Te gusta ser la primera en todo. Con dieciséis años pensaste haber encontrado a tu hombre ideal y más tarde te pasó lo mismo cuando fuiste a St Martin's. Luego apareció Edwin y me dijiste que erais almas gemelas, hasta que te despertaste y te diste cuenta de que era un sapo y no un príncipe. ¿Por qué este es diferente? Dejando a un lado lo guapo que es, el cerebro que tiene y, por supuesto, el título.

Daisy deseó que se la tragara la tierra. Su familia siempre había bromeado acerca de su ímpetu amoroso, pero decírselo de aquella manera la hacía sentirse inmadura e ingenua.

Rose se equivocaba. Esa vez no era como las anteriores. Ni

estaba ilusionada porque Seb fuera su alma gemela, ni estaba enamorada.

–Esta vez es diferente y cuando lo conozcas lo entenderás.

Confiaba en sonar convincente. Después de todo, era la verdad.

–De acuerdo –dijo Rose, y suspiró–. Si dices que esta vez es diferente, te creeré.

–Vendrás, ¿verdad, Rose? No puedo casarme sin ti.

Se le quebró la voz. Aunque sus hermanas fueran unas mandonas y se hubieran pasado toda su infancia diciéndole que las dejara en paz, las necesitaba.

–Claro que estaré allí, tonta. Yo me ocuparé de los anillos, ese será mi regalo. Me tienes que decir la talla de su dedo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Daisy se aferró al teléfono, deseando que su hermana estuviera allí y poderle contar la verdad.

–Tengo que colgar. Tengo mucho que hacer. Hasta pronto. Llámame si necesitas algo.

–Lo haré. Adiós.

Daisy colgó el teléfono, con una extraña sensación de desamparo. Rose llevaba mucho tiempo viviendo fuera y, cuando volvía a casa, no paraba de trabajar.

–Era mi otra hermana.

Seb estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados.

–Me lo he imaginado.

–Le gusta hacer anillos como hobby, aunque se le da tan bien que podría dedicarse a ello profesionalmente. Se ha ofrecido a hacer los nuestros, así que tengo que mandarle tu talla de dedo.

Había supuesto que se negaría a ponerse un anillo, y se sorprendió al ver que asentía.

–¿Por qué no se dedica a ello profesionalmente?

Buena pregunta. Daisy buscó las palabras adecuadas para contestar.

–Se le dan bien las relaciones públicas. Mis padres siempre han confiado en ella y en Vi para ayudarlos. Están muy ocupados y prefieren que sus asuntos los lleve alguien de la familia, alguien en quien puedan confiar.

Sus padres eran cariñosos, indulgentes y generosos, a la vez que infantiles.

–¿Qué me dices de ti? ¿A qué te dedicas?

–¿Yo? Hago fotos. Es lo único que se me da bien. No me

necesitan para nada más –contestó sin poder disimular una nota de amargura en la voz.

–Esa no es la impresión que me ha dado hoy –dijo Seb mirándola con curiosidad–. Estaban encantados de verte.

–Eso es porque no voy a casa con frecuencia –respondió con un sentimiento de culpabilidad–. Procuro mantener mi vida al margen de ellos. Como te habrás dado cuenta, eso le molesta a mi madre. Está convencida de que sin ella, mi vida será un desastre.

–¿Por qué?

Daisy se quedó mirándolo y suspiró antes de contestar.

–Siempre tardé más que mis hermanas en hacer todo. Empecé tarde a hablar, a caminar, a leer. Mi escritura era terrible y odiaba las matemáticas. Siempre me metía en problemas en el colegio.

–Como la mayoría de la gente.

–Pero la mayoría de la gente no tiene de hermanas mayores a Rose y Violet –replicó ella–. Creo que no hubo profesor que no me preguntara por qué no podía ser como mis hermanas, por qué no trabajaba y me comportaba tan bien como ellas. Para cuando me expulsaron, aquellas palabras parecían esculpidas en piedra. Parecía la mascota de la familia, bonita, pero de la que no podías esperar mucho. Claro que expulsarme tampoco ayudó.

–Tuvo que ser difícil.

–Fue humillante –dijo recordando la vergüenza que había pasado–. Salió en todos los periódicos. La gente se compadeció de mis padres y me dieron por perdida. ¡Con dieciséis años! Así que mis padres intentaron hacer lo que mejor se les da: gastarse dinero en mí y guardar las apariencias. Me ofrecieron mandarme a un internado para acabar los estudios y mi madre quiso apuntarme en una agencia de modelos. Solo podía servir para ser modelo.

–Pero no lo eres.

–Me negué. Creo que lo peor de todo fue que toda la familia se tomó el asunto a broma. Nadie se molestó en preguntarme cómo me sentía ni qué quería hacer. Oí que mi padre le decía a mi madre que nunca aprobaría un examen, así que qué más daba.

Se quedó callada, tratando de que aquellos dolorosos recuerdos no le afectaran como solían hacerlo. Le dolía que ni siquiera sus propios padres tuvieran fe en ella.

–No quería que hicieran nada –continuó–. Quería arreglármelas yo sola. Así que me inscribí en el instituto público del barrio y luego estudié Bellas Artes en la universidad. Tenía que demostrarles que

no necesitaban cuidar de mí –añadió, y sonrió con tristeza–. Fíjate cómo ha resultado.

–Creo que no te va tan mal.

–¿Embarazada después de una aventura de una noche? – dijo, y sacudió la cabeza–. Quizá tengan razón.

–Embarazada, sí. Pero diste un paso adelante, viniste y me lo contaste, lo cual es muy valiente. Estás dispuesta a sacrificar tus sueños por el bebé. Creo que eso te convierte en alguien muy especial.

–Bueno –repuso Daisy, sintiéndose incómoda por los halagos–. Voy a convertirme en condesa y tendré que acostarme con un rey por el porvenir de mi familia.

–Ahí está –dijo él, y su mirada volvió a oscurecerse–. ¿Dónde estábamos cuando llamó tu hermana y nos interrumpió?

Daisy volvió a sentir aquella corriente sensual y se quedó atenta a cada uno de sus gestos, a la curva de sus labios, al brillo de sus ojos y al movimiento de los músculos de los hombros.

–Me estabas contando que te gustaba ser un forajido.

Sentía algo, pero no estaba dispuesta a dejarse llevar, sobre todo teniendo en cuenta el torbellino emocional en el que se encontraba.

–Cobarde –dijo él, y enseguida la intensidad del momento desapareció–. ¿Lista para ver el resto de tu casa? Viajemos al siglo XVIII y empecemos a recorrer la parte georgiana. Te advierto de que es amplia. Creo que hoy veremos la planta baja y el primer piso. El segundo está prácticamente vacío y el desván lleva años en el mismo estado.

–¿El desván?

Un escalofrío de emoción la hizo estremecerse. De niña, le había gustado deambular por el desván de su casa, descubriendo los tesoros familiares. Claro que poco había tenido que descubrir en su casa, recién renovada e impecablemente decorada. ¿Fotos ordenadas cronológicamente? Sí. ¿Tiaras de diamantes y cartas secretas de amor? No. Pero allí, en un edificio con tanta historia, podía encontrar cualquier cosa.

–¿Te importa si un día echo un vistazo al desván?

Seb caminó hacia la puerta y se detuvo, con la mano en el gran pomo de hierro.

–¿Un día? Creo que tendrás que dedicar al menos seis meses. Mi familia siempre ha sido muy acaparadora. Me gustaría ordenarlo todo, a pesar de que sospecho que la mayoría es basura, pero tengo

muchas otras cosas que hacer antes. A todo el castillo le vendría bien una reforma. Haz los cambios que desees, pero manteniendo el estilo.

–Y yo que pensaba pintar de rosa el exterior y hacer una ampliación en hormigón.

Estaba de buen humor. Una casa con veinte dormitorios y muchos salones, incluyendo varios pabellones, despachos y galerías, no era un proyecto pequeño. Pero encargándose de ello, podría encontrar su lugar allí. Tal vez pudiera convertir el castillo Hawksley en un hogar, en su hogar.

Capítulo 5

–Buenos días, ¿tienes hambre?

Seb se dio media vuelta al oír entrar a Daisy en la cocina. Iba de puntillas, como si no quisiera molestarlo con su presencia.

–Estoy muerta de hambre. En cualquier momento empezarán las náuseas.

Daisy parecía estarse disculpando, como si la hubiera acusado de estar mintiendo por no sentirse mal. Después de todo, la había creído cuando le había contado que estaba embarazada y no le había pedido ninguna prueba que lo confirmara.

–Quizá tengas suerte. ¿Cómo has dormido?

–Bien, gracias. Sorprendentemente, las camas con más de quinientos años son muy confortables.

No había dejado de preguntarse dónde instalar a Daisy desde que había accedido a irse a vivir con él. Para que aquello funcionara, no podía tratarla como a una invitada. A la vez, se sentía intrigado por saber cómo sería tener aquellas largas y sedosas piernas a su lado.

Por suerte, las casas georgianas habían sido construidas teniendo en cuenta aquellos dilemas. Seis meses atrás, había pedido una excedencia en la universidad para volver a Hawksley a intentar desenmarañar el complicado caos que su padre había dejado. Desde entonces, se había instalado en las antiguas alcobas de sus abuelos y no en la que siempre había sido su habitación del segundo piso.

Había una suite adyacente, la suite de la antigua condesa, una reminiscencia de cuando los matrimonios no tenían por costumbre

compartir cama ni alcoba. Un amplio dormitorio junto con un pequeño despacho, un vestidor y un cuarto de baño, ocupaba una esquina de la casa y tenía vistas al lago y al bosque que había al fondo. La suite resultaba deslucida. Había sido decorada por última vez a mediados del siglo anterior y estaba llena de muebles muy antiguos, pero funcionales.

–Hay una puerta aquí –le había dicho, mostrándole una discreta puerta en la pared más cercana a la cama–. Da a mi habitación. Si quieres, puedes cerrarla con llave.

Las palabras se habían quedado flotando en el aire. No estaba seguro de si lo había dicho a modo de invitación o de advertencia.

Era curioso. Nunca antes de la noche anterior había reparado en aquella puerta, que se había convertido en el centro de su atención, consciente de que ella estaba al otro lado. Seb apretó la mandíbula mientras daba la vuelta al beicon. Podía ver la puerta en aquel momento, como si la tuviera delante: pequeña, de madera, discreta.

–¿Has cerrado la puerta con llave?

–He cerrado con el picaporte.

–Bien, no quisiera que el fantasma de algún malhechor te sorprendiera en mitad de la noche.

Daisy se acercó al hervidor de agua y lo llenó. Algo tan cotidiano, parecía un gran paso.

–Estoy segura de que los picaportes no son obstáculo alguno para los fantasmas. ¿Café?

–Estoy servido, gracias –dijo él señalando una taza de café.

Resultaba una escena doméstica, aunque demasiado formal.

Daisy olió las infusiones que había llevado e hizo una mueca.

–Echo de menos el café. No me importa privarme del alcohol, pero levantarme por la mañana y no tomarme un café con leche es un castigo cruel.

–Podemos comprar descafeinado.

Seb tomó dos platos y sirvió en ellos los huevos y el beicon.

–Creo que te olvidas de la finalidad del café. Probaré con el regaliz –dijo ella, y preparó la infusión antes de llevar la taza a la mesa–. Esto tiene buena pinta, gracias.

–He pensado que nos vendría bien un poco de energía para el día que tenemos por delante. A la diez tenemos que estar en el registro y a las once tenemos cita con el médico. Espero que te parezca bien. Luego, creo que deberíamos contar nuestros planes a los empleados y voluntarios, y empezar a organizarnos.

–De acuerdo.

Un fuerte repiqueteo sonó en la casa y Daisy se sobresaltó, haciendo caer el contenido de su tenedor al plato. –¿Qué demonios es eso?

Seb echó hacia atrás su silla y evitó mirar con lástima lo que le quedaba de desayuno. La cocina estaba lejos de la puerta, tiempo suficiente para que se le enfriara la comida.

–El timbre. Es demasiado escandaloso, pero la casa es tan grande que es la única manera de saber que están llamando.

–¿Será la arpía? Si quiere convertirme en piedra, espero que me rescates.

Seb se aguantó la risa. En el fondo, la señora Suffolk tenía un corazón de oro, pero había que dedicarle tiempo para descubrirlo.

–Los voluntarios tienen llave de la puerta de atrás. Solo hay dos puertas operativas entre las oficinas y la casa principal, y las dos las dejo cerradas por la noche.

Antiguamente, la cocina formaba parte de las instalaciones de los sirvientes. Un pequeño pasillo la separaba de las oficinas a través de una puerta que delimitaba su espacio personal de la zona de trabajo. Sus abuelos, a pesar de lo conservadores que habían sido, habían prescindido en los años noventa de tener servicio interno y habían empezado a usar la cocina, al menos para desayunar y cenar.

Sus padres habían contado con servicio durante los cuatro años que habían gestionado Hawksley, a pesar de que nunca habían pasado más de una semana seguida allí.

El timbre volvió a sonar.

–Ya voy.

Seb tiró de los tres picaportes y giró la gigantesca llave de hierro. Abrió la enorme puerta y se encontró a su futura suegra, con un gran bolso colgado del hombro, un periódico en una mano y una botella de champán en la otra.

Seb parpadeó.

–Dios santo, Seb, parece que hubieras visto un fantasma –dijo, y le entregó el champán y el periódico–. Página cinco, querido. ¿Dónde está Daisy?

–Buenos días, señora Huntingdon…

–Llámame Sherry –le interrumpió pasando a su lado–. Señora me hace sentir muy vieja. Después de todo, vamos a ser familia.

No sabía mucho de familias, pero estaba seguro de que aquella

alta y glamurosa mujer era todo lo contrario a la típica suegra.

–Sí, por aquí. Está desayunando.

La guió por el vestíbulo y se dio cuenta de que reparaba en los rincones polvorientos y en cada desconchón del papel de la pared.

–Mis abuelos descuidaron el sitio.

–Esto parece un museo.

Aquello no parecía un halago.

Llegaron a la cocina y Sherry lo adelantó para envolver con sus brazos a una sorprendida Daisy.

–¿Beicon? Daisy, querida, tienes que pensar en el vestido de novia. Comiendo huevos fritos, será imposible que encuentres uno que te siente bien. No, no quiero nada. No suelo desayunar.

–Mamá, ¿qué estás haciendo aquí?

Seb no pudo evitar sonreír al ver la cara de Daisy. Su expresión coincidía con lo que él sentía, una mezcla de sorpresa y recelo.

–Cariño, tenemos una boda que organizar y apenas tenemos tiempo. ¿Dónde si no iba a estar? Ahora, date prisa y cómete eso. Ya tomaremos algo de fruta por ahí. Página cinco, Seb.

Seb miró el periódico que Sherry le había dado y lo abrió lentamente, con el corazón acelerado. No podía ser que tan pronto…

Lo dejó sobre la mesa. Una enorme foto de Daisy y él sonriendo destacaba bajo el titular: Atractivo intelectual aristócrata se casa con joven descarriada. Dio un paso atrás, sintiendo malestar en la boca del estómago.

–Lo sabía. Mencionan la expulsión. ¿Por qué no hablan del éxito de mi negocio?

–Supongo que también hablarán del divorcio de mis padres, de sus relaciones posteriores, de sus problemas con la bebida y las drogas…

Seb se dio cuenta de que sus palabras denotaban amargura, y respiró hondo, tratando de calmar el caos que se había desatado en su interior.

–Sí.

Seb volvió a respirar hondo, conteniendo la ira. No era culpa de ella.

–Lo siento –añadió Daisy.

Él tragó saliva y se obligó a apoyar la mano en su hombro.

–No seas tonta, Daisy. Estarían interesados de todas formas. Seb es tan buen reclamo como tú, seguramente más –intervino Sherry.

–Sí –convino él–. Sabíamos que se haría público. Pero pensé que tendríamos más tiempo.

Si Daisy no hubiera ido a Huntingdon Hall, si no hubiera implicado a sus padres…

–Será mejor ignorarlo. Ven, cariño. Muéstrame dónde será la ceremonia. No tengo todo el día.

Daisy se quedó sentada unos segundos más, con la cabeza inclinada hacia abajo y las mejillas pálidas.

–Tenemos una cita a las diez, mamá, y solo dispongo de media hora. Si nos hubieras avisado de que venías, te habría dicho que esta mañana la teníamos ya ocupada.

–Vosotros idos, yo me quedaré. Hay muchas cosas que hacer. Solo enséñame dónde se celebrará.

–De verdad, mamá, puedo organizarlo. No necesito que hagas nada.

Había una nota de desesperación en la voz de Daisy mientras intentaba hacer razonar a su madre.

–Sé muy bien que prefieres hacer las cosas sola, Daisy.

Ya lo has dejado muy claro.

Daisy apartó su plato con el desayuno a medio terminar y, dirigiendo una mirada de disculpa a Seb, tomó a su madre del brazo.

–Está bien, tú ganas. Seb, he puesto tu desayuno en la sartén para que estuviera caliente. Ven por aquí, mamá. Creo que ni siquiera tú encontrarás defectos al pabellón Tudor.

Seb las observó salir antes de volver la mirada al periódico. Se fijó en la foto. Él iba conduciendo y Daisy miraba hacia atrás, sonriendo. Debían de habérsela hecho cuando salieron de Huntingdon Hall. ¿Cómo no se había percatado de la presencia del fotógrafo?

¿Iban a ser así sus vidas a partir de ese momento, cada uno de sus pasos, de sus conversaciones y de sus salidas observados, criticados y publicados?

Arrancó la página del tabloide de un tirón, hizo una bola y la arrojó a la basura. Tenía la respiración acelerada. No le gustaba que lo acosaran. Cámaras enfocándolo, multitudes esperándolo a la puerta, micrófonos en su cara. La primera vez que motos y coches lo habían seguido por las carreteras rurales tenía cinco años. Su padre había acelerado y su madre se había reído.

El delicioso aroma del beicon lo sacó de sus pensamientos. Lentamente se acercó a los fogones. La sartén estaba tapada y el fuego al mínimo. Tenía el desayuno caliente. Se había preocupado de guardárselo y de que no se le enfriara. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien había hecho algo por él, sin que le pagara por ello?

Daisy tuvo que contenerse para no reírse al ver la cara de Seb. Estaba en medio del salón principal, de pie, mirando a su alrededor como si hubiera sido secuestrado por unos alienígenas y transportado a un mundo alternativo.

Y en cierto sentido así era.

Su madre no había perdido el tiempo y ya se había puesto cómoda. Se las había arreglado para que dos voluntarios perplejos, a la par que deslumbrados, la ayudaran a montar un despacho en el salón principal. Habían colocado tres mesas en forma de U y varias sillas junto a una pizarra con varias notas autoadhesivas ya pegadas.

Una jarra de agua, un vaso y un florero habían salido de alguna parte y estaban sobre la mesa. Sherry había vaciado su enorme bolso a lo Mary Poppins y había dispuesto un par de teléfonos, una carpeta dividida en apartados, un montón de revistas sobre bodas y, para horror de Daisy, su viejo álbum de recortes.

Si Sherry Huntingdon decidía alguna vez dirigir su formidable cabeza hacia algo que no fuera la moda, ¿quién sabe lo que conseguiría? ¿La paz mundial? ¿El fin de la pobreza? Daisy parpadeó. No era justo. Sus padres hacían muchas obras de caridad, la mayoría de manera anónima. El concierto benéfico tenía mucha repercusión, pero era tan solo la punta del iceberg.

–Aquí estás, Seb.

Sherry estaba paseando por el salón, observando los cuadros y otros detalles.

–Antes de que te lleves a Daisy, necesito información.

–Lo que haga falta –replicó él, dirigiendo la mirada hacia el arsenal de papel, bolígrafos y demás material ordenado sobre la mesa–. Me alegro de ver que te sientes como en casa.

–Creo que es bueno estar en medio de todo –convino Sherry, sin percatarse de la ironía de su comentario–. Ese hombre tan agradable que tienes a la entrada me ha dicho que se van a celebrar bodas durante los dos próximos fines de semana, por lo que no

puedo dejarlo todo preparado. Aun así, contaremos con el pabellón cuatro días antes de la boda, así que podré asegurarme de que todo quede perfecto.

Daisy se percató de que Seb tenía los hombros cargados y decidió interrumpir.

–No hacen falta cuatro días para el puñado de familiares y amigos que van a venir. Con tan poco tiempo, estoy segura de que la mayoría de la gente ya tendrá planes.

–No seas ridícula, claro que vendrán. Será la boda del año, la unión de la aristocracia del rock con la verdadera aristocracia. Cancelarán cualquier otro plan que tengan. A ver, ese joven también me ha dicho que el pabellón da cabida a unas doscientas personas sentadas, así que necesito la lista de tus invitados tan pronto como sea posible, Seb.

–¿Lista?

El músculo de su mentón empezó a latir y Daisy fue incapaz de apartar la vista. Deseaba acercarse y apoyar la mano en su hombro para calmar su tensión, antes de acariciarle la mejilla y darle un beso. Apretó los puños clavándose las uñas en las manos y el dolor le recordó que no debía cruzar la línea.

–Tu lista ya la he preparado, Daisy.

Por supuesto, no podía ser de otra forma. Daisy tomó la hoja que su madre le ofrecía con el nombre de los invitados, esperando ver un listado de las personas con las que sus padres solían relacionarse: actores, cantantes y otros personajes con los que ella no tenía nada en común.

Daisy tragó saliva, sin poder creerse lo que veían sus ojos. Los nombres que tenía delante eran prácticamente los mismos que ella habría escrito: amigos del colegio, de la universidad y compañeros de trabajo, además de los habituales familiares y otras personas a las que conocía de toda la vida.

–Perfecta. ¿Cómo lo has sabido?

Daisy contuvo las lágrimas. Siempre se había sentido la oveja negra de la familia. Quizá la conocían mejor de lo que pensaba.

–Vi me ayudó. ¿Está bien?

–Casi perfecta.

Solo había que hacer algunas correcciones. Daisy añadió algunos

nombres de amigos recientes que su familia todavía no conocía.

Seb se movió ligeramente, lo justo para devolverla a la realidad. ¿En qué estaba pensando?

Su mano tembló ligeramente al releer las primeras líneas. Aquellas eran exactamente las personas con las que le habría gustado compartir el día de su boda, pero…

–El caso es que habíamos pensado que fuera una boda sencilla –dijo tratando de contener la emoción–. Si invitamos a todas estas personas, no lo será. Echaré un vistazo y elegiré a los amigos más allegados. ¿Qué te parece? ¿La familia más cercana y cinco invitados más cada uno?

Seguirían siendo demasiados para la ceremonia que Seb quería. Daisy dejó caer el papel sobre la mesa, como si la idea de borrar la mayoría de los nombres allí escritos no le afectara.

Seb se había acercado sin que se percatara, y tomó la hoja antes de que llegara a la mesa.

–El problema es que no tengo familia cercana.

Daisy abrió la boca para decir algo, pero enseguida la cerró. Con razón aquel matrimonio era tan importante para él. El bebé sería más que su futuro heredero; sería todo lo que tendría. Había sido muy ingenua al pensar que tendría una persona en su vida que dependería de ella. El bebé no sería solo de ella, sino de los dos.

–Algunos son amigos del colegio –dijo Seb mientras escribía en el reverso de la lista, con trazo firme y seguro–. Otros son académicos, colegas, empleados y voluntarios de aquí, y gente del pueblo a la que conozco de toda la vida. Creo que serán unos ochenta invitados. Si os parece bien, propongo instalar una carpa en el patio y hacer un asado por la noche al que invitaremos a todo el pueblo. Nobleza obliga, pero es un pueblo pequeño y es lo que se espera.

–¿Tienes una carpa? –preguntó Sherry.

Gracias a Dios que su madre estaba allí porque no habría podido articular palabra ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Sabía que no quería todo aquello. La gente, la publicidad, el revuelo, las fotos e inevitablemente la prensa. La única razón por la que estaba haciendo aquello era por ella.

Lo tomó de la mano sin pararse a pensar y sintió que Seb entrelazaba los dedos con los suyos. Quizá, después de todo, aquello funcionara.

–Aquí las bodas las sirve el pub del pueblo y sí, tienen varias

carpas de todos los tamaños. Paul, el dispuesto joven de la entrada, puede darte todos los detalles que necesites.

–Eso es maravilloso –dijo su madre, tomando notas sin parar–. Me permitirá ahorrarme tiempo y ocuparme de otras cuestiones pendientes. Rose se encargará de los anillos y Violet de las flores. ¿Sabes, Daisy? Creo que al final vamos a poder organizar esta boda.

–¿Vamos a ir hasta Londres?

–Por supuesto –respondió su madre–. Tenemos que elegir un vestido para la boda. Es una lástima que Seb haya vetado la temática Tudor. Creo que el jubón le hubiera quedado francamente bien. Y siendo un eminente historiador, habría sido de esperar que le hubiera encantado la idea.

Daisy no pudo evitar sonreír al recordar la expresión de horror de Seb cuando su madre les había anunciado su brillante idea.

–El entorno no es el más adecuado, pero te sientan bien esos vestidos de talle alto.

Daisy se colocó en una posición más cómoda y se pasó la mano por el vientre. Todo estaba confirmado. No había ninguna duda de que estaba embarazada de casi siete semanas. Era lo que calculaba, pero había sido todo un alivio oírlo de otra persona.

Habría sido complicado anular la boda a aquellas alturas. El caso era que estaba empezando a disfrutar organizándola. Le agradaba contar con la atención exclusiva de su madre y disfrutaba los momentos en que Seb estaba tan contrariado que apenas podía articular palabra.

Una vez decidido el destino, Daisy apenas reparó en el recorrido. No solía pasar tiempo a solas con su madre. Quizá, si le hubiera seguido más la corriente a su madre, habría habido más momentos como aquel, pero el precio siempre había sido demasiado alto. Su madre tenía la tendencia de hacerse cargo de todas las situaciones y la boda era un ejemplo perfecto.

Daisy se inclinó y besó a su madre en la mejilla.

–Gracias por ayudar.

Casi le resultaba doloroso pronunciar aquellas palabras, pero sintió alivio al hacerlo, como si las hubiera estado reteniendo durante demasiado tiempo.

Su madre abrió como platos sus ojos azules.

–Claro que quiero ayudar. Mi niña se va a casar. Hay tantas cosas por hacer… Hawksley es grande, pero he visto ruinas más modernas.

–Algunas partes están descuidadas –reconoció Daisy, sorprendiéndose por lo protectora que se sentía hacia el castillo.

–Me refiero a la parte que alberga la casa. De veras, cariño, es un proyecto de envergadura. En algunas habitaciones no se ha hecho nada en años.

–Habría preferido que le hubieras preguntado a Seb antes de llamar al servicio de limpieza.

Solo su madre era capaz de organizar un ejército de limpiadores, decoradores y operarios en un par de horas. Había sido una sorpresa volver aquella mañana de sus recados y encontrar la zona de aparcamiento llena de furgonetas y la casa de escaleras, cubos y olor a limpiadores.

–La mayoría de la familia se quedará en la casa.

Reformarla y decorarla es tarea tuya, pero limpiarla y hacerla agradable antes del gran día es asunto mío. Considéralo mi regalo de boda.

Daisy evitó suspirar. Seb tenía contratada una asistenta que se ocupaba de las oficinas, así como de la casa, y cuya labor apenas se notaba. Sería agradable ver la casa con las paredes recién pintadas, los suelos de madera pulidos y los cristales de las ventanas brillantes. A la vez, era típico de su madre agitar la varita mágica y pensar que el dinero resolvería el problema sin tener en cuenta cómo se sentirían los destinatarios de su generosidad.

La expresión de Seb se había tornado sombría al ver a los trabajadores. Se había retirado a su despacho con la excusa de tener que trabajar y Daisy no se había atrevido a seguirlo.

Por fin llegaron a su destino. El coche se detuvo ante el edificio de piedra dorada que albergaba Rafferty's, los almacenes de moda más exclusivos de Londres.

–No hay tiempo para que te hagan un vestido a medida. Me deben un montón de favores, pero ni con esas puedo conseguir milagros. Me he acordado de que Nina tiene una colección fantástica en Rafferty's. Puede hacer los arreglos necesarios en cualquier vestido para que te quede bien y me ha prometido tenerlo a tiempo. Por suerte, he escogido algunos modelos de la última colección que se presentó en la Semana de la Moda, y creo que podré encontrar algo para mí que me siente bien.

Su madre parecía algo molesta, como si la estuvieran haciendo elegir entre harapos y no entre varios vestidos de alta costura

diseñados exclusivamente para ella.

Daisy sintió un escalofrío de emoción al salir del coche y dirigirse hacia la entrada. En una ocasión, había escuchado que se podía comprar lo que se quisiera y convertirse en quien se quisiera en Rafferty's, siempre y cuando se dispusiera de mucho dinero. ¿Se convertiría en la novia de sus sueños?

Las estaban esperando en la puerta y las acompañaron hasta el departamento de novias, una impresionante galería decorada en el estilo art decó tan característico de Rafferty's. La entrada al departamento, destacada con un arco, estaba abierta al público y contaba con una gran variedad de accesorios de novia, incluyendo lencería, zapatos, tiaras y vestidos. Pero era en la sala del fondo, discretamente disimulada tras unas cortinas, donde estaba la verdadera magia. A aquella sala solo se accedía con cita. En aquel momento, Daisy y su madre eran las únicas clientas.

No hacía falta mucha decoración y las paredes estaban pintadas de un cálido tono blanco. El suelo era de caoba pulida. El glamour lo aportaban los propios vestidos. Había de todos los largos imaginables, de todas las tonalidades de blanco y algunos más atrevidos en otros colores: rojos, dorados, rosas y brocados.

–¿Champán?

Nina, la encargada del departamento que llevaba cuarenta años vistiendo a las novias de la ciudad, apareció con una botella de Dom Perignon, fría y abierta.

–No, gracias –contestó Daisy y rápidamente añadió–: Quiero mantener la cabeza despejada. Hay tanto donde elegir…

–Yo quiero una copa, por favor –dijo Violet entrando algo acelerada–. Sospecho que va a ser una tarde larga. Rose manda saludos, dice que no quiere llevar volantes ni brillos.

–Todos son preciosos –intervino Sherry, que ya llevaba media copa–. Por supuesto que no cambiaría la boda con vuestro padre por nada del mundo. Fue muy romántica, tan solo nosotros dos en aquella pequeña capilla. Iba descalza, con flores en el pelo. Pero me perdí todo esto –añadió mirando a su alrededor–. Por eso, Daisy querida, por precipitada que sea tu boda y a pesar del poco tiempo que tenemos, estoy decidida a que tengas el día que siempre habías soñado.

Capítulo 6

–Tienes mal aspecto. ¿Qué pasa?

En la semana que llevaban viviendo juntos, Seb había descubierto que Daisy era tan madrugadora como él.

Solía aparecer en la cocina unos minutos después que él, ya vestida, dispuesta a encontrar entre la interminable variedad de infusiones que había llevado la que sustituyera a su deseado café con leche.

Aquel día, ya estaba arreglada como de costumbre, quizá un poco más sobria de lo habitual, con un vestido gris bordado en amarillo en el bajo y un sombrero de punto también amarillo en la cabeza. Pero esa vez no se lanzó a devorar la tostada. Tomó una silla y se desplomó sobre ella.

–¿Por qué he tenido que quedar a trabajar a las nueve? – dijo mirando el reloj de la pared–. Voy a tardar más de una hora en llegar. Tengo que salir en diez minutos.

–¿Tostadas? –preguntó Seb empujando el plato hacia ella.

–No, es demasiado pronto para comer –respondió apartándolo.

No había dicho lo mismo el día anterior a la misma hora. Entre los dos, habían dado buena cuenta de una barra de pan.

–¿Es una nueva marca de café? –preguntó Daisy, mirando la taza de Seb y arrugando con desagrado la nariz.

–No, es la de siempre.

–No me huele bien.

Seb volvió a mirarla. Estaba pálida y las ojeras se le habían acentuado a pesar del maquillaje que se había aplicado.

–¿No has dormido bien?

–Podía haber seguido durmiendo horas. ¿Estás seguro de que es

la marca de siempre? ¿Lo has hecho más concentrado? –dijo palideciendo aún más y llevándose la mano al vientre.

–No pareces encontrarte bien. Quizá deberías volver a la cama.

–No puedo, tengo una boda. He quedado en casa de la novia a las nueve para hacer fotos durante el desayuno y luego irán las damas de honor y empezarán a arreglarse. A las once y media tengo que estar en casa del novio y luego volver a la de la novia para la salida. La ceremonia es en la iglesia a la una y luego la recepción.

–¿Y luego subir las fotos al blog antes de la medianoche y tener las primeras copias al día siguiente?

–Para eso me pagan.

–Es imposible que sobrevivas a una jornada de dieciocho horas sin desayunar.

Daisy se echó hacia atrás en la silla y se tambaleó. Tuvo que sujetarse a la mesa para no caerse.

–No tengo otra opción. Trabajo por cuenta propia, Seb. No puedo ponerme enferma. Además, no estoy enferma, estoy embarazada. Tengo que aguantar.

–Necesitas un ayudante.

–Seguramente, pero a menos que puedas encontrar uno en los baúles del desván, hoy no podrá ayudarme.

Seb la miró desesperado. Quería que volviera arriba y se metiera en la cama. Se sentía responsable de su malestar y de sus ojeras. Pero Daisy tenía razón; si cancelaba sus servicios el mismo día de una boda, su reputación se vería afectada.

–¿No hay nadie que pueda hacerlo por ti?

–Seb, esto son náuseas, no un virus de veinticuatro horas. Podría durar días, semanas o incluso meses. ¿Qué pasa con la sesión de fotos del compromiso del lunes? ¿Y la boda del próximo sábado? ¿Y las fotos que tengo que hacerle a un bebé el miércoles? No puedo cancelar todos los compromisos.

–Pero puedes organizarte de antemano.

–Nada de esto ha sido planeado. No me trates como a una niña sin cabeza.

¿A qué venía eso?

–No pretendía ofenderte.

No quería parecer rígido, pero aquellas respuestas histriónicas, exageradas e irrazonables nunca las había soportado.

Para su sorpresa, Daisy suspiró y se derrumbó.

–Lo siento, es que estoy cansada. Tienes razón. Necesito empezar

a pensar en cómo voy a atender todos mis compromisos del año que viene.

Y así, con una disculpa, todo terminó.

–Podía haberme expresado mejor.

No pretendía que fuera una disculpa como la de ella, pero fue todo lo que se le ocurrió.

–Quiero hablar con Sophie. Estaba en mi clase y es especialista en retratos y eventos familiares, aunque está empezando a trabajar para revistas. Le acaban de subir el alquiler del estudio y ya que no estoy viviendo en el mío, pensaba que quizá podríamos llegar a un acuerdo. En vez de pagarme una renta, podría cubrir mis bodas o, al menos, echarme una mano. Pero sigo sin tener una solución para la boda de hoy.

Daisy se dirigió lentamente hacia la puerta. Los maletines con el ordenador, la cámara y el trípode estaban cuidadosamente apilados, a la espera. No tenía ni idea de cómo iba a cargar con ellos.

–Iré contigo y te ayudaré.

–¿Tú? –dijo ella dándose media vuelta, con una sonrisa en los labios–. ¿Sabes cuándo usar un objetivo de cincuenta milímetros, cuándo cambiar a uno de ochenta y cinco o cuándo usar un gran angular?

–No, apenas sé usar la cámara de mi teléfono –admitió Seb–. Pero puedo buscarte las cosas, llevártelas, organizar grupos, hacer que comas.

–¿No tienes un millón de cosas que hacer aquí?

–Siempre.

Seb sonrió al recordar todo el papeleo que tenía pendiente, por no mencionar su verdadero trabajo. Tenía que cumplir con la fecha límite para entregar el borrador de su libro y cada día le resultaba más difícil encontrar un rato para documentarse.

–Prométeme que mañana hablarás con Sophie. De momento, confórmate con un aprendiz y gustosamente te ayudaré.

Era evidente que la idea parecía agradarle.

–¿De veras no te importa?

–En absoluto. Con la condición de que yo conduzca y tú comas algo en el coche.

El papeleo podía esperar. Estaría preocupado todo el día si la dejaba salir por la puerta sin alguien que velara por ella.

Cuanto antes encontrara un ayudante, mejor.

Había momentos en los que Seb se preguntaba si su estilo estrafalario sería tan solo una coraza, especialmente cuando reconocía una expresión de vulnerabilidad en sus ojos azules. Pero no en aquel momento.

Si Daisy todavía se sentía mal, lo disimulaba muy bien. Se la veía concentrada y a gusto mientras hacía las fotos. Siempre educada y profesional, pero controlando cada situación, tanto si era para calmar a la nerviosa madre de la novia como para dar instrucciones al padrino y a los amigos del novio a la hora de posar.

Estaba en todas partes, pero completamente concentrada en lo que estaba haciendo. Seb la seguía con bolsas y una caja de galletas, sintiéndose fuera de lugar en aquel mundo de flores, sedas y lágrimas.

Incluso el novio había llorado al ver llegar a la novia al altar con veinte minutos de retraso. La madre de la novia había necesitado cinco pañuelos hasta controlar el llanto. Había sido una pesadilla y todo un alivio abandonar la iglesia. Daisy lo guió por un camino de gravilla hasta una zona arbolada cercana.

–No sé qué te queda por hacer. Has debido de tomar más de trescientas fotos. ¿Cuántas tienes que hacer a la salida de la iglesia? Que si la familia de él, que si la de ella, que si los amigos de uno, que si los amigos del otro…

–Bastante más de trescientas –replicó ella esbozando una sonrisa traviesa–. ¿Aburrido?

–Es solo que se me ha hecho muy largo. No quiero fotos de nuestra boda, Daisy. No quiero esto.

–No. La nuestra será diferente. No necesitamos tener un recuerdo de cada momento.

–Solo los necesarios. Resultaría extraño de otra manera.

Seb se sorprendió de que no quisiera convencerlo de lo contrario.

Daisy se quedó mirándolo, mordiéndose el labio inferior.

–Creo que voy a cambiar un poco el orden aprovechando que estás aquí. Si te dejo a cargo del fotomatón, los invitados podrán entretenerse mientras hago las fotos de la pareja entre los árboles. ¿Te parece bien?

Seb se sorprendió. Estaba allí para cargar con el material, no para ocuparse de nada.

–¿Cómo? ¿Tengo que hacer algo?

–Sonríe, hazles decir «patata» y aprieta el botón cuatro veces.

¿Puedes hacerlo?

–¿A qué te refieres con el fotomatón? ¿Como para las fotos del pasaporte? ¿En una boda?

–Ya sabes, como los adolescentes cuando se hacen fotos tontas en un fotomatón, o al menos como solían hacerlo antes de la estúpida moda de los selfies.

–Nunca lo hice, al igual que tampoco me he hecho nunca un selfie.

–No me sorprende –dijo ella esbozando una sonrisa–. Pero sabes a lo que me refiero, ¿verdad? Esto es lo mismo, solo que con un fotógrafo profesional. Y no hay fotomatón, solo yo con una cámara. En este caso, tú. Se ponen accesorios y luego se colocan delante de un marco y hacen varias poses. Luego imprimo cuatro fotos en una tira.

Seb se quedó mirándola sorprendido.

–¿Por qué demonios lo haces?

–Porque es divertido –contestó poniendo los ojos en blanco–. Colocaré el trípode. Lo único que tienes que hacer es explicarles que tienen tres segundos para posar, y apretar el botón. No es complicado. Hasta un mono podría hacerlo.

–¿Y tú dónde estarás?

–Es hora de hacer retratos y luego más fotos de grupos. Y luego las de la recepción. ¿No te parece divertido?

–Mucho. La idea de dar vueltas durante horas por este parque con tus bultos es mi idea de un día perfecto. ¿Estás segura de que sabes dónde tienes que ir? Parece que se están internando demasiado entre los árboles. No se ve ningún edificio.

–Sí, aquí hicimos las fotos del compromiso. Ah, ya estamos –dijo ella deteniéndose y llevándose una mano a la boca–. Mira, Seb, ¿no te parece perfecto?

Seb se paró y se quedó mirando.

–Tienen que estar locos. ¿Una boda al aire libre el mes de abril?

–No es al aire libre. –Es bajo una carpa.

Seb recordó como todo aquel asunto se le había ido de las manos. La lista de invitados superaba los doscientos y la boda que Sherry estaba decidida a organizar distaba mucho de lo que Daisy y él querían.

¿Debía cancelarla? Seguía queriéndose casar con Daisy. Era la mejor solución. Pero su vida se estaba convirtiendo en un circo. Cada vez veía más lejos volver a su tranquila vida de Oxford.

Claro que no era culpa de Daisy. Administrar el castillo requería mucho tiempo y no le resultaba fácil delegar, por mucho que echara de menos su vida anterior.

–Es perfecto.

La voz de Daisy lo sacó de sus pensamientos y los apartó. No podía cambiar nada, ni la boda. Se lo debía.

Daisy estaba perdida en su mundo. Era fascinante observarla moverse, enfocar, volver a mirar la escena que tenía delante, inclinarse para comprobar el ángulo… Parecía tenerlo todo bajo control.

Seb la siguió, tratando de ver a través de sus ojos. El camino llevaba hasta un claro entre los árboles, decorado con alegres banderines y linternas de cristal colgantes. En medio del claro, estaba desplegada la gran carpa, abierta por tres lados y preparada para cerrarse en caso de que acabara lloviendo, como era habitual en el mes de abril.

Se había colocado una tarima de madera, y había mesas y bancos a los lados. El centro estaba despejado para bailar. El buffet estaba dispuesto en mesas sobre un estrado, en el que más tarde se colocaría la banda. Había dos pequeñas carpas a un lado, una con una barra y la otra con una zona más tranquila.

En el otro extremo, se había montado un cenador. En su interior, sobre una mesa estaban desplegados una variedad de pelucas, sombreros, chalecos y otros accesorios. De un árbol cercano colgaba un marco. Aquella iba a ser la zona de trabajo de Seb para su primera, y con un poco de suerte última, incursión en el mundo de la fotografía profesional.

Nunca antes había estado en una boda como aquella y había algo que lo inquietaba. El ambiente resultaba bohemio y relajado.

–Mira todos estos colores. Los amigos y familiares han aportado la comida en vez de hacer regalos. ¿No te parece encantador? Todo el mundo ha hecho algo.

Daisy estaba junto a la mesa del buffet, con la cámara en ristre, enfocando una colorida ensalada de hojas verdes, con semillas de granada y jugosas naranjas.

–Depende de cómo cocinen –comentó Seb.

Si pidiera a sus amigos y colegas que llevaran comida, acabarían comprando algo hecho en una tienda de platos cocinados, y no dedicarían tiempo y cariño a preparar nada. Se quedó mirando una fuente de pastelillos desiguales y sintió un vacío en el pecho.

Alguien se había esmerado haciendo esos pastelillos con más entusiasmo que habilidad. Aquello tenía más mérito que elegir un regalo de una lista de bodas o extender un cheque.

–Avísame en cuanto oigas que viene alguien –dijo Daisy alzando la vista–. Quiero captar sus expresiones cuando lleguen.

Los invitados llegarían en autocar, después de tomar un aperitivo en el pub local, el sitio donde los novios se habían conocido.

–¿No deberías sentarte y comer algo aprovechando esta tranquilidad?

Daisy no lo escuchó. Estaba absorta en sus pensamientos.

–Fíjate, Seb, estos son los detalles que hacen esta boda tan especial. ¿Sabías que la novia y sus amigas hicieron los banderines en la fiesta de despedida de soltera? Y mira esto –dijo cambiando el enfoque de su cámara–. Esto lo pintó Rufus, un árbol diferente para cada mesa: roble, laurel, manzano, todas variedades autóctonas ¿No son preciosos?

–Tiene mucho talento –comentó Seb, analizando uno de los dibujos.

–Incluso los detalles para los invitados son artesanales. La novia pasó todo un día preparando esos caramelos y su abuela hizo los envoltorios bordándolos. Mira, cada uno tiene el nombre de un invitado.

–Habrá tardado meses –dijo Seb, caminando al mismo ritmo que ella.

–Seguro que sí. Esta boda es una verdadera muestra de amor. Incluso el sitio pertenece a uno de sus amigos.

La diferencia con su boda no podía ser más evidente. Pero la suya, no era por amor. Era un acuerdo interesado, en beneficio de ambas partes. Quizá, después de todo, no les venía mal toda la ostentación y el glamour que Sherry estaba dispuesta a desplegar. Todos los detalles de aquella boda tan íntima y personal estarían fuera de lugar en la suya. Serían una mentira.

–Admítelo, te lo has pasado bien.

Daisy se dejó caer en la mecedora, agradeciendo la comodidad de apoyar la espalda en un cojín, y le acarició la cabeza a Monty, que se había colocado en su regazo.

–No sé si lo describiría así –dijo Seb llenando el hervidor de agua–. Tu horario me parece una locura, pero es más que eso, es agotador.

Había respeto en su voz y eso la hizo sentirse confortada. Le importaba mucho su opinión acerca de su trabajo.

Y tenía razón, era agotador, e incluso lo había sido más en el recogido entorno de la boda de aquel día. Le había ido bien contar con ayuda. Tenía que buscarse un ayudante y no solo por su embarazo.

–Debería sugerirte que descansaras, pero ¿no tienes que escribir en el blog? ¿No es a medianoche cuando cambian los ejes del mundo y muere Cupido?

Seb le ofreció una bolsita de infusión y después de observarla sin ningún entusiasmo, Daisy hizo una mueca y la aceptó.

Ella se movió en su asiento y se sentó sobre los pies, antes de empezar a acariciar las largas orejas de Monty.

–Lo hice en el coche. Es increíble, no es medianoche todavía y ya tengo el trabajo hecho, al menos por hoy –dijo, y miró su bolso–. Mañana será otro día. Les prometí enviarles treinta fotos antes de que se vayan de luna de miel. Aun así, me siento mejor de lo que esperaba. Supongo que no estarías dispuesto a considerar un puesto como portador de cámaras y chófer, además de operador del fotomatón, ¿no? –preguntó sonriendo–. Has sido toda una atracción. Algunas mujeres han ido una y otra vez para que les hicieras fotos.

–¿Cómo lo sabes? No me puedo creer que hiciera falta hora y media para hacer todas esas fotos. ¿Dónde estabas tú? Pensé que te habías ido a echar una siesta y me habías dejado con todo el trabajo.

–Sí, claro, acurrucada como Hansel y Gretel en un montón de hojas mientras los pájaros me cantaban para que me durmiera y las ardillas me traían nueces. Y lo sé porque lo guapo que era el fotógrafo fue tema de conversación. Dudo que se refirieran a mí.

–¿Celosa?

–Lo cierto es que un poco –contestó Daisy sin mirarlo–. Estuve a punto de decirles que no estabas disponible, que eras mío –continuó, eligiendo cuidadosamente las palabras.

Alzó la vista. Seb se quedó de piedra, con la mirada fija en la de ella.

¿Para qué lo había dicho? Ni siquiera estaban casados y ya estaba pidiendo demasiado.

–Lo cual es una tontería porque no es cierto –añadió restándole importancia–. Quizá sean las hormonas del embarazo que no quieren que el padre de mi bebé vaya por ahí refugiándose en otros

brazos –dijo, obligándose a sostenerle la mirada y sonreír.

–No tengo intención de refugiarme en otros brazos. Te lo prometo, si me caso contigo, cumpliré mi parte –dijo Seb y se detuvo mientras Daisy contenía la respiración a la espera de lo inevitable–. Al menos, todo lo que pueda.

Ahí estaba. Aunque lo esperaba, no pudo evitar sentirse dolida. No quería pararse a pensar por qué. Quizá estaba empezando a creerse demasiado aquella fantasía.

–Pero no habrá nadie más, no tienes motivos para preocuparte.

–Gracias. No resulta sencillo distinguir entre lo público y lo privado. Sé que te pedí que fingieras, pero admito que no pensé que fuera a ser tan difícil.

–¿Por qué?

–¿Por qué qué?

–¿Por qué estamos fingiendo? ¿Por qué no quieres ser sincera?

Daisy bajó la vista a las orejas de Monty, intentando encontrar la manera de explicarse sin que pareciera patética.

–Es algo así como una broma familiar porque me consideran una romántica empedernida. Incluso de pequeña ya sabía que quería casarme y tener hijos. Pero quería algo más que sentar la cabeza. Quería lo que tenían mis padres.

–Son únicos entre un millón, Daisy.

–Tal vez, pero sé que es posible. No es que no fueran a entender que nos casamos por el bebé. Pero sabrían que estoy abandonando mis sueños. No quiero hacerles eso –dijo ella y lo miró–. Tampoco a mí misma. Todo lo que mis padres quieren es que sea feliz, es lo único que piden. Cuando me expulsaron del colegio, se disgustaron, pero no me regañaron ni me castigaron. Tampoco se sorprendieron.

Se esperaban que metiera la pata, y ahora la he vuelto a meter. Estaba decidida a hacer las cosas bien, a demostrarles que podía arreglármelas yo sola.

–Creo que estás siendo muy dura contigo y con ellos – añadió él inesperadamente–. Te adoran. ¿Sabes lo afortunada que eres por tener gente que se preocupe por ti, que solo quiere que seas feliz?

Daisy se quedó mirándolo, sorprendida.

–Yo… –comenzó, pero él la interrumpió.

–Estoy de acuerdo contigo, mentir a tu familia no está bien y me hubiera gustado no tener que hacerlo, pero ¿sabes lo que temo? Que tengas razón, que, si les dices la verdad, te convenzan de que el bebé y tú estaréis bien y de que no me necesitas.

–No, eres el padre del bebé y nada cambiará eso. El niño te necesita.

Había muchas cosas que desconocía y otras muchas que temía, pero de eso estaba segura.

–Eso espero –dijo él sonriendo–. Y respecto a lo de antes, sí, metiste la pata con dieciséis años. ¿Y qué? Al menos aprendiste la lección, seguiste con tu vida y saliste adelante tú sola. No eres el único miembro de tu familia o de la mía que ha llenado titulares. También tus hermanas tuvieron sus portadas y son mayores que tú.

–Lo sé. Pero a Violet la dejaron plantada y no creo que fuera una coincidencia que le pasara al poco tiempo de lo que me pasó a mí. Muchas veces pienso en ello. Creo que fue culpa mía. Ya no generaba noticias, así que fueron tras mi hermana y la destrozaron.

Daisy sabía lo peligroso que podía resultar ser famoso, lo había experimentado en sus propias carnes, había visto a una hermana huir del país y a la otra esconderse. Había hecho todo lo posible por parapetarse durante los últimos ocho años. Pero no tenía el miedo visceral de Seb.

Él tenía razón. No podía dejar que su hijo creciera en aquel entorno, por lo que tenía que atenerse a su acuerdo. Su matrimonio sería un compromiso sin amor. Tenía que asumirlo.

–¿En qué estás pensando, Daisy? –preguntó Seb en voz baja.

Sus ojos verdes se veían tan oscuros que casi parecían negros.

–En que tienes razón, puedo hacerlo.

Él esbozó aquella media sonrisa devastadora.

–El matrimonio va a ser mucho más fácil de lo que me imaginaba si sigues pensando que tengo razón.

–Es una excepción, no una patente de corso –replicó ella, alzando la barbilla.

–¿Acaso me equivoco?

–¿A qué te refieres? –preguntó Daisy, aunque lo sabía.

Lo sabía por la manera en que de repente le costaba respirar, por cómo sus ojos se habían clavado en ella y su voz se había vuelto más grave. Lo sabía por el calor que sentía en el vientre y el estremecimiento de su piel.

–¿A qué estás dispuesta, Daisy?

El sentido de aquella pregunta era inequívoco.

El calor se extendió por todo su cuerpo. No podía pensar. Iban a casarse, a criar a un hijo y a construir una vida en común. Tenían todo el derecho a dar aquel último paso.

¿Que no la amaba? Eso no había importado antes, ¿no? La atracción mezclada con el champán y la sensación agridulce que siempre le quedaba después de una boda habían sido suficientes.

No era tan tonta como para enamorarse de alguien a quien solo hacía unas semanas que conocía, alguien que ya había dejado claro que el amor siempre sería un paso más allá.

No la amaba, pero la deseaba. La rigidez de su pose, los puños apretados y la intensidad de su mirada así se lo decían.

Por su parte, lo deseaba. Había tratado de evitarlo, pero no había podido. La línea de su mentón, la manera en que movía las manos, su pelo oscuro peinado hacia atrás, la expresión divertida que iluminaba sus ojos verdes, los roces accidentales. Y sus labios, definidos, firmes y habilidosos. Deseaba llenarlo de besos por el cuello y subir hasta sus labios. Quería saborearlo y que la saboreara.

El calor se intensificó y la distancia se hizo insoportable. Nada podía detenerla. Iban a casarse. Prácticamente, era su derecho tocarlo y que la tocara.

Y, por supuesto, era su derecho besarlo.

Solo porque hubiera estado obsesionada con el amor en el pasado, no significaba que fuera a estarlo en el futuro.

Tragó saliva.

–¿Daisy?

Parecía más una orden que una pregunta. Estaba harta de luchar contra la atracción que había entre ellos.

Se puso de pie lentamente y se estiró, percatándose de cómo sus ojos recorrían todo su cuerpo, desde las piernas hasta los pechos. Lo vio tragar saliva.

–Me voy a la cama –dijo ella dirigiéndose hacia la puerta, antes de detenerse y darse la vuelta–. ¿Me acompañas?

Capítulo 7

Al llamar a la puerta de Daisy con el codo, la taza se le inclinó y Seb la enderezó rápidamente para impedir que el líquido verde que contenía cayera sobre la valiosa alfombra del siglo XIX. El té se suponía que era natural, pero nunca había visto algo natural de aquel color verde tan extraño.

No esperó a que contestara y abrió.

–¿Daisy? Te traigo la infusión.

Por suerte, en la última semana las náuseas habían remitido, aunque el arranque del día seguía siendo difícil para Daisy. Una taza de algo caliente la ayudaba, aunque sustituir su adorada cafeína seguía siendo complicado.

–Estoy en el baño.

–Te lo dejaré aquí.

Seb intentó borrar de su cabeza la imagen de su cuerpo desnudo cubierto de espuma mientras dejaba la taza en la pequeña mesa que había junto a la ventana. No tenía tiempo de distracciones.

Se volvió y se fijó en el dormitorio. No había puesto un pie allí desde que Daisy se mudara dos semanas atrás. Había sido la primera habitación que su madre había ocupado y a pesar del papel de flores de los años cincuenta que todavía cubría las paredes, del señorial mobiliario de caoba y de que la alfombra estaba tan deteriorada como el rellano, olía a una mezcla de cera de abejas, aire limpio y el perfume de flores de Daisy.

No eran solo los cambios estéticos. Daisy había hecho suya la habitación, desde las telas colgadas de los postes de la cama hasta el

perchero de sombreros que había requisado del vestíbulo y que había llenado con los suyos. Cada vez que iba a su estudio, llevaba alguno más. Había momentos en los que Seb temía que todo el castillo se llenara de sombreros.

En una de las mesillas había fotos de sus padres y hermanas, y en la otra una pila de libros, de los más variados temas, incluyendo uno de historia de un colega y rival de Seb. Sin quererlo, se sintió celoso. Al parecer, leía libros de historia, aunque no los suyos.

–Supéralo, Beresford –murmuró sorprendido a la vez que alarmado de su reacción.

Eran celos profesionales, pero injustificados.

De un rápido vistazo, vio que se había producido una colonización similar en el vestidor. La cómoda estaba llena de tarros, y había fotos de ella con sus hermanas y unas amigas a las que todavía no había conocido pilladas en el espejo. El despacho se veía un poco más austero. Tenía el ordenador en la mesa y su agenda al lado, abierta y llena de anotaciones a mano.

El castillo Hawksley tenía una nueva señora.

La cama estaba impecable. Daisy se arreglaba y trabajaba en su habitación, pero dormía con él. Cada noche aparecía en su cama con los pantalones cortos y los tops de tirantes con los que le gustaba dormir, aunque ni un solo objeto personal había cruzado la puerta que separaba sus alcobas.

Un zumbido en su bolsillo le avisó de que acababa de recibir un mensaje. Era casi imposible tener cobertura en aquella parte del castillo, pero no le molestaba no estar disponible las veinticuatro horas del día.

Sacó el teléfono e hizo una mueca al escuchar el mensaje.

–¿Problemas?

Daisy apareció en la puerta del baño, cubierta tan solo con una toalla.

–Mi agente –dijo guardándose el teléfono mientras miraba a Daisy.

Seb contuvo un suspiro. Era imposible no sentir el despertar del deseo al contemplar sus hombros y las curvas que se adivinaban bajo la toalla.

Las toallas eran otro de los lujos añadidos a la casa por Sherry. Para cuando llegara la fecha de la boda, Hawksley parecería más un hotel de cinco estrellas que una casa señorial decadente.

En las habitaciones que habían sido pintadas y limpiadas, así

como en los salones y los pasillos, había flores frescas que se cambiaban cada dos días. En todos los aseos y cuartos de baño se habían dispuesto jabones, cremas de manos y sales. Aquellos lujosos detalles disimulaban los signos de una elegancia decadente, pero Seb no podía evitar pensar que solo el dinero destinado a flores habría sido mejor empleado en la fontanería, en el tejado o en los trabajos de mantenimiento que se multiplicaban día a día.

Daba igual. Seb concedería a Sherry todo lo que quisiera hasta la boda, pero después no. No aceptaría ni un céntimo, ni siquiera de los generosos y pudientes padres de su futura esposa. Hawksley era su legado, su responsabilidad y su carga.

–¿Tu agente? ¿Qué es lo que quiere un sábado?

Daisy se sentó ante el tocador y empezó a cepillarse el pelo, ante la atenta mirada de Seb.

–Quiere dejar todo preparado para esta tarde.

E intentar otra vez convencerlo de hacer un programa de televisión, pensó Seb. Las cifras debían de ser interesantes para que insistiera tanto.

–¿Esta tarde?

–Doy una conferencia. ¿No te lo había dicho? Por cierto –dijo, y miró la hora–. ¿Por qué no estás arreglada todavía? ¿No deberías estar haciendo las fotos del último desayuno de soltera de una novia?

–Tengo todo el fin de semana libre. Sophie se va a ocupar de la boda de hoy. Está a prueba. Me ha parecido una buena ocasión para que empiece. Como no han contratado la ceremonia, no he tenido una relación personal con ellos. Mañana tengo unas cuantas entrevistas con varios posibles ayudantes, pero hoy estoy libre –dijo Daisy haciendo una mueca–. Es extraño, ¿verdad? No sé qué puedo hacer.

Seb se quedó mirándola. Seguía teniendo mal aspecto y parecía cansada.

–Disfruta de tu día libre. Entre organizar la boda y trabajar, siempre estás ocupada.

–Lo dice el hombre que ayer estuvo trabajando dieciséis horas en la finca, y todavía quería ponerse a estudiar cuando llegó a casa.

–Técnicamente tengo un año de excedencia para investigar, no para administrar un patrimonio inmobiliario.

De nuevo, el temor a no ser capaz de hacer ambas cosas a la vez. ¿Y si se veía obligado a dejar su plaza como profesor? ¿Estaba

dispuesto a cambiar la vida académica por cuidar de una finca? Apartó aquel pensamiento. Dejaría aquella preocupación para otro momento.

–¿Por qué no te vas de compras o a un spa?

–¿Son las únicas actividades relajantes que se te ocurren? No puedo hacerme la mayoría de los tratamientos de un spa y lo último que me apetece es ir de compras.

Sherry no había dejado de llevar a Daisy de acá para allá. Seb apenas la había visto en toda la semana. Cuando no estaba de tiendas, estaba recluida en el salón principal preparando los regalos para los invitados o yendo a su estudio a trabajar.

Todo sería mucho más fácil si tuviera un estudio allí. ¿Le gustaría la idea? ¿Estaría dispuesta a desarrollar su labor profesional allí? Seb adoraba su biblioteca, pero había momentos en que echaba de menos los despachos de la facultad. La paz, la falta de responsabilidad más allá de su trabajo, los estudiantes.

–La conferencia es en Oxford. Puedes acompañarme y pasear por las facultades y comer allí –dijo Seb, y miró hacia los libros de la mesilla–. También puedes venir a la conferencia si te apetece.

La fusión entre lo profesional y lo personal tenía que ocurrir en algún momento.

–¿Sobre qué es la conferencia?

–Sobre la historia de Inglaterra a través de una mansión como Hawksley. Es el tema de mi próximo libro. Me resulta difícil sacar tiempo para documentarme, así que al menos el entorno es conocido. Es una conferencia para el gran público, no para intelectuales. Tal vez te interese.

Nada más pronunciar aquellas palabras, se arrepintió. El rostro de Daisy permaneció impasible, pero se le nublaron los ojos.

–¿No para intelectuales? ¿Eso quiere decir que hasta los tontos se entretendrán?

–Daisy, tú no eres tonta. ¿Vendrás? Luego te invitaré a comer.

–Bueno, si hay comida… ¿A qué hora quieres que salgamos? Te esperaré abajo.

–¡Qué sitio tan increíble! Nunca antes había recorrido las facultades. Quizá porque sabía que nunca vendría a estudiar aquí.

Daisy enfocó el objetivo hacia un rectángulo de hierba, enmarcándolo entre columnas doradas.

–Tampoco te hacía falta. Estudiaste en una de las mejores universidades de Bellas Artes del país. Dudo que a mí me hubieran dejado cruzar la puerta.

Daisy sonrió. Había visto los intentos de Seb por dibujar al explicarle a Sherry cómo conectaría la carpa con el edificio. Le gustaba sentirse mejor que él en algunos temas. –Este sitio es muy fotogénico –comentó ella, sin dejar de hacer fotos–. Sería un entorno estupendo para hacer fotos de bodas.

–Siempre pensando en bodas, ¿verdad?

Seb la miró con curiosidad y ella trató de mantener su expresión imperturbable. Le ponía nerviosa que la mirara. Sentía como si pudiera leerle la mente.

–Es mi trabajo –respondió con tono suave–.

Seguramente, cuando pasas por aquí ves historia en cada una de estas piedras. Es lo mismo.

Seguía observándola y Daisy trató de mantener la calma, girándose para enfocarlo.

–¡Sonríe!

Pero Seb no cambió su expresión. Era como si intentara ver a través de ella.

–¿Por qué fotografía? ¿No estabas harta de estar al otro lado del objetivo?

Era la pregunta del millón. Bajó la cámara y se apoyó en una de las columnas de piedra. A pesar del sol, a través del vestido sintió que la piedra estaba fría.

–Lo cierto es que de pequeña no me importaba toda aquella atención –admitió, jugueteando con la correa de la cámara para no tener que mirarlo a los ojos y ver lástima en ellos–. Nos sentíamos especiales. Mis padres eran muy queridos y no había escándalos, así que todas las noticias eran positivas: estrenos en alfombras rojas, fiestas benéficas… Hasta que no tuve dieciséis años no me di cuenta del daño que podía hacer la prensa.

–¡Qué suerte! Yo me di cuenta a los cinco.

Lo miró de reojo, pero su vista estaba perdida en otra parte.

–Fue tremendo verme en las portadas. Sé que no hice lo que

debía. Pero a la mayoría de los adolescentes les gusta correr riesgos y beber alcohol aunque no tengan la edad legal para hacerlo. Solo que a mí me vio todo el mundo.

Un puñado de fotos, una noche de borrachera y un beso habían arruinado su reputación.

–Podías haber ido a un pub local.

–Echando la vista atrás, ese fue mi error. Pero éramos tan ingenuos que no sabíamos dónde ir. El dueño del bar del pueblo habría llamado a mi padre en cuanto me hubiera visto poner el pie en su local. El más cercano al colegio parecía tener un sensor de alumnas de colegio de monjas. Así que ese quedaba descartado. Tana y yo pensamos que la única manera de pasar desapercibidas era ir al centro de la ciudad. Nos equivocamos de cabo a rabo.

–¿Tana?

–Mi mejor amiga del colegio. Estaba saliendo con su hermano y ella con el mejor amigo de este. Las hormonas adolescentes, una botella de vodka, un paparazzi y el resto es historia.

–Así que mientras los flashes te perseguían por la calle, pensaste que querías estar al otro lado de la cámara.

–Al menos, la que tiene el control de las fotos soy yo.

Las palabras se quedaron flotando y tomó aire. No era lo que había querido decir, a pesar de ser cierto.

–Cuando me expulsaron del colegio, no me dieron el título, así que fui al instituto público y tomé todas las asignaturas relativas a arte que pude. La que más me gustó fue la de fotografía y pedí plaza en St Martin's. Cuando me aceptaron, sentí como si por fin hubiera encontrado mi sitio.

La recorrió un escalofrío y no era solo por la fría piedra.

Se sentía vulnerable, como si le estuviera confesando detalles íntimos que ni siquiera su familia sabía.

–¿Qué me dices de ti? –preguntó, apartándose de la columna–. ¿Cuándo decidiste que querías subirte a un estrado de orador y vestir tweed?

–Solo visto tweed en ocasiones especiales –dijo Seb esbozando aquella sonrisa suya–. Y, por supuesto, la toga y el birrete.

–Por supuesto.

Daisy trató de no obsesionarse con la disparidad en educación que había entre ellos. Sí, ella también tenía un título que su esfuerzo le había costado y del que estaba muy orgullosa. Pero era

en Fotografía. El hombre que estaba a su lado tenía una licenciatura, un doctorado y un título honorífico. Había escrito libros, tenía alumnos pendientes de cada una de sus palabras y sus colegas lo respetaban. Ella simplemente hacía fotos.

¿Cómo podían ser iguales? ¿Cómo iba a acompañarle a actos? ¿De qué hablaría con otros académicos?

–Nadie nace queriendo dar conferencias. Creo que ya comentamos que de pequeño quería ser un forajido, en especial un bandolero.

–Sí, claro –dijo ella sintiéndose como una tonta por no decir algo más inteligente.

–Pero viviendo en un sitio como Hawksley, rodeado de historia por todas partes, era difícil no entusiasmarse. Quería reunir todas esas historias que había oído de niño y contárselas a otras personas. Eso es lo que me inspira, la historia que hay detrás de cada piedra, de cada cuadro, de cada artefacto. Me entusiasma la Alta Edad Media. Es sobre lo que investigo y enseño, aunque en mis libros también trato otras épocas.

–¿Como el de los hijos ilegítimos de Carlos II?

Lo había leído hacía dos años, por recomendación de Rose. También había leído su libro sobre Ana Bolena, el que le había catapultado a la lista de los más vendidos. Pero no sabía cómo decírselo. ¿Y si le preguntaba su opinión y resultaba evidente lo poco que sabía? ¿Qué pensaría si no era capaz siquiera de darle una opinión?

–Exacto. Esos hijos resultaron cruciales para nuestra historia. Todos conocemos la desesperación de Enrique VIII por tener un heredero y la repercusión que eso tuvo en el país. Pero la historia de Carlos es mucho menos conocida, más allá de la plaga, del incendio y de Nell Gwyn.

Se había puesto a pasear de un lado para otro, animado por el entusiasmo. Varios turistas se detuvieron a mirarlo, cautivados mientras lo escuchaban hablar. El Seb estresado y cansado parecía haber desaparecido. Aquel era un hombre que se sentía a gusto consigo mismo.

–Tuvo al menos diecisiete hijos ilegítimos y ninguno legítimo. De haberlos tenido, el curso de la historia británica habría sido distinto, ni Hanovers ni Guillermo de Orange. Los descendientes de muchos de aquellos hijos siguen siendo influyentes en la sociedad actual.

–Lo dice un conde.

Esa vez, Seb sonrió abiertamente y Daisy sintió que le daba un vuelco el estómago.

–Ese interés, ¿es personal? ¿Es posible que tu familia provenga de alguna condesa sumisa?

–Oficialmente, no. Oficiosamente, no está claro si nuestros antepasados llegaron con la invasión normanda o si somos Estuardos. Personalmente, siempre he creído esto último. Ser el heredero perdido de un trono es una historia mucho más impresionante para un niño.

Siguió caminando por el patio interior, seguido por Daisy.

–¡Un Estuardo! ¿Por qué no te haces una prueba de ADN? Me pregunto cuántas familias supuestamente de sangre azul descienden de un mozo de establo.

–Eso sería muy interesante de investigar –dijo él iluminándosele la mirada–, aunque dudo que encontrara muchos voluntarios para el estudio. Quizá pueda ser el tema de mi siguiente libro, si es que alguna vez consigo terminar el que estoy escribiendo.

–Sería un interesante programa de televisión.

–¿El qué? ¿Hacer pruebas de ADN a posibles herederos? Tienes una vena malvada.

–No.

Seb se metió por un pequeño pasillo y empezó a subir por una estrecha escalera de caracol. Daisy se quedó fascinada mirando a su alrededor. Llegaron al tercer rellano y Seb se detuvo ante una puerta y se sacó una llave del bolsillo. En una sencilla placa se leía: Beresford. Aquel era su mundo.

Daisy recuperó el aliento mientras la invitaba a pasar a su despacho, una estancia rectangular de amplias ventanas y paredes llenas de estanterías repletas de libros.

Un confortable y desgastado sofá de cuero estaba frente a la chimenea, y una mesa alargada con seis sillas ocupaban el centro de la habitación. El escritorio miraba hacia el patio.

Daisy se sentía fuera de lugar y decidió continuar la conversación donde la habían dejado.

–Me refería a Hawksley. Sería la respuesta a todos tus problemas. Piensa en el número de visitantes, aunque tendrías que abrirlo al público más tiempo.

–¿El qué sería la respuesta?

–Tu libro sobre Hawksley, sobre cómo se explica la historia a

través del castillo.

Seb se acercó al escritorio y empezó a revisar el correo.

–El libro que todavía no he escrito.

–Deberías hacerlo como para una serie de televisión. Serías un buen presentador. Eres inteligente, fotogénico, interesante. Me sorprende que todavía no te lo hayan propuesto.

–Dios santo, Daisy –dijo con una expresión de desagrado en los ojos–. ¿Esa es la solución que se te ocurre después de todo por lo que has pasado? ¿Crees que no me lo han ofrecido? ¿Sabes lo que supondría que saliera en televisión?

Ella sacudió la cabeza, demasiado sorprendida por su reacción como para contestar.

–Entraría en el juego. La prensa hurgaría en mi vida con total impunidad y, a partir de ahora, en la tuya también. ¿Por qué iba a querer eso?

Daisy parpadeó para contener las lágrimas. En el acuerdo que habían hecho, no había lugar para emociones, tampoco para lágrimas.

–Necesitas que Hawksley sea rentable y tú mismo me has dicho que ni las subvenciones ni las bodas de los fines de semana son suficientes. Además, escribes libros de historia para el gran público, no tomos académicos. Para eso no te importa la fama.

–Eso es diferente –replicó él, y se pasó una mano por el pelo.

–¿Por qué? –dijo ella, y al ver que Seb no decía nada, continuó–: Tus libros ganan premios, se publicitan en librerías e incluso en las paradas de autobuses, firmas ejemplares, das conferencias. ¿Qué diferencia hay con salir en televisión?

Seb tenía que reconocer que lo que decía tenía sentido, aunque no fuera de su agrado. Se quedó mirándola fijamente, como intentando leerle el pensamiento. Cada día descubría algo nuevo en ella. Estaba empezando a descubrir a la verdadera Daisy Huntingdon-Cross.

–Mis libros son educativos.

No estaba dispuesta a darse por vencida.

–La televisión, bien empleada, también puede serlo. Tendrías mayor audiencia y llegarías a más gente. No estoy sugiriendo que expongas tu vida en los medios, aunque algunos historiadores lo hacen y les va muy bien. Hablo de que hagas lo que se te da bien.

Llegar a más gente, ¿no era ese su propósito?

–Nunca planeé esto –dijo Seb dejando el correo, y se quedó mirando por la ventana–. Siempre pensé que mis artículos se publicarían en revistas aburridas y que mis libros solo los leerían mis colegas. Así es como empecé.

–Entonces, ¿qué cambió?

–Me propusieron un acuerdo. Una antigua alumna mía empezó a trabajar en una editorial y su jefe quería lanzar una colección de historia popular. Stacey pensó en mí y concertó una reunión.

–No habría pensado en ti si no hubieras sido un buen profesor. No creo que fuera suerte, más bien un descubrimiento afortunado.

Daisy se acercó a él. Sin pararse a pensarlo, la tomó de la mano y la atrajo hacia él.

–Tal vez.

–Es solo una sugerencia, Seb. Sé lo que piensas sobre la fama. Pero mi padre siempre dice que, si mantienes la cabeza gacha y eres consecuente con tu vida, perderán interés. Y tiene razón. Fíjate en mis padres. En su juventud dieron tantos titulares como tus padres. Sin embargo, sentaron la cabeza. No van por ahí tomando drogas, ni tienen aventuras, ni se comportan como divos. Si hacemos lo mismo, no tendremos nada que temer.

Seb respiró hondo, considerando su razonable planteamiento. Lentamente se colocó detrás de ella y la rodeó por la cintura con un brazo.

–Fueron a por ti.

–Enseñaremos a nuestro hijo a que no vaya a emborracharse a Londres cuando tenga dieciséis años. Y, si hereda mi físico y tu cabeza, creo que no tendremos nada de qué preocuparnos.

–Y, si es al revés, tampoco. Deja de menospreciarte, Daisy. Creo que eres una de las personas más inteligentes que conozco.

Ella cubrió su mano con la suya.

–Es lo más bonito que me han dicho.

–Hablo en serio.

Seb se sintió invadido por el deseo y le acarició con la otra mano la cadera. No tenía ni idea de cómo iba a funcionar aquel matrimonio, pero había algo sobre lo que no tenía ninguna duda. La atracción que los había unido, seguía siendo intensa. Se inclinó hacia delante y le acarició con la lengua el lóbulo de la oreja.

Seb sintió que la respiración de Daisy se aceleraba. Retiró la mano de su cadera para apartarle el pelo y dejar al descubierto su

nuca. Ella se estremeció al sentir que se acercaba para darle un beso en el cuello, antes de continuar haciéndolo por su hombro, mientras con la mano bajaba por sus costillas hasta acariciar la curva de su pecho con el pulgar.

Sus respiraciones se aceleraron. Ella se arqueó contra su cuerpo y se giró buscando su boca.

–¿Podemos hacer esto aquí? –preguntó junto a sus labios, mientras él le bajaba la cremallera.

–Nadie vendrá –le prometió, deslizándole el vestido por los hombros–. Tenemos poco más de una hora antes de la conferencia, aunque te había prometido invitarte a comer.

–¿Quién piensa en comer?

Ella le dio un beso en el cuello y empezó a acariciarle con la lengua en aquella zona tan sensible a la vez que le desabrochaba los botones de la camisa.

–En ese caso, señorita –dijo él, y se quitó la camisa con una sonrisa triunfante–. ¿Dónde prefiere: en el escritorio, en el sofá o en la mesa?

Daisy lo miró. Sus ojos brillaban de deseo.

–¿Dices que tenemos más de una hora? Probemos los tres.

Seb la tomó en brazos.

–Esperaba que dijeras eso. Empecemos por aquí. Creo que necesito llevar a cabo una investigación exhaustiva.

Capítulo 8

–Viendo eso, nadie pensaría que la fama te asusta. Mi madre mataría por tener esa clase de publicidad, y no se pone delante de una cámara por menos de veinte mil al día.

Había cinco grandes carteles a la entrada de la sala de conferencias. En todos ellos aparecía la misma foto del rostro de Seb en blanco y negro. Daisy se detuvo y se quedó estudiándolo.

–No está mal. La seriedad del académico combinada con su atractivo.

–Esa era precisamente la intención. Y bien, ¿te parece que tengo aspecto de académico aburrido?

–Me parece que estás muy atractivo –contestó Daisy y dirigió la mirada hacia las chicas que se estaban haciendo retratos ante el cartel más lejano–. Y a ellas también.

Seb miró hacia el grupo y rápidamente se giró, dándoles la espalda.

–Solo porque vayan vestidas así, no significa que no estén interesadas en el tema. Quizá después vayan a salir.

–Sí, quizá –dijo Daisy dándole una palmadita en el brazo–. Como cuando fui a aquellas aburridas charlas sobre cerámica griega pensando que serían útiles para mi futura carrera y no porque me hubiera enamorado del profesor. Por cierto, estaba felizmente casado y nunca se fijó en mí.

–Esto es Oxford, Daisy. La gente viene aquí a aprender.

Había un tono reprobador en su voz, lo que le hizo recordar que aquel era su mundo y no el de ella.

–No digo que no aprendiera nada. Si quieres saber algo de arte clásico, pregúntame.

–¡Seb! –exclamó una mujer elegantemente vestida, interrumpiéndolos–. Te estaba buscando –añadió, y lo saludó con dos besos en las mejillas–. Llegas tarde. ¿Cómo estás?

Seb le devolvió el saludo y luego rodeó a Daisy con el brazo.

–Ella es mi prometida, Daisy Huntingdon-Cross.

Supongo que habrás recibido la invitación de boda, ¿no? Daisy, ella es Clarissa Winteringham, mi agente.

–¿Así que esta es tu misteriosa prometida? –dijo mirándola de arriba abajo–. Sí, he recibido la invitación. Asistiré encantada, gracias. Me alegro de conocerte, Daisy.

–Lo mismo digo –repuso Daisy y se saludaron con un apretón de manos.

–¿A qué te dedicas, Daisy?

–Soy fotógrafa –respondió sonriendo tímidamente.

–¿Alguna vez se te ha ocurrido escribir un libro? Estoy segura de que siendo hija de quien eres, sería un éxito.

Clarissa sabía perfectamente quién era. No sería una buena agente de no haberlo sabido. Pero Daisy no pudo evitar sentirse incómoda. A aquella mujer, solo le interesaba por su tirón comercial.

–El escritor de la familia es Seb y no creo que los libros sobre modelos interesen realmente.

–Lástima, habríamos hecho un buen negocio. Avísame si cambias de idea –dijo la agente, y se volvió hacia Seb–. Te están esperando dentro. ¿Has cambiado de opinión acerca de la oferta de la BBC? Deberías devolverme las llamadas cuando te dejo mensajes.

Al parecer, Daisy no había sido la primera persona en proponerle que apareciera en la televisión. Seb se limitó a sacudir la cabeza, sonriendo, y a dejar que Clarissa tirara de él, dejando que Daisy los siguiera.

El salón de conferencias estaba al máximo de su capacidad con un público de lo más variopinto, desde alumnos aplicados a muchachas que agitaban cámaras y ejemplares de los libros de Seb.

Daisy encontró un asiento en el extremo de una fila, junto a un anciano que no dejó de hacer comentarios durante toda la conferencia. A pesar de las interrupciones, los flashes de las cámaras y las risas entusiastas de los jóvenes admiradores de Seb

cada vez que hacía una broma, Daisy disfrutó con la conferencia. El entusiasmo de Seb por el tema resultaba contagioso.

Era curioso cómo el hombre apocado se crecía frente a una audiencia, cómo los tenía comiendo de la palma de su mano mientras los conducía por un viaje de mil años a través de la historia inglesa usando su residencia familiar como guía. La hora que duró la conferencia pasó muy deprisa.

–Este hombre sabe muy bien de lo que habla –le dijo el anciano a Daisy mientras la sala se vaciaba.

Había pensado acercarse a Seb al terminar, pero estaba rodeado por una nube de asistentes, incluyendo las jóvenes que habían visto antes.

–Sí, es fascinante. Es un buen orador.

–Y su punto de vista es interesante. ¿Está de acuerdo con su teoría sobre los fosos ornamentales?

¿Que si qué?

–Yo…

–La tradicional interpretación marxista estaría de acuerdo con él, pero no sé si eso es tan simple.

–Sí, es cierto.

Daisy tenía las manos sudorosas. Temía que le preguntara algo en concreto.

–En cualquier caso, este Beresford es un hombre inteligente. Me pregunto qué hará después de su año sabático.

–¿Acaso no tiene pensado volver?

Seb no le había hablado de sus planes futuros. Estaba demasiado ocupado con el castillo.

–Eso es lo que dice, pero creo que Harvard le reclamará.

Será una lástima perderlo, pero estos jóvenes académicos suelen ser muy impacientes y siempre están dispuestos a progresar.

Daisy se quedó sentada inmóvil, mientras el anciano pasaba a su lado. ¿Harvard? No habían hablado del futuro, pero, si Seb estuviera considerando irse a vivir al extranjero, se lo habría dicho, ¿no? Se levantó, apenas consciente de que la sala se estaba vaciando rápidamente, y no vio a Seb por ninguna parte.

–Aquí estás, Daisy –dijo Clarissa, acercándose a ella con un hombre alto de unos cincuenta años–. Te presento a Giles Buchanan, el editor de Seb. Giles, ella es Daisy, la misteriosa prometida de Seb. Es fotógrafa.

–¿De viajes o de moda?

–Hago reportajes de bodas.

–¿Bodas?

A juzgar por la expresión de su rostro, no era la clase de trabajo que aquel hombre se había imaginado para la prometida de Seb.

Había sentido curiosidad por conocer el mundo de Seb, pero ahora que estaba allí, se sentía completamente fuera de lugar.

–Disculpen –dijo dirigiéndose hacia la escalera–. Necesito un poco de aire.

¿Cómo demonios iba a encajar? Si ya le parecía bastante locura convertirse en una condesa, ser la esposa de un académico le parecía algo mucho peor.

En aquel momento no le parecía que tuviera otra opción. La distancia entre ellos era muy grande y no estaba segura de querer acortarla, aparte de que no sabía cómo hacerlo.

–La decoración de las mesas, la ubicación de los invitados, los regalos, las flores. Lo hemos conseguido, Vi, no queda nada por organizar.

Daisy se ajustó el teléfono entre la oreja y la barbilla mientras seguía navegando en su ordenador. Según se acercaba la boda, se le hacía más irreal y menos importante. La principal preocupación era cómo iba a funcionar su matrimonio.

Quedaba menos de una semana. ¿Estaba preparada para unir su futuro al de un hombre que seguía siendo un desconocido en muchos aspectos?

Las noches estaban siendo maravillosas. El sexo era increíble, pero ¿era eso suficiente para construir un matrimonio?

No había ninguna duda de que Seb la encontraba deseable y había prometido tenerla en consideración. Eso era mucho más de lo que muchas mujeres tenían al principio de su matrimonio. Después de todo, aunque no encajara en su entorno profesional o en Hawksley, no tenían que compartir sus vidas al completo.

Se sentía muy afortunada y eso sin tener en cuenta que iba a vivir en un castillo y que se convertiría en condesa. Pero tenía que empezar a creérselo y olvidarse de sus sueños románticos. Tenía que encontrar su hueco en Hawksley y convertirlo en su hogar.

Le gustaría ayudar a Seb a encontrar la manera de que Hawksley fuera rentable. Otras propiedades lo eran, a pesar de que su dueño no fuera un eminente historiador.

La voz de su hermana la sacó de sus pensamientos.

–Daisy, Rose no llegará hasta el día de la boda, así que teniendo en cuenta que soy la única dama de honor que está en este continente, tengo que ocuparme yo y te lo preguntaré sin más rodeos: ¿qué quieres que hagamos para tu despedida de soltera?

–Se me había olvidado la despedida de soltera.

–He visto tus cuadernos, ¿recuerdas, Daisy? También he vivido veinticuatro años celebrando tu cumpleaños. Es demasiado tarde para organizar un fin de semana en Barcelona. ¿Qué te parece un spa cerca de aquí? ¿O una noche de copas en Londres? Podemos pasar una noche en París si lo reservamos hoy.

–Nada, de verdad, Vi, no quiero nada.

–¿Me estás poniendo a prueba? No será como aquella vez que dijiste que no querías regalo de cumpleaños, pero se suponía que teníamos que sorprenderte con aquellas entradas para un concierto.

–¡Tenía doce años!

–En serio, Daisy. Mamá se llevará un disgusto. Quiere que todas llevemos el mismo chándal, con nuestros nombres impresos.

–Mamá se moriría si la vieran en chándal.

–Pero se disgustará. No irás a decirme ahora que no os iréis de luna de miel.

Daisy se quedó de piedra. No había pensado qué pasaría después de la boda y Seb tampoco había dicho nada.

Las Maldivas, Venecia, el sur de Francia, el Caribe. Los destinos de los novios a los que había fotografiado durante los últimos dos años le acudieron a la mente. Todos eran perfectos para una pareja de enamorados.

Mejor que se hubieran olvidado de ello. Un par de semanas recluidos juntos habría sido insoportable.

–Todo ha sido tan rápido que todavía no hemos pensado en la luna de miel.

–Ni despedida de soltera, ni luna de miel. Daisy, ¿qué está pasando?

Daisy pensó a toda velocidad. No podía tener una despedida de soltera. No podría fingir con su familia y sus amigas estar locamente enamorada, no podría beber y su abstinencia no pasaría desapercibida.

Desvió la mirada a la copia del certificado de nacimiento de Seb que estaba en su mesa. La había guardado en su bolso después de ir al registro y se había olvidado de devolvérsela. Su nombre completo era Sebastian Adolphus Charles Beresford. Su fecha de nacimiento, el veinte de abril.

¿Por qué no se lo había dicho? Ya lo pensaría más tarde. En aquel momento, acababa de encontrar su salvación.

–Vi, el problema es que mañana es el cumpleaños de Seb y le tengo planeada una sorpresa. Además, quedan pocos días para la boda y no quiero una gran noche de fiesta. Aparte de que no me parece bien sin Rose. Ya haremos algo más adelante.

–¿Qué tal el miércoles por la noche? –dijo Violet, dispuesta a no darse por vencida–. Es dos días antes de la boda y podemos hacer algo tranquilo. Solo mamá, tú y yo. Y Rose por Skype. ¿Qué te parece una reunión de chicas para ver películas?

–De acuerdo. Pero nada de alcohol. Lo estoy evitando para tener bien la piel.

–Hecho. Buscaré unas películas románticas y organizaré un refrigerio.

–Gracias, Vi.

Lo decía de verdad. Una noche con su madre y su hermana sería agradable, siempre y cuando no bajara la guardia.

Todavía le quedaba el pequeño asunto del cumpleaños de Seb y decidir la sorpresa que le iba a organizar.

Algo pasaba.

Daisy parecía desganada. Se movía como si llevara un enorme globo dentro que fuera a estallar en cualquier momento. Eso, que podía resultar irritante, le era enternecedor.

Seb se estiró en su viejo sillón de piel y reparó en las cortinas rojas. Sherry no se había abstenido de entrar en su biblioteca, y su santuario estaba tan limpio como el resto de la casa. De hecho, era agradable no andar estornudando cada vez que sacaba un libro, aunque hubiera preferido otras cortinas.

No era solo Sherry. Discretamente, Daisy también estaba haciendo cambios. Había pintado la cocina y había convertido el antiguo comedor en un acogedor cuarto de estar. Habían empezado a pasar las tardes allí leyendo, viendo la televisión o jugando al Monopoly.

Casi parecía un hogar.

Pero aunque el castillo empezaba a tomar forma, seguían faltándole horas al día. Todo sería mucho más fácil si contratara a un profesional para administrar la finca. Así, él podría dedicarse a la enseñanza y la investigación.

Claro que eso no era lo que se esperaba de los Beresford. Su abuelo siempre decía que un buen propietario debía administrar sus tierras, su gente, su familia y su hogar, sin importarle el sacrificio. Y había habido muchos a lo largo de los siglos. Había momentos en los que Seb se preguntaba si sería capaz de volver a Oxford y a su trabajo.

Su dedicación al hogar ancestral de su familia era completa. Le resultaba difícil compaginar sus propiedades y la universidad, y decidirse por uno le resultaba impensable.

Levantó la vista al oír unos suaves golpes en la puerta, aliviado de apartar los ojos de la pantalla en blanco del ordenador. No había sido capaz de hacer nada todavía. Las preocupaciones no dejaban de dar vueltas en su cabeza. Ni siquiera su trabajo de investigación le distraía como antes. El dinero, Daisy, el bebé, Hawksley, el libro. En menos de seis meses su vida cambiaría de arriba abajo.

Si no se hubiera distraído con su carrera, quizá Hawksley no estaría en aquel estado. Tenía parte de culpa.

La puerta se abrió y Daisy apareció con una enorme bandeja de plata.

–¡Vaya cara! ¿Interrumpo un momento crucial?

–Lo único que interrumpes son mis desvaríos mentales –contestó él, tratando de sonreír.

–¿Desvaríos mentales? ¿Puedo hacer algo por ayudar? –preguntó Daisy dejando la bandeja en la mesa.

–No, a menos que tengas una máquina del tiempo.

Seb se arrepintió de aquel comentario al instante. No necesitó ver su expresión de dolor para darse cuenta de lo mal que había elegido sus palabras.

–No me refiero a ti ni al bebé. Daisy, del desastre en que se ha convertido mi vida últimamente, el bebé es lo único bueno. No, estaba pensando que, si hubiera actuado antes, las cosas serían ahora mucho más fáciles.

–¿Por qué?

Seb apartó su ordenador portátil y se echó hacia atrás en su sillón, tratando de poner orden en sus pensamientos.

–Los niños son egoístas, ¿no? Pasé mis vacaciones aquí, durante el colegio y la universidad, salvo cuando mi madre tenía un arrebato maternal. Pero estaba tan concentrado en estudiar el pasado que nunca me molesté en pensar en el futuro. Nunca me di cuenta de lo mucho que hacía mi abuelo y no intenté ayudarlo –dijo, y después de hacer una pausa, continuó–. La historia es interesante, pero no es práctica, ¿verdad? Mi abuelo me sugirió que estudiara algún curso de gestión agraria en la universidad, para luego volver a trabajar aquí. No le hice caso, convencido de que estaba destinado a hacer cosas más importantes.

–No te equivocaste.

Estaba sentada en el reposabrazos del viejo sillón de cuero, con las piernas cruzadas, y reparó en sus piernas desnudas. Llevaba unos pantalones cortos negros con una alegre camisa de flores y una gorra que le cubría parte de la frente.

–¿Tú crees?

Él también lo había creído, convencido de su brillante carrera. Pero los últimos meses le habían demostrado que su ambición había sido ciega.

–Hawksley necesitaba sangre fresca, mi abuelo hacía todo lo posible por sacarlo adelante y mi padre no estaba dispuesto a hacerse cargo. Mi abuelo era demasiado orgulloso para pedírmelo directamente y yo estaba demasiado ocupado para darme cuenta. Quizá podría haberle ayudado a encontrar una solución y, tal vez, haber detenido la negligencia de mi padre.

–¿Cómo lo habrías conseguido?

–El dinero con el que llevaba su extravagante nivel de vida provenía de un fondo familiar. Nunca debía haber sido destinado a un uso personal y menos a esa escala. Me habría dado cuenta con tan solo un vistazo a las cuentas. Pero estaba demasiado ocupado con mis estudios –añadió con amargura.

–Solo porque te sugirió estudiar gestión agraria no significa que estuviera desesperado porque vivieras y trabajaras aquí. Estaba muy orgulloso de ti, a pesar del camino que elegiste.

–Me gustaría creerlo –dijo él frunciendo los labios–. Supongo que nunca lo sabremos.

Daisy se acercó a una de las estanterías y sacó un libro.

–Lo sé. Este es tuyo, ¿verdad? ¿El primero? Fíjate cuánto lo han leído que tiene el lomo roto. Así que a menos que pases las noches leyendo tus obras, creo que fueron tus abuelos los que lo leyeron

más de una vez.

Seb tomó el libro de sus manos. Se lo había regalado con una dedicatoria, no muy convencido de que fueran a leerlo. Las pastas estaban desgastadas, las esquinas dobladas y las páginas cuarteadas. Una sensación de orgullo creció en su interior. Quizá después de todo se habían sentido orgullosos de la profesión que había elegido.

–Gracias –dijo mirando a Daisy.

–Por cierto, tengo algo de lo que hablar contigo, milord. ¿Por qué no me has dicho que era tu cumpleaños?

–¿Cómo lo has sabido?

–Tengo habilidades de detective, además de una copia de tu certificado de nacimiento. En mi familia, celebramos por todo lo alto los cumpleaños –dijo sonriendo, con las manos en la espalda–. Tengo que advertirte de que mis expectativas son altas, pregúntaselo a mis hermanas. Así que, si vas a formar parte de la familia, tu cumpleaños también tiene que ser una gran celebración. Feliz cumpleaños.

Sacó las manos de la espalda. En una tenía un plato con una gran magdalena y una vela encendida, y en la otra, un sobre plateado.

Seb se quedó paralizado por la sorpresa.

–¿Qué es esto?

–Es una tarjeta y una tarta, lo habitual en los cumpleaños. Se supone que tienes que soplar la vela.

Se quedó allí de pie, incapaz de mover un solo músculo, asimilando lo que acababa de decirle.

–La última vez que tuve una tarta de cumpleaños tenía diez años. Siempre estaba en el colegio.

–El procedimiento no ha cambiado. Soplas la vela, la llama se apaga, aplausos y luego se come. Así de sencillo.

Seb hizo un esfuerzo y tomó el plato con cuidado, como si fuera una bomba a punto de estallar. La llama bailó delante de sus ojos. No quería soplarla, tan solo contemplar su danza.

–¿Y la tarjeta?

–Ya la abrirás. Venga, vamos a cambiarnos. Tengo una sorpresa para ti. Estoy convencida de que te vas a quedar pasmado.

Capítulo 9

–¿Cómo has sabido que era mi grupo favorito?

Daisy estaba descubriendo que Seb era parco en palabras. Si alguien le hubiera organizado una sorpresa a ella, no se habría quedado sentada a la espera sin más. No podría dejar de hacer preguntas para intentar saber de qué se trataba.

Seb se había quedado perplejo, como si la idea de una escapada sorpresa fuera algo completamente ajeno a él. Lo cual era ridículo. Aunque no buscara emociones intensas ni amor, había tenido novias antes. ¿Ninguna le había sorprendido con una escapada a una biblioteca o a algún lugar con significado histórico?

Pero ni su habitual tranquilidad ni sus ademanes comedidos habían variado cuando el taxi se había detenido en la sala de conciertos.

–Daisy, pareces una bruja –dijo apretándole la mano.

Por un instante, Daisy fantaseó con que aquello era real, con que había salido esa noche con alguien de quien estaba enamorada y que también sentía algo por ella.

–Lo soy. Entre mis trucos están prestar atención a la música que escucha otra gente y leer las carátulas de los CDs.

No podía evitarlo, la música había sido una parte importante de su infancia y la escuchaba inconscientemente, aunque rara vez lo hacía por placer. Prefería el silencio para trabajar.

Pero a Seb le gustaba tener ruido de fondo ya fuera en la cocina, en su estudio o conduciendo. Buscando algo en Internet para hacer esa noche, había recordado el CD del primer día. Después de llamar

a su padre, había conseguido entradas VIP.

Había sido el regalo perfecto. Por un lado, Daisy se sentía avergonzada de que lo único que se le hubiera ocurrido fuera aquel plan de última hora y por otro, le asustaba pensar que quizá lo conocía mejor de lo que había pensado y de lo que estaba dispuesta a admitir.

Sabía exactamente lo que le haría feliz y eso implicaba interés. ¿Formaba parte de su acuerdo?

Seb no parecía darle importancia. Era divertido verlo disfrutar de cada momento como si fuera un niño en una juguetería mientras los conducían a la zona VIP.

–¿Un palco? ¿De verdad?

–Puede que el que tenga título seas tú, pero yo formo parte de la aristocracia musical y es así como disfrutamos de los conciertos –le dijo mientras se sentaban–. Si prefieres quedarte abajo sudando entre toda esa gente, puedes hacerlo.

Seb miró a su alrededor y Daisy intentó ver a través de sus ojos. Eran los únicos ocupantes del palco que estaba frente al escenario. Detrás, tenían un salón privado y unos aseos para ellos. El resto de los palcos estaban ocupados por famosos y amigos y familiares de la banda. El acceso estaba controlado.

–Esto es una locura –dijo Seb mirando al famoso cantante de rock del palco de al lado–. He estado en toda clase de actos, pero nunca en nada como esto.

–Estoy malacostumbrada. Mi padre recibe invitaciones para todo. Con diez años, me había llevado a más conciertos que al cine. Hacía mucho tiempo que no venía a ninguno.

–¿Por qué no? Si tuviera libre acceso a conciertos, iría a todos.

No, no lo haría si supiera lo que implicaba.

–No me gusta pedir favores. Mi madre puede conseguir cualquier cosa: bolsos, abrigos, vestidos. Pero a cambio tienes que dejarte fotografiar con ello. Si como yo, quieres llevar una vida discreta, el precio es muy alto. Las entradas para este concierto se agotaron hace meses, así que era este palco o nada.

Daisy cruzó los dedos confiando en que no les hicieran fotos mientras estuvieran allí. Por suerte, había parejas más interesantes para la prensa, así que esperaba que no se fijasen en ellos.

–Entonces, tendremos que disfrutar. En serio, Daisy, muchas gracias. Ha sido un regalo increíble.

Daisy se agitó incómoda, sintiéndose culpable. No le había

supuesto ningún esfuerzo. Rápidamente, cambió de tema.

–Voy a pasar la noche del miércoles en el estudio. Vi me ha convencido para que celebremos una especie de despedida de soltera. Evidentemente, no quería ninguna gran fiesta, así que va a ser una tranquila noche viendo películas en familia. Le he dicho que no quería beber por cuidarme la piel y se lo ha creído. Creo que también pasaré allí la noche del jueves. Trae mala suerte pasar juntos la última noche de solteros.

–Supongo que necesitamos toda la suerte del mundo.

–¿Vas a tener una despedida de soltero?

–Ni se me había ocurrido. Quizá vaya al pub más cercano y me tome un par de copas, aunque solo sea por hacer más convincente nuestra boda.

–¡Qué buen actor eres! –exclamó ella, y recordó la conversación con su hermana–. Violet también me ha preguntado por la luna de miel.

Seb se quedó de piedra.

–Le he dicho que haríamos algo más adelante, que ahora estábamos muy ocupados. No se ha quedado muy convencida, pero, cuando le cuente lo del bebé, se le olvidará.

–¿Quieres una luna de miel?

Daisy sintió que le temblaban los labios. Se había repetido muchas veces que estaba contenta con su decisión, pero a veces dudaba y tenía que empezar a convencerse de nuevo.

–Por supuesto que no –dijo percibiendo su voz débil–. Teniendo en cuenta las circunstancias, lo estamos haciendo muy bien y la luna de miel podría crearnos demasiada tensión.

–¿Estás segura?

Ella asintió, confiando en que no la estuviera observando con demasiada atención. No quería que viera el brillo de sus ojos mientras parpadeaba para contener las lágrimas.

–Además, estoy embarazada. No puedo tomar cócteles en la playa ni ir a destinos exóticos.

–¿Es eso lo que te gustaría?

Por supuesto que sí. Era lo que la gente hacía, ¿no? Ir a playas paradisíacas, beber ron, hacer submarinismo por el día y el amor por la noche.

–Creo que preferiría algo más original. Un entorno bonito que pudiera fotografiar, con buena comida e historia. Quizá los Alpes, Grecia, la costa italiana…

–Un amigo mío tiene una villa en el lago Garda, justo al borde del agua. Podría preguntarle si está libre.

Por un momento, se recreó en la idea de los lagos italianos. Una villa privada al borde de un lago sonaba sublime. Pero tendrían que fingir y, lejos de sus trabajos, sin sus rutinas diarias, ¿cómo se las arreglarían?

–No –dijo con voz firme–. De verdad, me parece bien.

Las luces bajaron y Seb se echó hacia delante, atento al escenario. Daisy se sintió aliviada y dejó que su imaginación volara soñando con una luna de miel diferente. Una en la que los novios estuvieran tan absortos el uno en el otro que no necesitaran de nadie ni de nada más. El tipo de luna de miel con la que siempre había soñado y que nunca tendría.

Las cuentas no salían.

Hacía falta arreglar el tejado y cambiar el cableado eléctrico en la parte georgiana del castillo, además de resolver el problema de las viejas cañerías antes de que naciera el bebé en Navidad.

Gracias a sus esfuerzos, las tierras habían empezado a dar beneficios y la granja y los bosques tenían buen aspecto. Los problemas estaban en el castillo. Mil años de historia, orgullo familiar y legados. Seb evitó encontrarse con los ojos de su abuelo, que lo miraban desde el retrato que colgaba de la pared del fondo. Nunca le había gustado la idea de usar el castillo para sacar provecho.

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para salvar sus propiedades? A través de una agencia cinematográfica, estaba ofreciendo el castillo para el rodaje de películas y programas de televisión.

Pero no era suficiente.

Mientras tanto, tenía que acabar de documentarse para el libro y ya había transcurrido la mitad de su año sabático. Un solo día en Oxford le había recordado el tiempo que consumía la enseñanza. Pronto se vería obligado a elegir y no sería una decisión fácil.

–Seb, querido.

Sherry se acababa de materializar a su lado. ¿Cómo demonios se las arreglaba esa mujer para moverse con tanto sigilo?

Seb se aferró al borde de la mesa y respiró hondo, tratando de que no se le notara la irritación. Todavía quedaban tres días para la boda y no había tenido ni diez minutos seguidos sin interrupciones desde el desayuno.

–No tengo ni idea, pregúntale a Daisy –dijo adelantándose a cualquier comentario.

Fuera cual fuese la pregunta, ella sabría mejor la respuesta.

–No he visto a Daisy en toda la mañana –dijo Sherry frunciendo el ceño–. Sería muy útil que alguno de los dos mostrarais interés. Puede que estos detalles no os parezcan importantes, pero lo son. Un lazo alto en la parte trasera de la silla es elegante, pero demasiado pretencioso. Un lazo bajo es clásico, pero pasa desapercibido, especialmente con el amarillo pálido que habéis elegido.

Las cosas estaban cambiando a una velocidad alarmante, pero había algo de lo que Seb estaba seguro: no había tenido nada que ver con la elección de los colores de los lazos para las sillas.

–Mejor lo clásico –respondió, frotándose los ojos.

Si alguien le hubiera insinuado un mes antes que estaría sentado en su biblioteca hablando de lazos con una supermodelo, le habría servido un brandy y le habría aconsejado que se acostara. Pero allí estaba, y aquella supermodelo en particular no estaba dispuesta a marcharse hasta que le diera la respuesta que esperaba.

–Seguramente tienes razón –dijo revolviéndole el pelo en un gesto maternal–. Lo mejor es lo clásico. Menos es más, es lo que siempre les he dicho a mis hijas.

–Sabio consejo –replicó él y reparó en lo que le había dicho un momento antes–. ¿Adónde ha ido Daisy?

–No tengo ni idea. Me dijo que estaba cansada después de lo de anoche y desapareció. No tenía buen aspecto. Hay una foto preciosa de vosotros en el Chronicle Online. Se te ve muy bien. No hace falta que te tomes tan en serio ese aire de académico distraído –dijo Sherry, ofreciéndole su teléfono.

Con un nudo en el estómago, echó un vistazo a las fotografías de famosos publicadas en el Chronicle hasta que encontró una en la que aparecían entrando en el concierto de la noche anterior. Daisy lo tomaba del brazo e iba riéndose. Para cualquiera, era la imagen de una pareja feliz.

–¿Por qué les interesa? –preguntó devolviéndole el teléfono a Sherry–. Sí, fuimos a un concierto, ¿dónde está la noticia?

–No puedes negar que es una historia de amor de cuento, la hija de una estrella de rock casándose con un conde a las pocas semanas de conocerse. Claro que les interesa. Ya se les pasará.

–¿De veras? Eso espero.

Con unos suegros como los que iba a tener, mantener el anonimato iba a resultar imposible.

Sherry se marchó sujetando en su mano una larga lista y Seb volvió su atención al ordenador. Pero de nuevo, no pudo concentrarse. ¿Dónde estaba Daisy?

La noche anterior había dormido en su habitación, alegando estar cansada. Sin ella, su cama se le había hecho inmensa y fría. En un determinado momento se había dado la vuelta, dispuesto a abrazarla, pero no la había encontrado.

Era curioso lo rápido que se había acostumbrado a su presencia, a su respiración, a su calidez, a despertarse a su lado. Y lo más curioso era que le gustaba.

Tampoco había aparecido a desayunar. Seb tamborileó con los dedos sobre la mesa. En la foto se la veía muy animada, pero en algún punto de la noche, su habitual alegría había ido desapareciendo y apenas había dicho una palabra en el camino de vuelta.

Trató de recordar la conversación que habían mantenido. ¿De qué habían hablado? ¿Había sido la mención de la luna de miel, de esa luna de miel que no quería hacer con él?

Quizá estaba equivocada. Quizá era lo que necesitaban, pasar tiempo lejos de la presión del trabajo y la familia, de esforzarse por encajar sus vidas. Quizá era hora de descubrir cómo funcionaban como pareja. Tenía que volver a hablarlo con ella.

Solo que… La noche anterior le había dado una sorpresa. Era una de las cosas más consideradas que nadie había hecho por él. Tal vez había llegado el momento de que Seb le devolviera el favor.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, escribió la dirección de correo electrónico de Gianni y como título del mensaje Lago Garda.

Aunque no fuera el marido con el que había soñado, Daisy se merecía una luna de miel perfecta e iba a hacer todo lo posible para que la tuviese. Era lo menos que podía hacer.

Había supuesto que la encontraría en la cocina. Le había prohibido que lijase los muebles. Seb estaba convencido de que todo aquel polvo no era bueno para el bebé, pero no había podido impedir que supervisase todas las obras. Siguiendo sus instrucciones, se habían pintado las paredes de color crema, y se habían lijado y restaurado los cajones y los armarios, antes de pintarlos de gris claro. Se había mostrado escéptico acerca del color, pero después de ver el ambiente cálido de la cocina, había tenido que admitir que no se había equivocado.

El carpintero había aprovechado un viejo roble que se había caído durante una tormenta en invierno para hacer una encimera. No podía haber mejor destino para un árbol que había estado apostado allí como un centinela durante generaciones.

Daisy había encontrado un antiguo perchero en uno de los cobertizos y lo había hecho colgar del techo para colocar allí las viejas cacerolas de cobre. Había recuperado del desván uno de los juegos de té de una bisabuela y lo había dispuesto en una balda. El resultado final era una cocina cálida y acogedora, un lugar agradable para pasar tiempo y conversar.

El cambio se había producido día a día y Seb todavía no había valorado suficientemente el esfuerzo de Daisy. No era solo que hubiera restaurado la cocina y la hubiera dejado impecable. Ni los detalles como las fotos de las paredes, con antiguos paisajes del castillo, el recién instalado sofá, no muy lejos de los fogones, y la alfombra que había colocado en un rincón para Monty. Era la sensación de cuidado y esmero que había logrado.

Era la misma sensación que había tenido al entrar en la habitación de ella. La misma sensación que había creado en el comedor y en la biblioteca, de la que había sacado los muebles más pesados y en la que había colocado alegres cojines en los bancos de las ventanas para sentarse.

Su hogar estaba transformándose ante sus ojos y apenas había reparado en ello.

Tenía que decirle que le gustaban los cambios.

Seb se sirvió un vaso de agua y se sentó a la mesa, pensando en todos los sitios donde podía estar. No podía culparla por querer un poco de espacio para respirar antes de la boda. Pero, si Sherry no la había encontrado, Daisy debía de haber elegido muy bien dónde ocultarse.

Amontonados en la mesa estaban algunos de los viejos

cuadernos de Daisy y las fotos que Sherry había impreso de su web. Seb los tomó con curiosidad y empezó a revisarlos. Se había imaginado que serían las fantasías de una niña por convertirse en Cenicienta.

Sin embargo, se encontró con toda clase de pequeños detalles: una flor hecha con un lazo, un trozo de encaje, una vela tallada. Eran detalles sencillos, pero con significado. Como la misma Daisy.

Un trozo de papel cayó y lo recogió. Era una foto de un anillo. Era un aro trenzado de oro con piedras incrustadas, una joya muy diferente al clásico solitario que le había regalado. Rara vez se lo ponía. Decía que le daba miedo perderlo. Pero no era solo eso; podía verlo en sus ojos.

Cuando lo había comprado, no la conocía. Había elegido un anillo caro, pero nada especial. Podía habérselo regalado a cualquiera.

Y no tenía ninguna duda de que Daisy era diferente.

Seb se echó hacia atrás, con la foto en la mano. Debía demostrarle lo agradecido que estaba por todo lo que había hecho.

Estaba muy ocupada intentando encajar en su vida, convertir su vieja casa en un hogar. Había llegado el momento de compensarla con la boda, la luna de miel y el anillo de sus sueños.

Sabía que no era todo lo que quería, pero debía hacerlo. Era lo único que tenía y tenía que servir. Solo esperaba que fuera suficiente.

Capítulo 10

Ahí estaba. Daisy contuvo el aliento y se quedó inmóvil, a pesar de que tenía los nervios a flor de piel. Lentamente, enfocó el objetivo. Clic.

La nutria no sabía que estaba siendo fotografiada, como le había pasado a Daisy la noche anterior. ¿Se sentiría la nutria tan intimidada como ella cuando publicara la foto en su web?

¿La había visto Seb? Cada vez que una foto de ellos aparecía en la prensa, se volvía más frío y retraído, y ella más apagada.

¿Qué era lo que más le importaba, la intromisión en sí o la imagen que se veía en las fotos? Se les veía muy felices, con las manos entrelazadas, y mirándose el uno al otro como si estuvieran en su propio mundo.

Y decían que la cámara nunca mentía…

Daisy apartó aquel pensamiento y siguió con su cámara mientras el mamífero subía río arriba, dando saltos en el agua. ¿Resultaría muy solitario nadar a solas? Quizá al final del verano tendría crías con las que jugar.

Sus pensamientos divagaron hacia la nueva vida que crecía dentro de ella y que apenas era perceptible salvo por sus pechos hinchados.

–¿Me sentiré menos sola cuando nazcas? –susurró.

Era demasiada carga para poner en un bebé. Felicidad y realización personal. Daisy volvió a poner su atención en la nutria. Tenía su cámara, su trabajo y su familia. Eso era suficiente. Tenía que ser suficiente.

Pero ¿y si no lo era? Estaba tratando de mantener la paciencia y acostumbrarse al lento ritmo de vida de Hawksley. Seb solía estar ocupado con su investigación o visitando las tierras, hablando con los aparceros o disponiéndolo todo para los turistas que iban los fines de semana a visitar las zonas abiertas al público. Era completamente diferente a su ajetreada vida de Londres.

Estaba haciendo una lista de las reparaciones más urgentes que necesitaba la casa y no paraba de hurgar en el desván abarrotado. Pero a pesar de todo lo que había dicho Seb, no se sentía con derecho a empezar a hacer cambios.

Era como si estuviera jugando a ser la señora de la casa. Seguía siendo una visita, una presencia temporal en la casa.

Y aunque Seb no había entrado en detalles, sabía que el dinero escaseaba, el fondo destinado al mantenimiento del castillo estaba muy mermado como consecuencia de un nivel de vida exorbitante. Seb tenía que esperar a conocer el valor de la tasación antes de que pudiera empezar a vender todos los objetos de lujo en los que sus padres habían derrochado el dinero. Hasta que no fueran vendidos, no sabía de cuánto dinero disponía. De momento, estaba aprovechando todo lo que encontraba en el desván, desde telas con las que hacía cortinas o cojines, hasta cuadros polvorientos.

Hawksley necesitaba más que algunos cambios estéticos. ¿Cómo pensar en reformas cuando sabía que el coste sería exorbitante?

Era difícil imaginar cómo sería su vida. La boda lo eclipsaba todo. Una vez que Sherry se fuera y pronunciaran sus votos, ¿qué le quedaría a ella? ¿Acabaría desesperada, gritando en medio del patio?

Quedaba un día para la boda y toda una vida por delante allí.

No tenía a nadie con quien hablar de aquello. Seb no quería emociones en su vida y había accedido a respetarlo. Aquel temor a la soledad, a llevar los sentimientos al límite, era la clase de cosas que él aborrecía.

Por eso, donde no había sentimientos, no podía haber amor.

Daisy se levantó lentamente, con cuidado de no asustar a la nutria. ¿Amor? Sabía muy bien que el amor no formaba parte del pacto que habían hecho.

Había pasión detrás de aquella expresión seria e intelectual. Lo había sabido desde aquella primera noche y lo había vuelto a ver una y otra vez. No solo en la cama, sino en el trabajo y en el amor hacia su casa. Y la pasión era una emoción.

Tal vez Seb pensaba que no tenía sentimientos, pero se equivocaba. Sus libros eran éxitos de ventas porque revivían el pasado. Nadie que no tuviera sentimientos podía escribir con aquella sensibilidad sobre la codicia de los Estuardo, sin sentir el mismo apetito.

Había momentos en que sus fríos ojos verdes parecían arder de deseo. Momentos en que su voz comedida se volvía más grave y profunda. Momentos en que dejaba a un lado el sentido común por una sensación apremiante. Seb la deseaba, estaba convencida. Y el deseo era otra emoción.

Por supuesto que era capaz de amar, aunque quizá no a ella. Tal vez, si no hubiera interrumpido el tranquilo curso de su vida, habría conocido a alguien afín, alguien que compartiera su interés por el pasado y que supiera cómo hacerle superar sus temores y ayudarle a sanar de sus heridas.

Le habían robado la oportunidad de enamorarse al igual que a ella, y en eso coincidían.

No quería obsesionarse con la manera en que se le encogía el corazón cada vez que la miraba ni en cómo su piel se estremecía cada vez que se rozaban. No quería pararse a pensar en cómo la hacía sentirse inteligente a la vez que sexy.

Eso la conducía a la locura y al resentimiento, a situaciones que no estaba preparada para afrontar. Quizá tener sentimientos era un precio demasiado alto a pagar. Quizá lo más importante de todo era la estabilidad.

–¿Dónde has estado?

Daisy se incorporó al oír aquella voz irritada y contuvo una risa nerviosa.

–Te he estado buscando por todas partes. Tu madre está preocupada. Dice que no te ha visto en toda la mañana y que parecías cansada –añadió Seb mirándola con intensidad.

–No podía soportar seguir discutiendo sobre si Will, el mejor amigo de Violet, debería considerarse su cita, o si Vi y Rose deberían llevar el mismo peinado, así que he salido a tomar un poco de aire fresco.

No era del todo mentira. Cuanto más se acercaba la boda, más ganas tenía de salir corriendo.

Era curioso pensar que había habido un tiempo en que había planeado todo aquello, en que había tenido en cuenta cada pequeño detalle. En ese momento, lo único que quería era acabar con aquello

cuanto antes.

–Estás casi al límite de la propiedad –dijo Seb conteniendo una sonrisa–. Cuando Paul me ha dicho que te había visto caminar en esta dirección, no me lo podía creer.

–Me gusta este sitio. Es tranquilo.

El río transcurría por el fondo del valle arbolado.

Hawksley estaba al otro lado de la colina. Allí estaba sola, lejos de miedos, preocupaciones y nervios.

–Era uno de mis sitios favoritos cuando era joven. Hay una zona para nadar detrás de aquel recodo.

–Calla, mira –dijo Daisy, tomándolo del brazo y señalando–. Allí hay otra. ¿Crees que será la pareja?

Dejó caer el brazo y volvió a enfocar con la cámara antes de apretar el botón.

–Son muy territoriales, así que quizá tengamos la suerte de presenciar un apareamiento. Y dentro de dos meses, crías. Por cierto, que se aparean debajo del agua.

–Parece que la hembra intenta escapar.

–El macho tiene que perseguirla hasta que acceda.

–¡Típico del macho!

Permanecieron allí unos minutos más, incapaces de respirar, tratando de que los animales no se dieran cuenta de su presencia, hasta que la hembra desapareció río abajo perseguida por el macho y los perdieron de vista.

–Ha sido increíble –dijo Daisy, volviéndose hacia Seb emocionada–. No me puedo creer lo que acabamos de presenciar. Sería un reportaje fantástico documentar desde el apareamiento al nacimiento de las crías.

–No sabía que te interesara fotografiar la naturaleza.

Sus palabras le hicieron recordar la expresión de incredulidad del rostro del editor. Naturaleza, moda y arte eran temas intelectuales. ¿Las bodas? Simplemente no.

–Me interesa cualquier cosa bonita y maravillosa – afirmó, sintiendo una mezcla de rabia y vulnerabilidad–. ¿Pensabas que era demasiado superficial como para apreciar la naturaleza?

Seb la tomó por los hombros, obligándola a girarse para mirarlo. Sus ojos echaban chispas.

–No pongas esas palabras en mis labios, Daisy.

–Pero era eso lo que querías decir, ¿verdad? –dijo tratando de

zafarse–. Una esposa fotógrafa de naturaleza encajaría mejor contigo. Sería mucho más intelectual que una tonta y frívola que se dedica a fotografiar bodas.

–¿Cómo demonios has llegado a esa conclusión? Esto no tiene nada que ver conmigo, sino contigo. ¿Por qué siempre piensas mal de ti? La única persona que se menosprecia eres tú, Daisy Huntingdon-Cross. Hacer fotos de bebés, de bodas, de gatos, de nutrias, me da igual. Pero no me culpes de todas tus inseguridades. No entraré en el juego.

–¿Por qué? ¿Porque eso supondría reconocer que sientes algo?

Daisy se daba cuenta de que lo que decía no tenía sentido, de que estaba revolviendo unas emociones y unos sentimientos que era mejor dejar estar. Estaba provocando una discusión sin pretenderlo.

–Dios no quiera que el altivo conde de Holgate tenga sentimientos –añadió.

–No voy a entrar en esto, Daisy. Ya te he dicho que no quiero vivir así. Si quieres discutir, ve a hacerlo con tu madre, pero no lo hagas conmigo.

Daisy tembló. El esfuerzo de contener las palabras era demasiado. Además de la rabia y la ira, surgió otra emoción: vergüenza. Porque Seb tenía razón. Estaba provocando una discusión para hacerle reaccionar.

Y también tenía razón en otra cosa: estaba culpándolo de sus inseguridades. Había sido muy franco con su trabajo; había bromeado sobre él, pero a la vez la había apoyado cuando lo había necesitado. Y aunque pensara que las bodas eran frívolas, había alabado muchas de sus fotos.

–No he sido justa –dijo ella con suavidad–. No sé si es el estrés por la boda, las hormonas del embarazo o la falta de sueño, pero siento haberte provocado.

Él se quedó de piedra con una extraña expresión en la cara.

–¿Lo sientes?

Los labios de Seb se curvaron en una media sonrisa.

–Ya sabes que tengo dos hermanas. De niñas, solíamos pelearnos con frecuencia.

Seb suavizó su expresión.

–¿Estás lista para volver? Voy a enseñarte dónde solía hacer mi guarida.

Daisy reconoció una nota conciliadora en su voz y aceptó la ofrenda de paz.

–Nosotras teníamos una casita en un árbol, pero nos la construyeron.

–Ya me lo imagino.

Fuera lo que fuese lo que estuviera imaginándose, no debía de estar lejos de la realidad.

Siguieron paseando y compartiendo una charla relajada, sin que ninguno de los dos se refiriera a lo que había pasado antes.

Daisy no podía quitarse de la cabeza que él había sido el primero en reaccionar. Había percibido la ira en sus ojos, en su voz, en sus palabras. Lo había hecho saltar aunque no lo admitiera. ¿Acaso era eso un avance?

No lo sabía, pero, al menos, era una prueba de que sentía algo y eso le daba esperanza.

–Son muy buenas, Daisy.

–No sé.

Daisy se mostraba muy crítica con los archivos que le estaba enseñando y Seb no entendía por qué. Todas las fotos, tanto las de blanco y negro como las de color, habían captado la esencia de la nutria. Al parecer, sentía por sus fotos, lo mismo que él por sus palabras; por más vueltas que les diera, siempre podían ser mejores.

–Lo que me hubiera venido bien habría sido un buen escondite. Preferiblemente con cojines y un aseo al lado.

–Pensé en abrir una ruta de senderismo, pero atraería a más gente.

–¿Y cuál es el problema? –preguntó ella, levantando la vista del ordenador.

–Esta es mi casa –contestó Seb, tratando de contener la irritación que sentía–. ¿Te gustaría que hubiera gente recorriendo Huntingdon Hall a todas las horas del día?

Ella se echó hacia atrás, con sus ojos azules fijos en él.

–Solemos abrir el pabellón. Mis padres organizan galas benéficas y tradicionalmente la fiesta del pueblo, y cualquier otra cosa que se quiera celebrar, se hace en el pabellón. Siempre hay algo. Y sí, tienen unos jardines amplios, pero no son comparables a Hawksley. ¿No crees que eres muy egoísta teniéndolos cerrados?

¿Egoísta? Las palabras eran la especialidad de Seb y en aquel

momento se había quedado sin herramientas.

–Dejo que la gente visite el castillo.

–Sí, pero solo algunas zonas, los fines de semana de mayo a septiembre y en horario de once a tres.

–También alquilo el pabellón.

–Solo los sábados.

–Así hemos hecho siempre las cosas.

Era consciente de que su respuesta no había sido la más apropiada, pero hasta que no tomara algunas decisiones, era todo lo que podía decirle.

–Lo sé.

–¿Pero?

–Pero ahora las cosas son diferentes. Tienes que empezar a llevar la finca como una empresa y no como un entretenimiento.

–¿Qué crees que he estado haciendo estos últimos meses? Apenas he podido tocar un libro de mi investigación. He estado haciendo todo lo posible por obtener subvenciones y ayudas.

–Eso no va a ser suficiente –dijo Daisy, y bajó la mirada a la pantalla del ordenador–. No quería enseñarte esto hasta que lo tuviese más avanzado. No está terminado todavía.

–¿Enseñarme el qué?

Apretó un botón y le dio la vuelta al ordenador para que pudiese ver la pantalla.

–¿Una presentación de diapositivas?

Daisy se sonrojó.

–Sé que es un poco exagerado, pero no se me ha ocurrido otra forma de presentarlo.

–Vamos, adelante, sorpréndeme –dijo él en tono despectivo.

¿Qué demonios se le habría ocurrido a una fotógrafa de bodas que había sido expulsada del colegio con dieciséis años para salvar a Hawksley que no se le hubiera ocurrido a él? Pero, si iba a ser su casa, al menos debía escucharla.

–Muy bien, quiero que tengas la mente abierta, ¿de acuerdo?

Él asintió, a pesar de que había levantado una barrera.

–Esta es la casa de campo Chesterfield. La casa, el terreno y la finca son de dimensiones similares a Hawksley. Esta casa lleva abriendo quince años al público. Ofrecen senderismo y ocio al aire libre.

–Un dineral en seguros.

–La siguiente –dijo Daisy mientras en la pantalla aparecía una magnífica casa de estilo Tudor–, es conocida porque en ella se han rodado películas y también porque se celebran banquetes de temática medieval.

–¿Se disfrazan? No hablas en serio.

Daisy no contestó y se limitó a enseñarle foto por foto, mansiones repartidas por todo el Reino Unido, y a explicarle las distintas maneras en que habían atraído visitantes.

Los latidos de Seb se fueron acelerando con cada imagen. Todo lo que le estaba mostrando lo había considerado. Cada conclusión que le presentaba, ya la había sacado él. Y también rechazado.

Gastar dinero sin pensar en las consecuencias había estado a punto de arruinar Hawksley en una ocasión. Sus padres habían permitido entrar a las cámaras y solo había servido para alimentar su narcisismo.

No podía tomar esa dirección de nuevo. ¿Acaso no lo entendía? Pensaba que se había dado cuenta, pero era evidente que se había equivocado. Seb respiró hondo, se irguió en su asiento y se cruzó de brazos.

–Así que a la gente le gustan las casas señoriales.

–Hawksley tiene dos cosas que las demás no tienen.

–¿Cuáles?

–Su peculiar aspecto y a ti, un eminente historiador.

Escucha, he estado hablando con Paul…

–Has estado ocupada –comentó él, entornando los ojos.

Ella levantó la barbilla.

–La granja se mantiene sola, el pueblo también, pero las cuentas del castillo no salen. Puedes pedir todas las ayudas que quieras, pero eso no va a arreglar el tejado y tampoco sustituirá el dinero que tu familia despilfarró, el fondo del fideicomiso destinado a pagar las facturas del castillo y el coste de vida del conde y su familia. Ahora mismo apenas tienes para comprar otra tostadora.

Era una exageración, pero se le encogió el estómago al escuchar sus palabras. ¿Acaso pensaba que no lo sabía? ¿Acaso no se pasaba las noches en vela pensando en la manera de resolverlo?

–Pero, Seb, hay muchas maneras de que el castillo genere los ingresos que se necesitan. Empieza por usar el torreón, además del pabellón, para bodas y fiestas también. Coloca una estructura de madera y carpas entre sus muros, como han hecho en Bexley. Abre

todos los días de la semana desde Pascua a septiembre, y todos los fines de semana durante el resto del año –dijo Daisy, y se detuvo un momento antes de continuar–. Organiza tours en la casa principal.

Seb sintió que le daba un vuelco el corazón ante la sola idea de tener desconocidos recorriendo su casa.

–¡No!

–No me refiero a accesos ilimitados, sino a tours con reserva y pago adelantado. Abre una tienda, rutas de senderismo y zonas de recreo. Podríamos destinar alguno de los edificios anexos a residencias de vacaciones y alojamientos para bodas.

–¿Con qué?

–Queda algo de capital.

–¿Quieres que apueste todo lo que queda y acabe con lo que mi padre empezó?

–Apostar no, invertir.

–Y mientras tanto, ¿a qué me dedico? ¿A comportarme como un conde, como si fuera el lord medieval de una mansión?

–Eres el lord de la mansión.

–Para ti, todo lo que cuenta es la fama, ¿no? Dices que no la quieres, pero no ves lo evidente: las fotos, los periódicos, el público…

–No –dijo ella poniéndose de pie–. Pero para un sitio como Hawksley, la publicidad bien llevada puede ser beneficiosa. Venga, Seb –continuó–, sabes que tengo razón. Solo tienes que fijarte en tus libros.

–Son mi trabajo. Esto es mi hogar.

Daisy se mordió el labio inferior. Su mirada era de preocupación.

–No puedes ver más allá de tus miedos. Estás tan decidido a hacer las cosas a tu manera que no ves otras opciones.

Seb frunció los labios, disgustado.

–¿Te refieres a los dichosos programas de televisión?

–Serían un buen comienzo.

–Pensé que lo entendías –dijo él con amargura.

–Sí, pero quieres casarte conmigo y que te dé un heredero. ¿Un heredero de qué, de preocupaciones, de deudas, de miedos? ¿O de un negocio próspero y de un hogar con historia?

Seb empujó hacia atrás su silla y se levantó.

–Hawksley es mío, Daisy. ¡Mío! Ya se me ocurrirá una forma de arreglar esto.

–¿Y yo no puedo decir nada?

No era lo que Seb había querido decir y lo sabía.

–Deja de tergiversar mis palabras y de montar un drama. Pero Daisy no estaba dispuesta a ceder.

–No puedes hacerme callar de esta manera cada vez que opinamos de manera diferente. Así no funcionan los matrimonios.

–No pretendo hacerte callar.

Simplemente no quería discutir. ¿Qué había de malo en eso?

–Lo estás haciendo. Si vamos a hacer esto, tenemos que ser compañeros. Tengo que poder contribuir sin que me acuses de provocar enfrentamientos. Tengo que formar parte de tus decisiones y de tu vida.

Seb no pudo contestar. No sabía qué decir. No esperaba que saltara de aquella manera. Era evidente que la había subestimado. ¿Qué esperaba, una compañera complaciente que le calentara la cama y estuviera de acuerdo en todo con él?

El corazón se le aceleró y las manos se le humedecieron por el sudor.

–Eso no es lo que quieres, ¿verdad? –susurró ella–. Te parece bien que redecore algunas habitaciones, pero no quieres saber mi opinión sobre lo que verdaderamente importa. Tienes razón. De todas formas, ¿qué sabe una mujer sin estudios y con inclinaciones románticas?

–Eso no es lo que he dicho.

–Es lo que piensas.

Seb no podía negarlo.

–Sé que dije que podía hacer esto, pero no estoy segura de querer ser la mujer que te caliente la cama y que críe a tus hijos sin formar parte de tu vida.

–Me prometiste intentarlo.

–Lo he intentado.

Aquellas palabras parecían brotar directamente del corazón. Por un lado, quería dar un paso y abrazarla, asegurarle que todo saldría bien. Por otro lado, quería huir de las emociones.

–¿Qué me estás diciendo? ¿Que cancelemos la boda?

Ella tragó saliva.

–No sé. Sé lo importante que es esta boda por el bien del niño, pero también tengo que pensar en mí. Necesito tiempo, Seb, necesito estar sola para saber qué es lo que quiero. Lo siento.

Mientras buscaba las palabras adecuadas para hacer que se

quedara, Daisy salió de la habitación. Entonces se dio cuenta de que la había perdido y no tenía ni idea de cómo volver a recuperarla.

Capítulo 11

Se había dejado su cámara favorita en Hawksley. También el ordenador y la mitad de sus sombreros, pero, en aquel momento, lo que necesitaba era su cámara, encontrar un tema y concentrarse en él.

Daisy tenía la mirada perdida más allá del parabrisas. Tenía otras cámaras en su estudio, pero volver allí en aquel momento, sería admitir su fracaso.

Aunque lo cierto era que había fracasado.

Había intentado cambiar las reglas. Ni siquiera se habían casado y ya había empezado a interferir. Se echó hacia delante hasta que apoyó la cabeza en el volante. Era una estúpida.

Lentamente, se enderezó y tomó con fuerza el volante. Se sentía mejor que nunca, como si por fin hubiera salido de su crisálida.

Había disfrutado recabando la información. Nunca antes había preparado un plan de negocio.

Nunca había abierto sus horizontes ni había pensado que fuera capaz de hacer otras cosas. Se había escondido tras la cámara como Seb se escondía tras sus títulos.

Su intención había sido ayudarlo. Había visto cómo se estaba esforzando por sacar adelante su carrera y su finca, sus expectativas del pasado y sus preocupaciones del presente.

Pero Seb no quería su ayuda, no la necesitaba.

Dejándose llevar por su instinto, empezó a conducir, siguiendo las señales de tráfico hasta llegar a la que había sido su casa de niña.

Detuvo el coche, apagó el motor y sintió alivio. Allí era donde quería estar.

Hacía mucho tiempo que no volvía a casa a contar sus problemas. Tal vez pedir ayuda no fuera un signo de debilidad, sino de madurez.

Huntingdon Hall tenía una luz dorada a aquella hora de la tarde. Daisy se detuvo y contempló la fachada. Era un hogar familiar lleno de amor, cuidado y acogedor.

Pero hacía tiempo que ya no era su casa. Cerró los ojos un instante y visualizó el torreón normando, aquella torre de más de mil años reflejada en el agua. ¿Cuándo había empezado a considerar Hawksley como su hogar?

Las puertas de la cocina estaban abiertas y subió corriendo los escalones. Dentro, todo estaba tan inmaculado como de costumbre en aquella amplia estancia que hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar.

Había dejado ese lujo y confort con dieciocho años, convencida de que era la oveja negra de la familia. Las lágrimas inundaron sus ojos al contemplar el montón de fotografías que colgaban de las paredes. No eran las carátulas de los discos de su padre ni las más famosas portadas de su madre, sino fotos de las hijas, desde bebés hasta la actualidad.

¡Cuánto les habría costado verla marchar, permitirle tener libertad para cometer sus propios errores!

–Hola, Daisy. ¿Está tu madre contigo? –preguntó su padre mirando alrededor.

–No, sigue mareando a la empresa de catering y obsesionada con los peinados –respondió ella, fundiéndose en un abrazo con su padre.

¿Cuánto tiempo hacía que no se dejaba abrazar de aquella manera?

–Hola, papá.

–Me alegro de verte, mi pequeña Daisy –dijo Rick apartándose para mirarla–. Pareces cansada. ¿Tu madre te está volviendo loca?

–Creo que mamá y tú hicisteis muy bien escapándoos para casaros.

–Nos ahorró muchos quebraderos de cabeza –convino él con mirada de preocupación–. ¿Quieres beber algo?

–Agua, por favor.

Después de tomar el vaso que le había servido, fueron a sentarse

a los sofás que había junto a las ventanas.

Había empezado a recrear aquel ambiente en la cocina de Hawksley, lijando y pintando los armarios en gris claro, y colocando un sofá cerca de los fogones. Poco a poco, estaba convirtiendo las pocas estancias que Seb y ella usaban en rincones cálidos y acogedores, en un hogar familiar.

–Tengo la sensación de que debería darte algún consejo –dijo Rick sentado frente a ella, con una cerveza en la mano–. Después de tres hijas y tres décadas de matrimonio, uno pensaría que algo he aprendido. Pero lo único que tengo claro es que no hay que irse a la cama enfadado, hay que levantarse dando gracias por lo que se tiene y siempre hay que intentar comprender el punto de vista de la otra persona. Si consigues hacer todo esto, te irá bien.

–Qué curioso –comentó ella sonriendo–. Mamá dice algo parecido.

–Bueno, tu madre es una mujer sabia –dijo Rick después de dar un sorbo a su cerveza.

Daisy recogió las piernas sobre el sofá y se recostó en el reposabrazos, abrazada a un cojín. Entornó los ojos y dejó que los sonidos y olores de la casa de su niñez la reconfortaran. Después de unos minutos, Rick se levantó y lo oyó traquetear mientras preparaba la comida. Daisy cerró los ojos y se dejó llevar por el sopor, sintiéndose segura por primera vez en mucho tiempo.

–Aquí tienes. Sé que a las novias os gusta adelgazar antes de la boda, pero, si sigues haciéndolo, tendré que cargar contigo hasta el altar.

Daisy se incorporó al ver que le ponía una bandeja delante.

–Mi comida favorita.

Las lágrimas volvieron a inundar sus ojos al ver un sándwich de queso fundido y tomate y un cuenco de sopa de tomate, sus platos preferidos de niña.

–Gracias, papá.

Su padre no dijo nada mientras comía. En lugar de eso, tomó una de las muchas guitarras que había por los rincones de la casa y empezó a tocar. Su incapacidad de estarse quieto solía incomodar a Daisy, pero en ese momento agradecía aquella música envolvente.

Como de costumbre, con el estómago lleno se sintió mejor. Rick se puso a cantar la letra con aquella voz profunda que lo había convertido en una estrella mientras Daisy llevaba los platos vacíos al fregadero.

–He pensado que sería mejor cantarte que darte un discurso –dijo, con un brillo especial en los ojos.

No podía seguir mintiendo. De nuevo, volvería a ser considerada la hija problemática. Quizá se lo merecía.

Estaba cansada de hacerlo todo sola, cansada de dejar a su familia apartada, de hacerse siempre la dura y de anteponer su independencia a todo lo demás. Quizá eso era lo que significaba hacerse mayor, no salir huyendo, sino saber cuándo aceptar ayuda. El día en que Seb la había ayudado en aquella boda, había sido uno de los mejores de su vida. Había llegado a depender de él.

El estómago se le encogió por los nervios. No encontraba las palabras adecuadas.

Se volvió y lo miró directamente a los ojos.

–Estoy embarazada, papá, y no sé qué hacer.

Su padre tardó en reaccionar. Apartó los dedos de la guitarra y lentamente dejó el instrumento a un lado. Luego se levantó, se acercó a Daisy y la rodeó con sus brazos como si no fuera a dejarla escapar nunca. Finalmente, Daisy dejó correr las lágrimas que tanto tiempo llevaba conteniendo y empezó a sollozar.

–Está bien, mi pequeña Daisy –dijo su padre acariciándole el pelo como si fuera una niña–. Está bien.

Pero no pudo parar. Su padre la acompañó al sofá y le llevó otro vaso de agua y varios pañuelos de papel.

–Espera, si algo he aprendido viviendo con tantas mujeres es que hay un remedio infalible en estas situaciones –dijo acercándose a la nevera para sacar una tarrina de helado–. Aquí tienes, Daisy –añadió dándoselo junto a una cuchara.

Durante un rato, no dijo nada más y se limitó a observarla mientras disfrutaba de aquella delicia de chocolate.

–Supongo que no ha sido planeado, ¿verdad?

–Así es.

–¿Cuánto hace que lo sabes?

–Un mes –respondió sonrojándose–. Hace tres semanas que se lo dije a Seb.

–¿Por eso vais a casaros?

–Por Hawksley y por el título. Si no es un hijo legítimo…

–Tonterías –dijo su padre acomodándose en su asiento–. ¿Le quieres, Daisy?

Le gustaba y lo deseaba. El pelo cayéndole sobre la frente, sus ojos verdes, su aspecto atlético inusual en un académico, la manera

en que la escuchaba y le hacía preguntas, cómo la respetaba, cómo le hacía sentir que podía contribuir con algo… hasta ese día.

–No es una pregunta tan difícil, Daisy. Cuando lo sabes, lo sabes.

–Sí –contestó sorprendida–. Sí, le quiero, pero él no me quiere y por eso no sé qué hacer. No sé si puedo casarme con él. No sé si soy capaz de pronunciar esas palabras a alguien que no quiere oírlas y que él me las diga sin sentirlas.

–¿Tanto significa el amor para ti?

Daisy se acarició el vientre. Deseaba a aquel bebé y ya lo quería. ¿Privarle de su legado y criarlo en un hogar triste?

–Con el ejemplo que me habéis dado, sí. Quiero un marido que me mire como tú miras a mamá. Eso es lo que siempre he querido. Pero ya no es solo por mí. Oh, papá, ¿qué voy a hacer?

Su padre la envolvió en sus brazos, deseando que fuera una niña pequeña otra vez.

–Eso tienes que decidirlo tú. Pero recuerda una cosa: pase lo que pase, aquí nos tienes. Sé lo independiente que eres, pero no estás sola.

La soledad había sido su compañera durante tantos años que no se había dado cuenta de cuándo lo había dejado.

Ahora que había vuelto, la sentía más que nunca.

Aquella época del año en la que la naturaleza despertaba del largo letargo invernal le gustaba mucho. No era tan evidente en Oxford como en Hawksley, en donde cada día se percibía algo diferente.

Oxford. Había sido su prioridad durante mucho tiempo, su único objetivo. Había querido destacar en su campo y casi lo había conseguido.

Pero, de repente, ya no parecía tan importante. Era más bien un recuerdo que una pasión. ¿La investigación? Sí, echaba de menos llevar el pasado al presente y transcribirlo para el público moderno. Pero no echaba de menos la burocracia universitaria, las calles llenas de turistas y el bullicio de la ciudad.

Su sitio estaba en casa, pero solo no. Ya había estado mucho tiempo solo.

Volvió sobre sus pasos, salió del bosque, subió la colina y vio el castillo Hawksley, junto al lago. El torreón normando, gris, vigilante sobre las aguas y flanqueado por el pabellón Tudor de yeso blanco.

Al fondo, la casa, un modelo de la arquitectura neoclásica georgiana.

Daisy tenía razón. Era un entorno perfecto para una serie de televisión.

Seb sintió que el corazón se le encogía de dolor. ¿Y si no volvía? ¿Cómo le explicaría a su madre su ausencia? Los invitados habían empezado a llegar al pueblo. Si la boda se cancelaba, la repercusión sería enorme.

Volvió a sentir las náuseas habituales y la frente se le cubrió de sudor, pero no por los posibles titulares y los malintencionados comentarios, sino ante la idea de que se cancelara la boda.

Lentamente, emprendió el regreso hacia el castillo. No era una boda que deseara. Era un compromiso que había tenido que asumir por el bebé. ¿O acaso no era así?

Mirando a Daisy mientras leía aquella larga lista de nombres, había sabido que no podía negarle la boda de sus sueños. Lo cierto era que no podía negarle nada. Quería darle todo, a pesar de que no lo aceptara por lo orgullosa que era.

Era una mujer trabajadora y sincera, que se minusvaloraba y permitía que los demás también lo hiciesen, ocultándose tras su carmín rojo y su cámara.

No debía de haberle resultado fácil preparar aquella presentación y enseñársela, y él había desdeñado su entusiasmo.

Se sintió avergonzado. No había querido escucharla y aceptar que se le hubiera ocurrido algo que a él se le hubiera escapado. No había querido admitir que estaba en el camino equivocado.

Llevaba tanto tiempo asegurándose de no ser como sus padres que se había convertido en alguien como su abuelo, convencido de tener siempre la razón y negándose a aceptar que el mundo había cambiado a pesar de que sus empleados y sus ingresos habían mermado mientras las facturas se habían multiplicado.

El camino de vuelta se le hizo largo, lastrado por la vergüenza y un sentimiento de culpabilidad. Daisy tenía razón: tenía que hacer cambios cuanto antes.

Tenía que empezar por la finca. Por mucho que deseara meterse en el coche y correr a su encuentro para pedirle perdón, tenía que hacer algunos cambios primero. Así podría demostrarle que la había escuchado y que valoraba su esfuerzo, que la valoraba a ella.

Seb se quedó parado, sintiendo los fuertes latidos de su corazón.

¿Qué significaba aquel interés por hacer lo que fuera necesario

para demostrárselo? ¿Sería amor?

Lo había convertido en una mejor persona. Tenía que corresponderle aunque le llevara el resto de su vida.

La oficina desde la que se dirigía la finca estaba, como de costumbre, desordenada. Era un lugar inhóspito y abarrotado de papeles, muebles viejos, herramientas y archivos a rebosar. Seb se sentó en el decrépito sillón y miró las desvencijadas estanterías. Así no se podía llevar una propiedad del tamaño de Hawksley.

Tomó un cuaderno y buscó una hoja en limpio. Había muchas posibilidades y se quedó pensativo un momento, paralizado por lo mucho que tenía que hacer.

Porque aquello ya no tenía que ver solo con él, sino con su hijo, con su herencia, con el hombre que era y con el que quería ser. Y también con su futura esposa.

Lo primero que tenía que hacer era reconocer que necesitaba ayuda. No podía hacer todo aquello solo por mucho que quisiera.

Destapó el bolígrafo y empezó a escribir:

1. Dimitir en la universidad.

Seb se echó hacia atrás en el asiento y se quedó mirando aquellas palabras, a la espera de sentirse triste o fracasado. Todavía le quedaban muchas cosas por conseguir, como el puesto de profesor invitado en Harvard. ¿Estaba dispuesto a prescindir de su carrera académica? Todavía podía publicar otros diez libros éxitos de ventas, pero sin sus credenciales universitarias no significarían nada, al menos ante sus colegas.

Aquellas emociones no se materializaron, todo lo contrario. La carga que llevaba sobre los hombros se aligeró.

Volvió a echarse hacia delante.

2. Contratar a un administrador de fincas rústicas.

Daisy tenía razón. ¿De qué servía que se quedara levantado

hasta tarde organizando la rotación de cultivos y el cuidado del ganado? Había hecho lo que había podido, pero apenas sabía más que un aprendiz de ganadero. Si contrataba a un administrador, podría emplear su tiempo libre en escribir y en su propia casa. Lo que le llevaba a un tercer punto. Si reconocía que Hawksley era algo más que una casa familiar, que era un legado con vida, empezaría a tratarlo como tal.

3. Ordenar y redecorar las oficinas.

Entonces podría…

4. Contratar a un organizador de eventos.

5. Hablar con el abogado para usar los fondos del fideicomiso e invertir en la finca.

¿Qué era lo que Daisy había sugerido? Montar una estructura en el interior del torreón normando. Eso podría funcionar y mantener la seguridad de las ruinas, a la vez que proporcionar un lugar seguro y acogedor para bodas y fiestas. Al parecer, los banquetes de temática medieval iban a ser inevitables. Mientras no tuviera que vestirse con mallas.

¿Qué más? Residencias de verano, rutas de senderismo… Trató de recordar. Había sido esa misma mañana. ¿Cómo era posible que hubieran pasado tan pocas horas? Daisy se había dejado el ordenador allí. Necesitaba echarle un vistazo y ver qué otras ideas se había perdido.

Pero había una cosa más que añadir a la lista.

6. Decirle a mi agente que estoy dispuesto a considerar ideas para

la televisión.

La habitación de Daisy estaba como siempre. No parecía haberse marchado. Seb se quedó en la puerta y percibió el olor del perfume de flores que solía usar.

¿Cuándo había empezado a asociar aquel olor con su hogar?

Quería tenerla a su lado, con sus sombreros y todo lo que necesitara para sentirse como en casa y no al otro lado de la puerta. La suya sería una estupenda habitación para el bebé, si volvía.

Atravesó el dormitorio y se dirigió al pequeño cuarto que Daisy utilizaba como despacho. Su ordenador portátil seguía abierto y, al tocar una tecla, se iluminó y en la pantalla apareció la presentación. Seb empezó a leerla desde el principio.

Había dedicado mucho tiempo a aquello. Solo había considerado otras fincas comparables en tamaño y había incluido toda la información que había conseguido, desde el precio de las entradas, el número de empleados o las horas de apertura. Eran unos datos muy valiosos que constituían la base para un plan de negocios.

Cerró el archivo y se recostó en el asiento. ¿Cómo podía compensarla?

Estaba a punto de cerrar el ordenador cuando un archivo llamó su atención bajo el título de Hawksley. ¿Serían más datos? Sintiendo curiosidad, lo abrió.

Eran más fotos. Sus labios esbozaron una sonrisa al ver su propiedad bajo la perspectiva de Daisy: fotos panorámicas, primeros planos, voluntarios trabajando, la granja. Era una crónica detallada de Hawksley. Entendía la vida allí seguramente mejor que él. Era mucho más que la madre de sus hijos y que la señora de aquella enorme, complicada y querida casa.

Era perfecta.

Apareció otra foto, esa vez en blanco y negro, de Seb. Estaba sentado a su mesa, leyendo con el ceño fruncido. Se le veía cansado y estresado. Resumía muy bien los últimos meses.

En otra imagen, también de Seb, se le veía apoyado en un tractor hablando con uno de los granjeros, feliz y relajado. En la siguiente, en Oxford, gesticulando y con mirada intensa mientras hablaba. Y así, muchas más.

No solo entendía lo que era Hawksley, lo comprendía a él también.

Cerró el ordenador y se echó hacia atrás, recordando otras imágenes. La de la muchacha atrapada en la nieve, desesperada por cumplir su promesa a una pareja que ni siquiera conocía. La de la misma muchacha más tarde aquella noche, con los ojos entornados por el éxtasis, rodeándolo con las piernas.

La expresión de sus ojos al decirle que estaba embarazada, su reacción ante su proposición, su deseo de ser amada, deseada y valorada.

¿La quería lo suficiente? ¿La deseaba lo suficiente? ¿La valoraba lo suficiente? ¿Se la merecía?

Seb apretó los puños. Le gustaba tenerla allí y despertarse a su lado, el aire fresco y la vida que había llevado a su viejo hogar. Le gustaba cómo usaba su cámara de escudo, lo mucho que trabajaba y lo seriamente que se tomaba cada boda. Le gustaba su forma de vestir y el intenso rojo del carmín de sus labios. Le gustaba cómo se fijaba en cada detalle por pequeño que fuera y lo hacía especial.

Le hacía sentirse especial.

Le gustaba todo de ella. La amaba.

Iban a casarse en unos días. Para él era un asunto de negocios sellado con un anillo de diamantes. Era un imbécil.

Abrió de nuevo el ordenador y picó en el correo electrónico. Necesitaba la dirección de su hermana Rose. Tal vez no fuera demasiado tarde para arreglarlo y pudiera llevarla de vuelta a casa.

Capítulo 12

–Hola.

No era la palabra más adecuada. Daisy se quedó sin respiración al ver a Seb detenerse y mirarla. Estaba pálido y tenía ojeras, como si no hubiera dormido, y una pequeña sensación de victoria la asaltó.

–Hola.

Él dio un paso adelante y se detuvo, como si estuviera delante de un animal salvaje a punto de saltar.

Había refrescado y Daisy se resguardó de la brisa que soplaba abrazándose.

–¿Cómo has sabido que estaba aquí?

–No lo sabía. He ido antes al estudio.

¿Qué significaba eso? ¿Había conducido durante tres horas para buscarla? Una llama de esperanza prendió en ella.

–Siento haberme marchado sin decir nada. Sé cuánto odias los arrebatos emocionales, pero necesitaba espacio. –Lo entiendo –dijo Seb, y tragó saliva–. He estado pensando mucho.

–¿Sobre qué?

–Sobre Hawksley, mis padres, el trabajo. Realmente, sobre todo.

Daisy intentó desviar la mirada, pero no pudo apartar los ojos de la boca de Seb.

–¿Sabe mi madre por qué me he marchado?

Sherry llevaba una semana durmiendo en el castillo, dedicada a la boda de su hija. ¿Cómo le diría que lo había hecho por nada?

–No, solo le he dicho que necesitabas un poco de espacio. Violet

y ella han ido a decorar el estudio.

–¿Para qué? –dijo Daisy, y sintió que el estómago le daba un vuelco al caer en la cuenta–. Oh, no, la despedida de soltera. Iba a ser algo tranquilo.

–Tengo la sensación de que las cosas se han complicado un poco. Violet estaba muy emocionada porque iba a comprar unas pajitas especiales.

–¿Pajitas?

–Pajitas con formas anatómicas.

–¿De veras? ¿Vi iba a comprarlas?

–No quería decirles que tal vez no las necesitaran. Antes quería hablar contigo. Además, siempre es bueno tener a mano un puñado de pajitas con forma de pene –dijo esbozando su habitual media sonrisa.

Daisy apretó los puños para no alargar la mano y acariciarle la mejilla.

–Lo tendré en cuenta.

Se le había olvidado todo lo que había pensado decirle. Daisy había estado ensayando toda la noche, pero al final fueron las palabras de su padre las que surgieron en su cabeza: «Cuando lo sabes, lo sabes».

Sabía que lo amaba. Con solo mirarlo, deseaba abrazarlo y sentir sus brazos rodeándola, dejar que sus besos suprimieran sus miedos. Pero no. Los besos estaban restringidos para el dormitorio. Y por deliciosos que fueran, no eran suficientes.

–Seb.

Él dio un paso más y se detuvo ante ella.

–No llevas sombrero –observó, acariciándole el pelo–, ni carmín –añadió deslizándole un dedo por el labio inferior.

Daisy separó los labios y se estremeció.

–No he traído ninguna de mis cosas.

Se había puesto lo primero que había encontrado en el armario de Violet: unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Con aquella ropa normal, se sentía desnuda. No podía ocultarse tras ella.

–Estás muy guapa con lo que te pongas –dijo Seb con voz profunda.

A Daisy se le doblaron las rodillas al levantar la mirada y ver aquel fuego en sus ojos. Se le secó la boca. Lo único que deseaba era unir sus labios a los de él y dejarse llevar.

–No puedo –dijo ella deteniéndolo con la mano.

–Daisy.

Sabía que a pesar de lo que le dijera para convencerla, había palabras que nunca le diría, por mucho que deseara oírselas decir.

–¿Por qué no vuelves conmigo? No –continuó él rápidamente al verla negar con la cabeza–, no me refiero para siempre. Quiero enseñarte una cosa ahora.

Tantas buenas intenciones, para nada. Pero en algún momento iba a tener que volver, ¿no? Tenía que recoger sus cosas y ayudar a su madre a desmantelar la boda a la que había dedicado tres semanas para organizarla.

Tenía que decidir qué era mejor, si mantener su palabra o anteponer al bebé. El problema era que todavía no sabía qué hacer, si dar prioridad a su corazón o al bebé.

Daisy comenzó a caminar sin tener un destino claro. No podía parar de moverse. Seb se colocó a su lado mientras rodeaba la esquina al final de los establos.

–Pensaba que este último establo podía convertirse en un gran estudio. Podrías hacer lo que quisieras con la luz. Sé que quieres seguir haciendo reportajes de bodas y está bien, pero, si quieres dar a conocer tu otro trabajo, podríamos tener aquí una galería.

¿Era aquello lo que quería enseñarle? ¿Una forma de que su carrera pareciera más interesante?

–¿Una galería?

–Solo si quieres. Sé cuánto te gustan las bodas, pero tus otras fotos son muy buenas. Lo que tú quieras.

–Es un espacio estupendo, solo que…

–Es solo una idea. Esta es tu casa también, Daisy. Solo quiero que sepas que te apoyo en todo, al igual que tú me apoyas a mí.

Parecía sincero. Quizá el día anterior aquellas palabras habrían sido suficientes. Sentía un nudo en la boca del estómago. No podía estarse quieta. No sabía qué decir o qué hacer.

La carpa estaba montada al fondo del patio y la curiosidad la llevó hasta allí. No había estado dentro después de que la habían decorado.

–Vaya.

Había cintas de seda amarilla cubriendo el techo, creando una exótica bóveda sobre la pista de baile. En un extremo se habían

colocado las mesas para el buffet, con manteles amarillos.

Daisy miró a su alrededor y recorrió la carpa, tratando de imaginarse si en cuarenta y ocho horas estaría llena de bullicio o si habría que desmontarla.

Un toldo conectaba la carpa con la puerta del gran pabellón como precaución por si llovía. Las grandes puertas de roble estaban abiertas y entró con Seb a su lado.

–Vaya, esto es precioso.

Aunque había visto aquel pabellón decorado para varios acontecimientos, nunca lo había visto así.

Al fondo estaba el estrado con una sencilla mesa blanca y varias sillas, flanqueado a cada lado por unas urnas blancas con los arreglos de flores que Violet había preparado. De la pared del fondo colgaba un pesado tapiz con el escudo de armas de Seb.

Frente al estrado había filas de sillas con fundas blancas y en el pasillo, una alfombra amarilla a la espera de que la recorriera.

–Mi madre ha hecho un gran trabajo.

–Los empleados han hecho tres pruebas para comprobar que pueden tener listas las mesas en la hora y media que tu madre ha programado para las bebidas, los canapés y las fotografías. Si hace bueno, fuera, si no, en la carpa. Todo está dispuesto en perfecto orden: los manteles, las decoraciones de las mesas, las tarjetas con los nombres… Tu madre debería gobernar el país –añadió Seb, mostrando su media sonrisa–. Sus dotes organizativas, así como persuasivas, son extraordinarias.

–Siempre decimos eso –declaró Daisy contemplando aquel espacio preparado para la boda perfecta.

Aquello era lo que siempre había querido, solo que nunca se había imaginado que tendría a su lado a un hombre alto, un académico ligeramente desaliñado con unos penetrantes ojos verdes, el pelo algo largo y con un título que databa de cuatro siglos.

¿Podía imaginarse haciendo promesas a Seb? Imágenes de las últimas tres semanas surgieron en su mente y sintió que se mareaba. Seb la rodeó rápidamente por los hombros y la llevó hasta una silla.

–Estoy bien. Es solo que no he desayunado.

–Ven conmigo. Hay unos cruasanes en la cocina. Y hay algo que quiero enseñarte.

El nudo de su estómago era demasiado grande. Era incapaz de comer hasta que no hablara con él.

–Ya te he dicho que he estado pensando mucho –dijo él al volver al patio.

El viento seguía soplando con fuerza, pero había salido el sol. Seb se imaginó el futuro, con niños corriendo, juegos en el patio y madrigueras en el bosque. Solo tenía que convencerla de que se quedara.

–He dejado la universidad.

–¿Que has hecho qué?

–He presentado mi dimisión. Pero seguiré escribiendo. De hecho, sin obligaciones académicas, tendré más tiempo para escribir e investigar otras épocas.

–¿Por qué?

–Soy más útil aquí. Ya sabes que me gusta estudiar el pasado y que también me gustaba el mundo universitario. Sabía exactamente lo que había que hacer y lo que esperaban de mí. Había unas reglas que cumplir y eso me daba seguridad. Hasta que heredé Hawksley y te conocí.

Un escalofrío la hizo estremecerse, pero no dijo nada y siguieron rodeando la casa. Entraron por la puerta principal y se dirigieron a la biblioteca. Seb abrió la puerta y se quedó parado en la entrada.

–También he tomado otras decisiones. He hablado con mi agente y le he pedido que estudie ofertas de televisión, tengo una agencia de empleo buscándome un administrador de fincas y he pedido a tres arquitectos que me presenten propuestas para reformar los edificios anexos.

–Has estado muy ocupado –dijo ella con voz suave.

–No, he estado parado. Tú has estado ocupada mirando hacia el futuro. He estudiado tus ideas y he dado el siguiente paso. Pero no quiero hacerlo solo.

Ella sacudió la cabeza. Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

–Daisy, te necesito y no solo físicamente. Necesito que me desafíes, que me empujes, que me hagas levantar la cabeza y afrontar el futuro.

–Lo has conseguido tú solo. Seb, yo no puedo vivir con miedo. No me gusta salir en la prensa, pero lo acepto cuando ocurre. No puedo esconderme solo porque alguien vaya a hacerme una foto. Y no puedo decir lo que pienso porque no te gustan los arrebatos emocionales. La vida no es así de simple.

–Pensé que podía serlo –admitió él–. No era capaz de ver un punto intermedio entre la vida frívola de mis padres y la formalidad

de mis abuelos. No quería algo así para nuestro hijo. Quiero que crezca como tú, sintiéndose parte de una familia feliz y estable, con dos padres que se quieran.

Daisy bajó la mirada, no sin que antes Seb advirtiera dolor en sus ojos.

–No tienes que decir eso. No quiero que me mientas solo para hacerme sentir mejor.

–A la única persona a la que he estado engañando es a mí mismo –dijo Seb tomándola de la barbilla para que viera la sinceridad de sus ojos.

–El amor es complicado, es pasional e imprevisible. No estaba preparado. Pero apareciste con tus sombreros, tu cámara y esa fe en el amor. Creíste en mí y en Hawksley, y pusiste mi vida del revés. Y no solo por el bebé.

–¿De veras?

–No he podido dejar de pensar en ti desde aquella primera noche. Le pregunté al novio quién eras y me dio la dirección de tu web. Estuve a punto de contactar contigo una docena de veces, pero tenía miedo. Nunca había sentido nada así por alguien. Y cuando volviste… –Parecías estar viendo un fantasma.

–No me podía creer la suerte que tenía, pero a la vez estaba asustado de lo que me hacías sentir. Te deseaba y, cuanto más te conocía, más asustado estaba.

–¿Tanto miedo doy?

–Sinceramente, eres la mujer más aterradora que he conocido en mi vida, incluyendo a mi madre. Y, si alguna vez empiezas a creer en ti misma, te darás cuenta de que no hay nada que no puedas conseguir. Porque, sin ninguna duda, eres la más inteligente de los dos. Hizo falta que me dejaras para que me diera cuenta de lo que sentía por ti. Te quiero, Daisy, y confío en que te cases conmigo dentro de dos días.

–¿Me quieres? ¿Crees que soy inteligente?

Seb le soltó la barbilla y la tomó de la cintura para atraerla hacia él.

–Por supuesto.

No quería dejarla marchar. Empujó la puerta entreabierta, la tomó de la mano y la hizo entrar.

–No eres la única que se da cuenta de que la casa necesita cambios para convertirse en un hogar.

Daisy se quedó paralizada, mirando la pared. Habían

desaparecido los sobrios retratos de antepasados y en su lugar colgaban dos grandes fotos rodeadas de otras más pequeñas en blanco y negro. Eran sus fotos de Hawksley. Entre ellas, reparó en la que le había hecho a Seb en Oxford.

Al lado había otra, también en blanco y negro, esa vez de Daisy trabajando. Estaba rodeada de árboles, de perfil, apuntando con la cámara.

–¿De dónde la has sacado? –preguntó sorprendida.

–La hice yo. Me giré cuando estaba haciendo las fotos del fotomatón y allí estabas, concentrada en tu trabajo. La tenía guardada en el ordenador por si la querías para tu web o para algo.

–Es bastante buena, interesante composición.

–Pura casualidad –admitió él y la tomó de las manos–. Daisy, quiero que tomemos juntos todas las decisiones, sobre el castillo, sobre ti, sobre mí, sobre el bebé. Quiero que convirtamos Hawksley en un hogar lleno de amor y felicidad. Hace tres semanas, te pedí que te casaras conmigo por una razón. Te dije que el matrimonio era una alianza. Fui un idiota –declaró, e hizo una pausa antes de continuar–. Quiero casarme contigo porque te quiero y espero que tú también me quieras. No puedo vivir sin ti, así que…

Seb soltó sus manos y sacó el anillo que había hecho la hermana de Daisy y que le había enviado por mensajería.

Lentamente, la miró a los ojos y clavó una rodilla en el suelo.

–Daisy Huntingdon-Cross, ¿quieres casarte conmigo?

–¡Levántate!

Daisy tiró de él para que se levantara y le rodeó el cuello con los brazos, sonriendo. Sus ojos brillaban de felicidad.

–Bueno, las invitaciones ya se han enviado –añadió.

–Cierto.

–Sería una lástima desaprovechar todo el trabajo de mi madre.

–Una verdadera lástima.

–No puedo dejar pasar la ocasión de ver a mi madre con una pajita en forma de pene.

Seb sonrió.

–Personalmente, puedo vivir sin ver esa imagen, amor mío. Pero date el capricho.

–Di eso otra vez.

–Date el capricho.

–No, me refiero a como me has llamado.

–Amor mío.

Seb sintió que tenía el corazón a punto de estallar e inclinó la cabeza dispuesto a tomar su boca con la suya. –Amor mío –repitió.

Epílogo

–¿Lista, mi pequeña Daisy?

Daisy se alisó la cintura del vestido, antes de sonreír nerviosa a su padre.

–Lista, papá.

–Pues yo no –dijo Rick Cross con los ojos llenos de lágrimas–. No sé si alguna vez estaré preparado para llevarte hasta el altar y entregarte a otro hombre.

–Estamos en el siglo XXI, papá –dijo Violet poniendo los ojos en blanco–. Ya no se entrega a nadie.

–Si hay alguien al mando de esta casa, quiero decir de este castillo, esa es Daisy. Solo llevo aquí unas horas y ya me he dado cuenta de que tiene a ese pobre conde comiendo de su mano.

Daisy le sacó la lengua a Rose.

–Cómo me habría gustado hacerte llevar volantes.

Sus hermanas estaban espectaculares con aquellos sencillos vestidos de seda que había elegido. Los corpiños eran blancos y la falda hasta la rodilla, amarilla. El corpiño de su vestido era similar, pero en vez de llevar los hombros desnudos, los suyos estaban cubiertos con encaje. La falda caía desde el pecho en una cascada de seda blanca hasta el suelo.

–Y yo lamento no haberte hecho ese anillo grande –dijo Rose, señalando el aro de oro trenzado con pétalos en oro blanco y pequeños diamantes que adornaba la mano izquierda de Daisy.

–Creo que nunca habías hecho uno tan bonito. Muchas gracias.

–Queda bien con tu anillo de boda –comentó Rose, y sonrió

orgullosa–. Estás preciosa, Daisy.

–¿Te reconocerá Seb sin un sombrero? –preguntó

Violet, y le arregló una flor del moño–. Ya está, perfecta.

–Has elegido un bonito vestido. No parece que estés embarazada –opinó Rose.

–Todavía no se nota.

Daisy todavía no podía hablar de su embarazo sin sonrojarse. Se lo había contado a su madre y a sus hermanas durante la despedida de soltera y todas se habían mostrado encantadas. No había tenido que mentirles: no se casaban solo por el bebé, sino porque querían estar juntos.

Era tan sencillo y maravilloso como eso.

Seb sabía que se pondría nervioso, a pesar de estar acostumbrado a hablar en público. Esa ocasión era diferente. Allí estaba ante todos, vestido de frac, dispuesto a casarse con la mujer a la que amaba.

Sherry estaba sentada en el primer banco, espectacular. Seb no sabía mucho de moda, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que lo que llevaba era algo muy caro que muy pocos mortales podrían permitirse.

De repente, los invitados se quedaron en silencio y un violín empezó a tocar una famosa canción de Rick que había compuesto al poco de nacer Daisy.

Los murmullos cesaron y Seb sintió que se le detenía el corazón al ver a Daisy toda de blanco excepto por el carmín rojo de sus labios y el ramo de margaritas. Le brillaban los ojos y en sus labios se dibujaba una sonrisa temblorosa.

Dos meses antes estaba solo. Ahora, tenía una familia y era feliz. Tenía todo un futuro por delante.

Sonrió al ver el flash de una cámara desde el fondo. Que hicieran fotos y las publicaran donde quisieran. Era un hombre muy afortunado y quería que todo el mundo lo supiera.

Fin